

A painting of a gnarled tree with green leaves and a small figure hanging from a branch. The tree has a thick, twisted trunk and several smaller branches. The leaves are green and some are yellowing. The background is a plain, light color. The overall style is somewhat impressionistic.

# LA CHICA QUE COLGABA DEL ÁRBOL

CÉSAR TERRADAS

D.J.57

# Índice

MARTES 15 DE AGOSTO DE 2017

MARTES 15 DE AGOSTO 22:00 HORAS

MIÉRCOLES 16 DE AGOSTO

JUEVES 17 DE AGOSTO

DOMINGO 20 DE AGOSTO

LUNES 21 DE AGOSTO

MARTES 22 DE AGOSTO

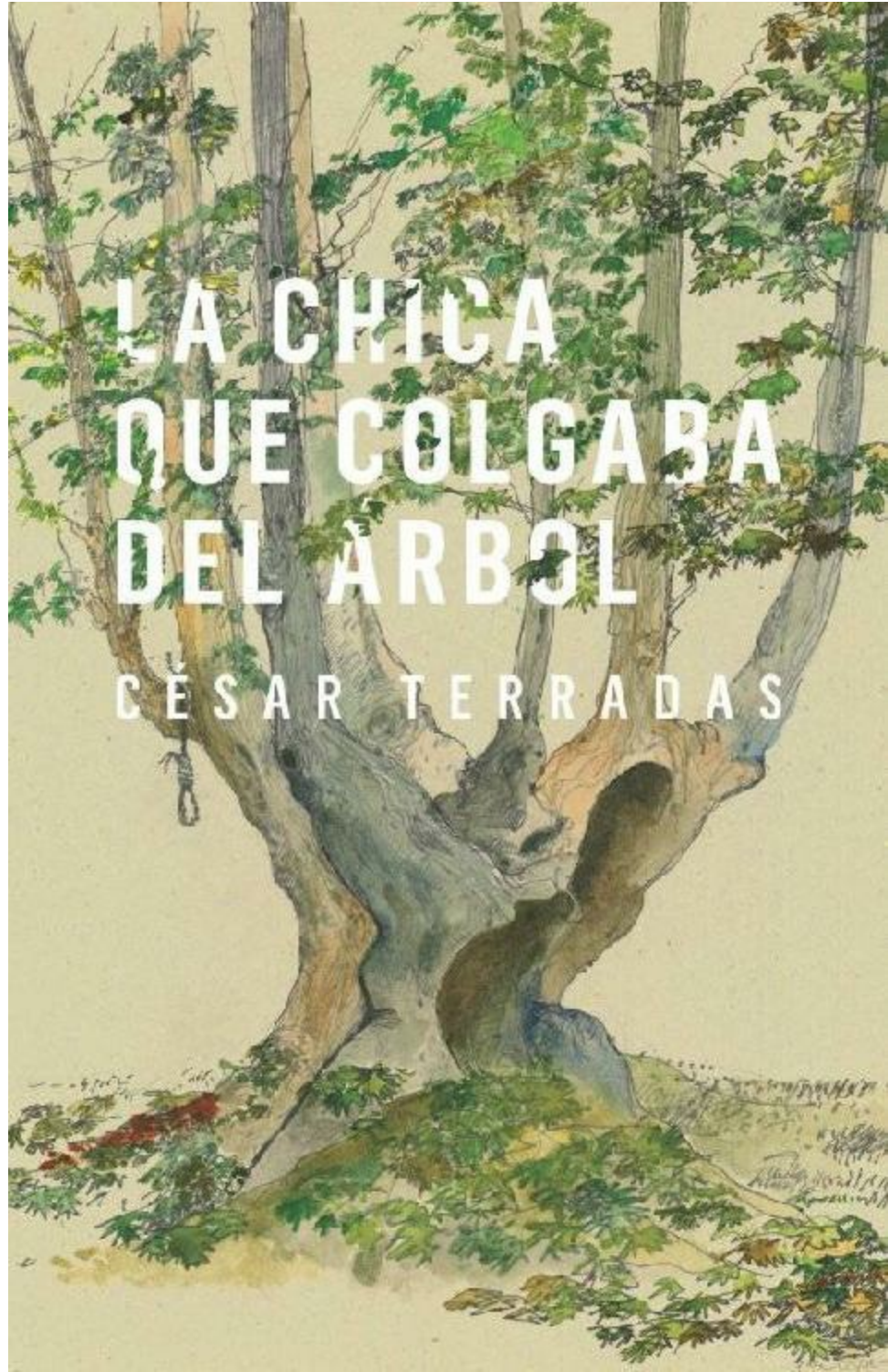
MIÉRCOLES 23 DE AGOSTO

VIERNES 25 DE AGOSTO

SÁBADO 26 DE AGOSTO

DOMINGO 27 DE AGOSTO

LUNES 28 DE AGOSTO



LA CHICA  
QUE COLGABA  
DEL ÁRBOL

CÉSAR TERRADAS

# LA CHICA QUE COLGABA DEL ÁRBOL

César Terradas

*Para Marta, Bruno y Martí.  
Vosotros ya sabéis a qué me  
refiero,  
os lo repito todas las noches.*

© Del texto: César Terradas

Corrección: *Manel Salvat*

Maquetación: *OneData DMS, S.L.*

Ilustración de la portada: *Roberto Terradas*

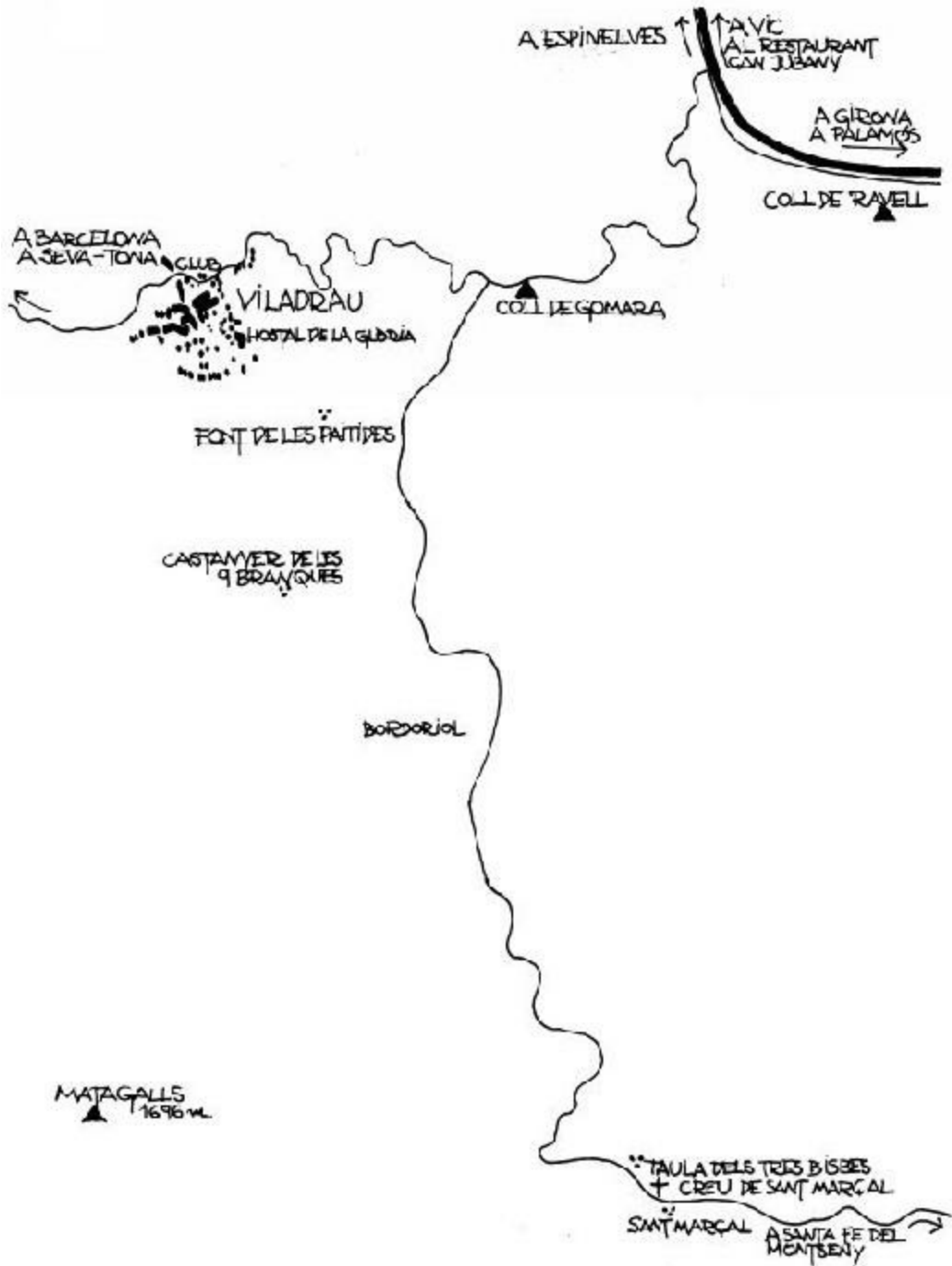
Diseño de la portada: *Laura Capella*

*Impreso en España* ISBN: 978-84-09-00229-0

Depósito legal: *B-6970-2018*

Primera impresión: *marzo de 2018*

*La chica que colgaba del árbol es una novela de ficción donde los personajes y los hechos descritos son inventados y no se corresponden con la realidad. Por el contrario, los parajes, pueblos y ciudades son reales y es posible desplazarse hasta ellos para descubrirlos, imaginarse in situ las escenas descritas en el libro o simplemente disfrutar del paisaje.*





## MARTES 15 DE AGOSTO DE 2017

A las cinco de la tarde, puntual como siempre, la lluvia volvía a hacer acto de presencia en Viladrau. La población del municipio, ubicado a las puertas del Parque Natural del Montseny, se duplicaba en los meses de verano. Cada año se repetía la tradición: a partir del 15 de agosto las nubes descargaban, día tras día, a la misma hora arruinando todos los planes vespertinos.

Y ese mes de agosto parecía como cualquier otro, con la habitual llegada de los *pixapins* de la ciudad condal y los oriundos sintiendo amenazada su preciada tranquilidad. Los forasteros abrían sus casas de verano, vaciaban el supermercado de la plaza del pueblo y sacaban a pasear su ropa de marca, sus motos y sus 4X4 último modelo. La rivalidad entre unos y otros se palpaba en el ambiente.

Tras una mañana soleada, que como mínimo había permitido a los veraneantes disfrutar de baños refrescantes en las gélidas aguas de sus piscinas, la tarde incitaba al recogimiento en el hogar.

Una llamada alteraría el ritmo normal de los acontecimientos convirtiendo la atmósfera en irrespirable.

—¿Hola? ¿Es la policía? —preguntaba una chica muy alterada al otro lado de la línea.

—Sí, dígame —contestó el policía.

—Somos una pareja que hemos ido de excursión al *Castanyer de les nou branques* —Castaño de las nueve ramas—. La lluvia nos ha sorprendido y nos hemos refugiado en el interior del tronco de otro castaño... y desde allí lo hemos visto.

—¿Lo hemos visto? ¿Qué han visto?

—Un ca..., un cadáver colgando del árbol.

—¿¡Un cadáver!?! ¿En Viladrau?

—Sí, sí. Al principio pensamos que podría tratarse de un animal que había caído en una trampa de caza, pero luego nos hemos acercado y la soga, el tamaño del cuerpo y su color blanquecino nos ha sacado de dudas. Es el cadáver de una persona.

—¿Un cadáver? ¿En el Castaño? No se muevan de donde están. Ahora

mismo voy para allá –dijo el policía alterado por la alarmante información que le daban.

La llamada fue recibida por el jefe de la policía local, Evaristo Sánchez, mientras estaba realizando una rutinaria ronda de reconocimiento con su vieja furgoneta por los alrededores del pueblo. En Viladrau todos le llamaban por el apellido, su complexión ruda, sus ojos verdes y su poblado bigote llevaban más de cuarenta años de servicio a sus espaldas. Sánchez apenas había podido entender la voz entrecortada y temblorosa de la mujer que le había descrito por el manos libres un escenario estremecedor. Por la intensidad de su relato, descartó que se tratara de una broma pesada de adolescentes y decidió abandonar su ronda y dirigirse a la escena del crimen. No estaba lejos; si se apresuraba, podía estar ahí en menos de diez minutos. Le angustiaba no ser el primero en llegar y que alguna foto corriera ya por las redes sociales. Pensó en pedir refuerzos pero no quería generar alarma en el pueblo antes de comprobar con sus propios ojos a qué se enfrentaba. La única opción que le quedaba, era pisar a fondo el acelerador. Conducía demasiado deprisa, frenó con fuerza a la entrada de una curva y como el piso estaba húmedo, las ruedas delanteras derraparon orientando el morro del vehículo hacia un choque inminente contra un abeto centenario. En vez de apartar las manos del volante y dejar que todo fluyera a cámara lenta, el policía fue capaz de realizar un contra volante a tiempo para enderezar la situación y evitar el impacto. Apenas le quedaban 300 metros para llegar y un accidente lo hubiese retrasado todo. Siguió avanzando pero como era imposible acercarse más con el vehículo, aparcó la furgoneta en un claro del camino y siguió a pie los últimos metros que le quedaban. Del susto se le había disparado la adrenalina, pero no lo suficiente para lo que iba a ver.

Una pareja de excursionistas treintañeros impecablemente conjuntados con ropa técnica de *trekking* color rosa flúor ella y amarillo lima él, le esperaba a poca distancia de uno de los árboles más icónicos del Montseny, el *Castanyer de les nou branques*. Un árbol con un porte espectacular, más de 700 años de antigüedad, 24 metros de alto, 15 de diámetro de copa y con inconfundibles ramas en forma de candelabro. En la actualidad, solo conservaba siete de las nueve, ya que la huracanada ventolera que Viladrau padeció en el 1987 le había arrebatado dos de ellas. A pesar de ello, su atractivo seguía inalterable y su visita era obligada para cualquier turista.

Al llegar, el policía local constató que efectivamente se trataba de un cadáver humano. La truculenta imagen de la chica totalmente desnuda colgando

de una soga quedaría grabada en la retina de Sánchez durante mucho tiempo. Antes de apartar la vista y poder recobrar el aliento, su mirada se dirigió inconscientemente al vientre de la ahorcada. Había algo escrito en su piel, unos símbolos, unas letras sin sentido aparente estaban grabadas con sangre. Pensó que podía ser la firma del asesino que quería immortalizar su obra, aunque el homicida no debió imaginarse que la tradicional lluvia se encargaría de hacerla desaparecer. Los primeros chorretones de sangre resbalaban desde el ombligo por la pierna derecha hasta los dedos del pie, y las gotas empezaban a teñir de un alarmante rojo carmesí las hojas secas del castaño que yacían en el suelo. Sánchez miró a la pareja de excursionistas que le había llamado. Parecían desconcertados y aturdidos al contemplar a la chica desnuda, con la soga en el cuello y los símbolos de su vientre. En aquel preciso instante el policía pensó que tal vez habían vuelto los fantasmas del pasado. Hasta ahora no había contemplado la posibilidad de que los símbolos en el vientre de la chica formaran parte de un sacrificio para invocar a los espíritus y dominar las artes oscuras. Viladrau era conocido por su larga tradición de brujas y bandoleros que se escondían en sus frondosos bosques y realizaban aquelarres y ritos de purificación. Su leyenda los había elevado a héroes locales y las nuevas generaciones, en ocasiones, los querían emular. Aunque, hasta la fecha, las únicas señales de actividad paranormal eran las sesiones improvisadas de espiritismo que realizaban los veraneantes para asustar a las chicas y conseguir algún que otro llanto, grito y abrazo de consuelo.

La excursionista no había exagerado ni un ápice: la escena era dantesca. Mucho peor de lo que Sánchez había imaginado. No era la primera vez que veía un cadáver, pero sí que podía contar con los dedos de una mano los casos de asesinato a los que se había enfrentado. Viladrau era un pueblo tranquilo, en donde la mayor parte de su trabajo era más de prevención y alerta que no de castigo. El suceso llegaba además en el peor momento de su vida. Temporada alta, el pueblo lleno de turistas y apenas le quedaban unos meses para su tan ansiada jubilación. La habían planificado al detalle con su esposa, pero lamentablemente enviudó antes de que pudieran disfrutarla juntos. Ahora lo único que quería era apartarse de la vida policial y dedicar todo su tiempo a sus dos preciosos nietos.

La lluvia cesó de repente, aunque el cielo seguía gris y amenazador. La pareja de *trekking* observaba sorprendida los movimientos frenéticos del policía local. Sánchez fotografiaba la escena con su móvil, buscaba pruebas

que pudieran ayudar a la investigación y andaba de forma errática de un lado para otro. Pasaron unos minutos hasta que concluyó que era imperativo alertar al comisario jefe de los Mossos d'Esquadra. Necesitaba contárselo de primera mano y que fueran ellos los que tomaran las riendas. Sabía que en breve empezarían a llegar los primeros curiosos a la zona y temía no poder controlar la situación. El caso le venía demasiado grande, era plenamente consciente de ello.

Sin pensárselo dos veces, llamó:

—Comisario Rovira, perdone que le moleste.

—Sin problemas, Sánchez. Diga, diga.

—¿Se acuerda de La Feria de la Castaña? ¿El otoño pasado, cuando le ayudamos en el dispositivo de escolta durante la visita del *president* de la Generalitat?

—Claro que me acuerdo. Por cierto, increíbles lo buenas que están las castañas de Viladrau.

—Usted comentó que no dudara en llamarle si algún día estaba en apuros... Pues creo que ese día ha llegado.

—Cuénteme en qué puedo ayudarle, Sánchez.

—Estoy solo en el escenario de un crimen brutal y necesito su consejo. Una chica totalmente desnuda, marcada con símbolos demoníacos en el vientre, cuelga del *Castanyer de les nou branques* y no sé por dónde empezar. En breve esto se llenará de gente y...

—Calma Sánchez, calma. Yo me hago cargo de todo. Le mando una patrulla ahora mismo para que le ayuden a controlar la situación.

—¿Me ayudarán también en la investigación?

—Yo me encargo. Le mandaré a dos de mis mejores inspectores para que lleven el caso. Aguante un poco en primera línea, Sánchez; no tardarán en llegar. Confío en usted.

—Muchísimas gracias, comisario. Le debo una.

—No me debe nada. Muchos recuerdos al alcalde.

¡El alcalde! —pensó Sánchez. No se la había ocurrido avisarle.

El comisario Rovira contactó con la comisaría de Santa Coloma de Farnés y solicitó que una patrulla se dirigiera urgente al escenario del crimen. La siguiente llamada fue al juzgado de primera instancia e instrucción número 2 para confirmar el nombre del juez que estaba de guardia y debía autorizar el levantamiento del cadáver.

—Su señoría David Fernández. ¿Le doy su teléfono?

—No es necesario gracias, lo conozco personalmente y tengo su número.

—¿Necesita que avise a la médico forense, al secretario judicial y a la fiscal de guardia?

—Sí, por favor. Que se dirijan inmediatamente al *Castanyer de les nou branques* en Viladrau; no tiene pérdida. Una patrulla de los Mossos ya está de camino al lugar de los hechos y los recibirá a su llegada.

—Descuide, ahora les aviso. ¿Puedo ayudarle en algo más?

—No, muchas gracias —se despidió el comisario Rovira.

Sánchez no paraba de mirar el reloj. Sabía que por muy rápidos que fueran los *mossos*, 45 minutos de sufrimiento no se los quitaba nadie y la espera se le iba a hacer eterna. Fue en aquel momento cuando dirigió su mirada a la cara de la chica que colgaba del árbol. Se le congeló la sangre, las piernas le flaquearon y tuvo que apoyarse en el tronco de un árbol cercano para no perder el equilibrio y derrumbarse. ¡La conocía! ¡La conocía, y mucho! El mundo se le vino encima. Llamó de nuevo al comisario Rovira para revelar la identidad de la chica. ¿Cómo no se había dado cuenta antes de que la ahorcada era María Surinyach? Sí, era ella sin duda, la excéntrica y millonaria exnovia de juventud de su hijo Júnior.

El romance apenas había durado algo más de un año, dos veranos para ser exactos; pero fue la relación más comentada en el pueblo durante mucho tiempo. Era la primera vez que se infringía la norma no escrita que lugareños y forasteros debían relacionarse únicamente con sus iguales. No solo Evaristo Sánchez Júnior había conseguido ser el novio de la chica más rica y famosa de Viladrau sino que había sido el primero que no había tenido reparos en romper la norma. A Júnior le perdían las mujeres guapas y no le importó su condición ni clase social. María vio en él un acto de rebeldía y una manera de mostrar su carácter delante de sus estrictos padres. Sus progenitores parecían tener toda su vida planificada y se la iban entregando por fascículos. No querían que se saliera ni lo más mínimo del camino trazado para ella. María Surinyach era la hija pequeña de una saga familiar adinerada con larga tradición de veranear en Viladrau. Más que una casa se podría decir que vivían en una auténtica mansión. Piscina desbordante, pista de pádel, otra de tenis, una colección de coches en el garaje y motos de trial de todos los colores y cilindradas. Júnior, por el contrario, era el hijo del policía local del que todos pensaban que seguiría sus pasos, pero que no llegaría mucho más lejos.

Pasaron los años. Júnior seguía siendo un tipo atractivo que gestionaba junto a su socio, un buen amigo de la infancia, un taller de reparaciones a

domicilio. Ahora, después de un matrimonio fallido, con dos hijos de por medio y un divorcio traumático, ya no le quedaban muchas ganas de seguir rompiendo normas. La lucha por la custodia fue dura y solo la profesión como azafata de vuelo transoceánicos de su exmujer inclinó la balanza a favor de Júnior. Él podía aportar estabilidad a los niños mientras ella pasaba largos periodos fuera de casa. La psicóloga online a la que había consultado Júnior le había recomendado que rompiera de forma definitiva con los lazos que le ataban al pasado. Sánchez recordaba a su hijo cuando le comentó que la terapeuta insistía en la necesidad de empezar de nuevo y reinventarse porque el miedo al fracaso no le dejaba avanzar. Así como había sido el primero en conseguir una novia famosa también fue el primero al que abandonaron por otro: forastero, playboy y casi tan rico como María. A los diecisiete años, le había costado mucho superar ese primer desamor, pero de ahí a acumular el rencor suficiente para, años después, cometer un delito había un abismo.

A un Sánchez cada vez más pálido, el corazón empezaba a latirle con demasiada fuerza e hiperventilaba; se encontraba a un paso de sufrir un ataque de ansiedad de campeonato. Necesitaba salir de allí para recomponer fuerzas, pero ni los *mossos* ni la médico forense ni el juez parecían estar cerca.

Por fin, dos coches patrulla se acercaron por el camino de tierra. Sánchez respiró profundamente, habían llegado refuerzos. Eran la pareja de *mossos* de la comisaría de Santa Coloma de Farnés que estaba esperando y sus compañeros de la policía científica. Les puso al corriente y se disculpó para ausentarse un momento e ir a la furgoneta a buscar cinta para acordonar la zona. Podía haberlo hecho antes, pero no se atrevía a dejar solos a la pareja de *trekking*. Aprovechó la ocasión y se sentó unos segundos en el asiento del copiloto. Se quitó las gafas, las dejó en el salpicadero y se frotó los ojos con las manos. Alargó el brazo y con la intención de recobrar el aliento, cogió del asiento trasero una botella de agua que había sobrado del dispositivo de seguridad en el que participó el 2 de julio con motivo de la carrera de montaña Trail Fonts del Montseny. El primer sorbo casi no pudo ni tragarlo: en lugar de agua le pareció que bebía whisky y le ardió toda la garganta. Cogió el teléfono y llamó a su hijo para comentarle el terrible hallazgo. Sabía que Júnior apreciaba a María y no quería que se enterara por otras fuentes. Intentó mantener la calma, pero a cada tono de llamada se iba poniendo más nervioso; no dejaba de tamborilear sobre el salpicadero con los dedos de la mano derecha mientras con la izquierda sujetaba el teléfono. Finalmente, al séptimo tono, Júnior cogió el teléfono.

—Papá, ¿qué pasa? Estoy con los niños comprándoles la merienda. ¿Es urgente?

—Júnior, Júnior. María ha muerto.

—¿Qué dices? ¿Qué María?

—María Surinyach.

—¡Qué fuerte! ¿Pero cómo te has enterado?

—La he encontrado.

—¿Cómo que la has encontrado? ¿Dónde?

—La han asesinado. Su cuerpo cuelga del castaño.

—Joder... qué mal rollo.

—Hola abuelo, hola abuelo. ¿Dónde estás? ¿Vienes con nosotros?

—Júnior, Júnior; ahora no puedo hablar con los nenes. Me he escapado un momento al coche, pero estoy con los *mossos*. Te llamo luego.

Sánchez salió del coche y se dirigió hacia el maletero a coger la cinta. Cerró la furgoneta y bajó murmurando por el camino de tierra que conducía hasta el escenario del crimen.

—Demasiado joven para morir, demasiado joven —repetía para sí mismo.

Al regresar, empezó a acordonar la zona y generó un perímetro lo suficientemente amplio para que los agentes pudieran trabajar con tranquilidad.

Diez minutos más tarde, llegaron al escenario del crimen en un precioso todoterreno alemán de color blanco ártico Mónica Blanch, la médico forense, y el juez David Fernández. Al bajar del vehículo, David abrió el capó para coger el maletín de trabajo de la forense y Mónica vio la flamante nueva bolsa de palos del juez. Su señoría era un amante empedernido del golf y había planeado unas vacaciones en Escocia con sus amigos del Club de Golf Osona-Montanyà. Su plan consistía en jugar en siete campos de golf distintos, 36 hoyos por día durante siete días, una maratón de golf en toda regla. Desde que sus hijos eran adultos intentaba estar en casa lo menos posible. Aunque no soportaba a su mujer, nunca había tenido el suficiente valor para enfrentarse a ella. Tenía las tarjetas de embarque preparadas encima de su mesita de noche para salir a las nueve de la mañana del 16 de agosto dirección a Escocia.

Veinte años atrás, David y Mónica habían tenido una aventura y aún les unía, según él, una gran amistad. Mónica, era una mujer inteligente y elegante. A pesar de rozar los cincuenta, cualquier trapo le quedaba bien. Guapa, sin hijos y con una carrera profesional impoluta. No se le conocían ni perros, ni gatos, ni ningún otro animal de compañía más que su inseparable teléfono

móvil. Se declaraba adicta al trabajo y al vino de la D.O. Empordà. En la época que tuvieron una relación, David ya estaba casado y ella, como todas las amantes, confiaba en que él dejaría a su mujer. Pero David nunca lo hizo. Pasaron los años y Mónica arruinó a conciencia todas las relaciones siguientes a la espera que el juez reaccionara. Después, ella se volvió cada vez más exigente con sus parejas y nunca encontró de nuevo el amor.

Su señoría tenía prisa por acabar lo antes posible y volver a casa a repasar por internet los recorridos de los campos de golf escoceses. La forense, en cambio, estaba en su salsa, observaba con detalle todo el escenario para hacerse una composición de lugar. Los compañeros de la policía científica de los Mossos tomaban fotos, buscaban huellas de pisadas, algún trozo de tela o alguna pista que les permitiera elaborar alguna primera teoría de lo que había ocurrido. Ella necesitaba ver el cuerpo más de cerca para apreciar si había señales de violencia y pidió a los agentes que lo bajasen del árbol. Estos treparon por el castaño, desataron la cuerda e intentaron bajarlo lentamente, pero el cuerpo se les escurrió y cayó al suelo con un horrible estruendo. Los turistas y lugareños que se habían ido acercando al lugar gritaron angustiados. La joven yacía boca abajo sobre el terreno mojado y su inmaculada piel se cubrió parcialmente de barro.

Mónica se puso los guantes y con mucho esfuerzo le dio la vuelta. Al verla de cerca, se sorprendió de lo guapa que era la chica. María era una mujer delgada, ojos azules y cabellos rubios a lo *garçon*. Su piel extremadamente blanca, lechosa, parecía no haber recibido nunca la luz del sol. Estudió ADE (Administración y Dirección de Empresas) y recién licenciada empezó a trabajar en la empresa de su padre. Después de tan solo siete años como ejecutiva, a principios de septiembre, iba a ser ascendida a vicepresidenta. Solo un grupo reducido de personas conocía la noticia, pero en el mundillo empresarial se comentaba que la carrera profesional de María estaba experimentando un ascenso desmedido. Sería la primera mujer y la más joven en ocupar un cargo de tan alto rango en los ciento treinta años de historia del conglomerado empresarial Surinyach.

El comisario jefe cumplió con su promesa y llegaron, en otro coche de los Mossos d'Esquadra, la pareja de inspectores formada por Laura Rodríguez y Luis Garriga. Ellos serían los encargados de investigar el caso. Sánchez, por fin, respiraba más tranquilo. Todo parecía estar bajo control. Sabía que sus funciones se limitarían a despejar a los curiosos y poca cosa más. En breve podría irse a casa y retomar la conversación pendiente con su hijo. Saludó



cordialmente a los inspectores y les ofreció su ayuda para todo lo que necesitasen.

Sin embargo, a Sánchez la calma apenas le duró unos segundos. El alcalde se acercaba en dirección hacia él y, tal como el policía suponía, estaba de un humor de perros. Habían asesinado a una Surinyach y él había sido el último en enterarse. Temía que este caso acabara rápidamente con su corto mandato. Había llegado a la alcaldía con grandes ideas y grandes planes para Viladrau, pero con no poca oposición y mucha polémica. Sus detractores aprovecharían la ocasión para debilitarlo y desterrarlo de nuevo a un segundo plano. Empezó su sermón machacando a Sánchez por no haberle avisado primero a él, pero a medida que iba viendo la magnitud del caso rebajó su tono de reprimenda y comprendió que el policía local había hecho lo correcto en pedir refuerzos.

Tras treinta minutos analizando con detalle el cuerpo, la forense pudo afirmar con absoluta certeza lo que era un secreto a voces: María había muerto asesinada. El suicidio quedaba totalmente descartado. No había ni rastro de escalera ni taburete ni ningún otro objeto que hubiese podido utilizar la víctima para trepar al árbol y ahorcarse. El cuerpo no presentaba señales de violencia salvo la que había dejado la soga. Mónica acabó el informe más rápido de lo normal; sabía que el juez tenía prisa y no quería retenerlo más tiempo del necesario. Para acelerar el proceso decidió que ya tomaría con calma las huellas dactilares y acabaría con el resto de pruebas en su laboratorio del Instituto de Medicina Legal y Ciencias Forenses de Cataluña ubicado en la ciudad de la Justicia de Barcelona. Al juez, que había temido que la noche iba a ser larga y se quedaría sin su preciado viaje golfístico a la verde Escocia, se le encendió la cara de felicidad al ver que Mónica empezaba a recoger su instrumental. Autorizó el levantamiento del cadáver y avisó a los inspectores de que su labor allí había concluido. Serían los *mossos* quienes comunicarían la muerte a la familia Surinyach y les citarían para el reconocimiento del cadáver. Podrían ahorrarles el mal trago, ya que el policía local Evaristo Sánchez había confirmado la identidad de la chica, pero no querían correr riesgos.

En aquel preciso instante llegó el vehículo del servicio judicial para llevarse el cuerpo al depósito de cadáveres. Parecía como si alguien les hubiese avisado que el juez acababa de autorizar el levantamiento. Dos atléticos operarios vestidos de negro y con guantes de látex transparentes bajaron de una furgoneta azul marino. Abrieron el portón trasero, cogieron una

camilla con ruedas, una bolsa negra y, sin mediar palabra, atravesaron el cordón policial. Colocaron con cuidado el cuerpo dentro de la bolsa y cerraron la cremallera. Sin apenas esfuerzo, lo subieron a pulso a la camilla y lo trasladaron rápidamente a la furgoneta. El terreno arenoso, las piedras y las ramas de los castaños hicieron que las ruedas se atascaran varias veces pero la determinación de los operarios superó todos los obstáculos. Una vez asegurado el cuerpo, cerraron las puertas y se fueron con la misma celeridad con la que habían aparecido de la nada.

Minutos después, David y Mónica estaban a punto de subir al todoterreno y abandonar la escena del crimen cuando pasó por su lado otra furgoneta de color azul marino. Era prácticamente idéntica a la que se había llevado el cuerpo de María, aunque a la forense le resultó más familiar que la anterior: llevaba enganchada en el parabrisas una pegatina de la Peña Barcelonista Cinc Copes que ya había visto antes. Al instante reconoció al conductor y a su ayudante. Eran los hermanos Molina. No había dado importancia al hecho de que no fueran ellos los que se presentaron antes. Pensó que un 15 de agosto y además festivo era normal que no viniesen los operarios habituales. La forense consideró de nuevo la situación e inmediatamente se dio cuenta de su error: nunca volverían a ver el cuerpo, no podría practicarle la autopsia y no sabrían quién la había asesinado.

La forense tiró su maletín al suelo y corrió a avisar a los inspectores.

—¿Qué te pasa, Mónica? Sube al coche. ¿Dónde vas? —exclamó el juez.

—¡Han raptado el cuerpo, David! ¡Han raptado el cuerpo!

—¿Cómo que han raptado el cuerpo? ¿De qué coño hablas?

—¡Luego te lo explico, primero tengo que avisarles!

Cuando llegó junto a ellos, entre el sprint y los nervios hablaba entrecortado, pero logró hacerse entender. Luis y Laura enseguida comprendieron que o reaccionaban con rapidez o los secuestradores se escaparían. Ya les llevaban mucha ventaja. Llamaron a la central para que organizaran controles policiales en las vías principales y en las secundarias, pidieron apoyo aéreo y mandaron la descripción física de los secuestradores a todas las comisarías. Tenían que interceptar la furgoneta a cualquier precio y recuperar el cuerpo de María o su credibilidad quedaría totalmente entredicho.

\*

Los falsos operarios habían huido por el camino de tierra que pasaba por la conocida fuente de las Paitidas y que conectaba con la carretera de Espineltas. Antes de llegar al Coll de Gomara, detuvieron el vehículo en un claro. Quitaron a toda prisa el vinilo azul marino que cubría toda la furgoneta. Dejaron al descubierto el color blanco original y pegaron encima un vinilo con el logotipo de Agua de Viladrau a cada lado. En un santiamén, el vehículo parecía otro, totalmente irreconocible a los ojos de cualquier agente de la ley.

\*

Mónica volvió al coche y le confirmó a David la noticia del secuestro del cuerpo. Al juez se le borró automáticamente la sonrisa de la cara. Vio cómo se desvanecían sus planes de pasar una semana en Escocia entre amigos, alejado de su mujer y perfeccionando su swing. Sin cuerpo no había delito, pero María había sido brutalmente asesinada y confiaba en que en pocas horas la policía hallara su cadáver y repetir el levantamiento. De todos modos, sus ansiadas vacaciones deberían posponerse.

A pesar de todos los esfuerzos, los agentes que participaron en el operativo tardaron más de media hora en montar los distintos controles en las carreteras. Tiempo más que suficiente para que los falsos operarios huyeran sin ningún tipo de problema. ¡Habían escapado! Los inspectores sabían que sus compañeros no habían interceptado la furgoneta y decidieron continuar su investigación tomando declaración a todos los curiosos que se habían acercado al lugar del crimen. Esperaban encontrar a algún testigo que pudiera aportar datos, pistas o motivos que ayudaran a esclarecer el cruel asesinato de la joven María. Empezaron entrevistando a un grupo de veinte personas pero ninguna aportó información relevante. Unos habían coincidido alguna vez en el pueblo con la joven asesinada y otros eran meros turistas que paseaban por la zona. Durante los interrogatorios, Sánchez cayó en la cuenta de que no veía por ninguna parte a la pareja de *trekking*. Se preguntó si habrían aprovechado el enredo del secuestro para desaparecer. Su declaración podía ser muy relevante, ya que fueron ellos los primeros en llegar al escenario del crimen y avisar del horrible suceso. Aprovechó un pequeño receso y se acercó a los inspectores.

—¿Tienen un momento por favor? Tengo que comentarles algo.

—Diga, agente Sánchez, ¿qué sucede? —preguntó la inspectora.

—Me he dado cuenta de que la pareja que encontró el cuerpo ya no está

entre los testigos.

—¿Se acuerda de cómo eran? ¿Sabe cómo localizarlos?

—Pareja joven, de unos treinta años, camiseta rosa ella y amarilla él. Los dos fuertotes.

—Con estos datos costará mucho encontrarlos ¿No recuerda nada más concreto que nos ayude a acotar la búsqueda?

—¡Acho! Ahora que lo pienso, tengo su teléfono. Les llamo ahora mismo para que vuelvan lo antes posible

—Manténganos informados, Sánchez.

El policía local llamó confiando que encontraría respuesta al otro lado. Al octavo tono apreció el mensaje de apagado o fuera de cobertura. Sánchez, desanimado, anotó el número al dorso de una de sus tarjetas de visita y, con gesto de resignación, se la entregó a Laura para que la sección de medios de los Mossos pudiera rastrearlo. Pidió disculpas a los inspectores por no haberse dado cuenta antes de la desaparición de la pareja y les volvió a ofrecer su colaboración en todo lo que pudieran necesitar. Luis y Laura le agradecieron su trabajo, acordaron estar en contacto permanente con él y le invitaron amablemente a abandonar el lugar.

Antes de irse, Sánchez se acercó a despedirse del alcalde. Este aprovechó para comentarle que había llamado a sus compañeros de partido político y a los de la oposición para explicarles de primera mano lo sucedido. Entre todos habían decidido decretar tres días de luto, bajar las banderas del Ayuntamiento a media asta y convocar un minuto de silencio en la plaza del pueblo a las doce del mediodía del 16 de agosto. El policía local asintió tres veces con la cabeza y aprobó una tras otra todas las medidas previstas. Estrecharon las manos y se citaron a la mañana siguiente en la alcaldía.

Luis y Laura terminaron de tomar declaración al último turista. Habían acabado el trabajo de campo y ahora debían planificar cómo avanzar en la investigación. Decidieron bajar a cenar al pueblo para poner todos los datos que tenían hasta ahora sobre la mesa y decidir los siguientes pasos. Antes de abandonar la escena del crimen, establecieron los turnos de vigilancia de sus compañeros. Una pareja de agentes custodiaría día y noche la zona hasta nuevo aviso. No tenían esperanza alguna de que el asesino hiciera acto de presencia, pero preferían conservar la escena intacta.

\*

Quince minutos después de ausentarse del escenario del crimen, Sánchez llegó a su casa. El reloj de la cocina marcaba las diez menos cuarto de la noche, estaba agotado, rendido, triste y hambriento. Era consciente que no podría dormir tranquilo si no hablaba antes con su hijo. Los niños ya estaban durmiendo y Júnior, echado en el sofá del salón, miraba una serie de narcotraficantes en la televisión. Parecía el momento perfecto: preparó un bocadillo de fuet, cogió una lata de cerveza fría de la nevera y se dirigió al salón para conversar con él. Después de varias intentonas fallidas, cambios compulsivos de canal de televisión y algún que otro grito autoritario, Sánchez consiguió que Júnior se abriera y le confesara su sorprendente relación con los trágicos hechos. Admitió que, unos meses atrás, le había llamado alguien que se presentó como periodista de una revista del corazón. Júnior recordaba perfectamente la llamada y se la reprodujo a su padre:

—¿Podríamos hablar con el señor Evaristo Sánchez Junior por favor?

—Sí, yo mismo.

—Encantada de saludarle. Le llamamos de la redacción de la revista del corazón *Alta Sociedad* y queremos hacerle un reportaje.

—¿A mí?

—Sí, usted es una persona muy importante.

—¿Muy importante, yo? ¿Está segura?

—Sí claro; no sea modesto, hombre. Fue uno de los primeros amores de la señorita María Surinyach.

—Bueno sí, lo fui; pero de eso hace ya muchos años.

—Nos interesan todos los detalles de las distintas etapas de su vida. Escribimos un artículo sobre su historia, desde la infancia hasta llegar a ser una de las jóvenes empresarias más influyentes del país. Queremos saber cómo era la María adolescente, sus gustos, sus aficiones y para eso le necesitamos. Le pagaremos bien.

—¿Pagarme?

—Sí, habíamos pensado en 20.000 euros, pero si le parece poco podemos negociar.

Júnior había aceptado sin dudarle un segundo. Después del complicado divorcio, su economía estaba muy maltrecha y le pareció una oportunidad excelente para recuperarla sin esfuerzo y de un plumazo. No sería ni el primero ni el último que ganase dinero hablando de la vida y milagros de los famosos. No perjudicaría a nadie y solo veía las ventajas: le permitiría ir más holgado, podría comprar regalos a sus hijos y no dependería tanto de la buena

fe de su padre. A la mañana siguiente, quedó para hacer la entrevista con la periodista y un compañero de esta en el bar ubicado en la confluencia de las carreteras BV5303 y BV5301 en el cercano pueblo de Seva, a unos trece kilómetros de distancia de Viladrau. La pareja llegó a la hora pactada y ambos le parecieron muy profesionales. Le pidieron lo mismo que le habían dicho por teléfono, que les explicara cómo era María, qué cosas le gustaban, cuáles eran sus sitios preferidos... Estuvieron charlando amistosamente unos 45 minutos. Al acabar le entregaron un sobre con los 20.000 euros en billetes de 50 y de 20, y le comentaron la posibilidad de volver a contactarle en unos días por si necesitaban más información, pero nunca más volvieron a hacerlo.

En aquel instante, Sánchez interrumpió el relato de su hijo y le pidió que localizara en su móvil el número de teléfono desde el que le llamaron. Júnior no se atrevió a preguntar por qué y se concentró para buscarlo en silencio. No tardó en encontrarlo. Por fortuna, lo había guardado en contactos como “periodistas Surinyach” y se lo mostró en la pantalla a su padre. Al empezar a leerlo, número a número, y en voz alta, a Sánchez se le cayó la lata de cerveza de las manos. ¡Los números coincidían! ¡Maldita sea! ¡Era el mismo número que el de la pareja de *trekking*! Lo recordaba a la perfección, pero lo confirmó en su móvil. Empezó a soltar todos los insultos habidos y por haber sobre su propia persona y Júnior tuvo que sujetarlo por los brazos con fuerza, sentarlo en la butaca y pedirle que por favor dejara de gritar que los niños estaban durmiendo.

—¡Papá cálmate, cálmate! ¿Pero qué pasa? ¿Por qué te pones así?

—Co... conozco el número. ¡Mira! —exclamó al tiempo que enseñaba el mismo número en su pantalla.

—¿A ti también te llamaron los periodistas? ¿Tú también has cobrado por hablar de mi ex?

—¡No digas chorradas, Júnior! Yo no he cobrado de nadie. Ahora no te lo puedo explicar, pero creo que te has metido en un lío y no sé si te podré sacar de él.

—¡Papá, no me asustes! ¡Joder!

—De momento no hables con nadie de esto y espero que no hayas ingresado los 20.000 en el banco.

—Papá, no soy idiota. Claro que no. Los tengo en la caja metálica de galletas Trias donde tú guardabas las propinas que te daban las familias ricas por velar por la seguridad de sus hijos.

Sánchez miró a los ojos a su hijo, pero no dijo nada. Recogió la lata de

cerveza del suelo, le dio un último sorbo y la llevó a la cocina junto al plato. No abrió la luz, se apoyó un segundo en la encimera y se llevó las manos a la cabeza. Solo tenía ganas de llorar y de mandarlo todo a la mierda. Volvía a no saber qué hacer. Por segunda vez en un mismo día estaba completamente superado por las circunstancias. Debía calmarse o le volvería a dar un ataque de ansiedad y decidió ir a contemplar a sus nietos. Abrió la puerta de su habitación, los observó, sonrió y pensó que eran lo más bonito que le había pasado en este mundo. Entornó la puerta y se dirigió al baño a buscar una pastilla para dormir.

## MARTES 15 DE AGOSTO

### 22:00 HORAS

Luis y Laura decidieron cenar en el restaurante más cercano al escenario del crimen, el Hostal de la Gloria. El comedor principal se encontraba mayormente ocupado por personas de avanzada edad que pasaban sus vacaciones de verano en el hotel. Los añosos huéspedes se sorprendieron de la llegada de los inspectores, desconocedores estos de que lo que les llevaba a Viladrau sería tema de conversación durante meses. Todo un lujo, solo comparable a aquel verano del 1997 en que murió trágicamente Lady Di en un túnel de París y se pasaron las tardes de lo más animados hojeando las revistas del corazón, discutiendo sobre lo ocurrido y elaborando teorías conspiratorias. Habían pasado veinte años y muchos habían fallecido por el camino, pero los que quedaban seguían igual de cotillas y de aburridos.

Laura era una inspectora joven y Luis un veterano del cuerpo de policía que le hacía de padre y compañero a la vez. Con el tiempo, Luis había aprendido a confiar más en Laura y a no caer en el tópico de creer que por ser joven e inexperta sus teorías no tenían valor alguno frente a las suyas, con sus años de experiencia. Cada vez trabajaban mejor juntos, la relación entre ellos era más de igual a igual y no tan paternal como al principio. Formaban tan buen equipo que los resultados no tardaron en llegar. Su porcentaje de resolución de casos de homicidio se había convertido en la envidia de todos sus compañeros. Por ese motivo el comisario jefe no había dudado en asignarles el caso de María Surinyach.

Hacía tan solo dos años que Laura había entrado a formar parte del equipo de homicidios de la comisaría central de Barcelona y ya era una de las mejores. Una fuera de serie que superó las oposiciones a *mosso* al primer intento logrando la mejor puntuación de su promoción. Alta, más de 1,70 m, larga melena trenzada de pelo castaño oscuro, ojos verdes, ni un gramo de grasa, complexión atlética y muy aficionada al deporte. Se preparaba a diario para participar en su primer Ironman junto con su pareja, que era *personal trainer* del gimnasio donde Laura estaba apuntada. Se conocieron entrenando y desde entonces no habían dejado de salir juntos a correr ni un solo día. No se planteaban ser padres, ya que ella se había volcado plenamente en su profesión. Para compensarlo de alguna manera, tenían dos pastores alemanes,



Mulder y Scully.

Luis, en cambio, era una *rara avis* del cuerpo de policía. Parecía más un profesor de universidad de filosofía o historia trasnochado que un intrépido detective. Barba canosa y de apariencia general desaliñada, no se preocupaba por su imagen. Empezó como policía local en la comisaría del distrito de Sant Martí de Barcelona y fue ascendiendo progresivamente. Graduado en derecho y máster en criminología, era además un apasionado de la astrología, micólogo y soltero empedernido.

Empezaron a cenar y a hablar susurrando los detalles del caso, bajo la atenta mirada de los otros comensales. Ambos pidieron gazpacho, ternera con setas y, de postre, crema catalana sin quemar. Repasaron la secuencia de los acontecimientos y se extrañaron de que ningún miembro del clan Surinyach se hubiera personado en el lugar de los hechos después de la llamada del comisario Rovira para informarles de la muerte de su hija. Les pareció un hecho suficientemente relevante como para no analizarlo en profundidad. ¿Tenían algo que esconder? Se apresuraron a pedir la cuenta y ambos coincidieron en que lo más adecuado sería hacer una rápida visita a la mansión antes de dar por terminada la jornada laboral. Por el momento no disponían de pistas fiables y el encuentro con la familia quizá les podía ayudar a orientar hacia una u otra línea de investigación. Las declaraciones de los turistas no habían sido de utilidad, nadie había visto nada y los curiosos se habían dedicado más a preguntar que a contestar. Solo contaban con las fotos que había hecho la policía científica, el número de teléfono de la pareja de *trekking* que no contestaba, y una supuesta furgoneta de color azul que no sabían de dónde había salido ni hacia dónde se había dirigido con el cuerpo secuestrado. Se lamentaron de que a ningún agente se le hubiera ocurrido llevar un registro de las matrículas de los vehículos que se desplazaron hasta la escena del crimen, lo que les hubiese facilitado mucho la búsqueda posterior en los vídeos de las cámaras de tráfico. Según su intuición, la probabilidad de que los secuestradores utilizaran el Eje Transversal C-25, era altísima, pero debían contemplar todas las rutas de escape posibles.

Los inspectores llegaron a la imponente mansión de la familia Surinyach a las 23:15h de la noche y se sorprendieron al ver que no había unidades móviles ni periodistas acechando para cubrir la noticia. Aparcaron el vehículo bajo el porche ubicado en la entrada principal y antes de tener tiempo de llamar al timbre les abrió la puerta una chica filipina bajita y perfectamente uniformada. Cofia y delantal de piqué blancos y vestido de manga larga de

color negro. Iba a anunciar la llegada de los agentes cuando a su espalda apareció la esbelta figura de la matriarca de la familia, Montserrat Surinyach, de unos 70 años, elegante, con moño estilo Grace Kelly, piel lechosa como su hija y penetrante mirada.

—Les estábamos esperando. Pasen al salón por favor.

—La acompañamos en el sentimiento —dijo Laura.

—Sentimos mucho la pérdida de su hija —añadió Luis.

—Gracias —contestó la matriarca estrechándoles la mano.

—Somos los inspectores Laura Rodríguez y Luis Garriga —dijo Luis entregándole una tarjeta de vista mientras Laura se apresuraba a sacar la suya.

—Lo sé. Nos ha llamado el comisario Rovira para darnos la terrible noticia y para avisarnos que ustedes llevarían el caso.

—Sí. Así es —confirmó Luis.

—También nos ha dicho que son los mejores. Esperamos que no nos defrauden.

—No lo haremos, aunque tenemos que pedirles un favor —respondió Luis.

—¿Un favor? —preguntó extrañada la matriarca.

—¿Prefiere que hablemos en otro lugar? —dijo Laura intuyendo lo que iba a revelar su compañero y dirigiendo su mirada al salón donde estaba toda la familia desconsolada esperando instrucciones de la matriarca.

—Sí, será mejor que pasemos al estudio —dijo Montse Surinyach extendiendo la palma de la mano derecha y señalando la puerta corredera que separaba ambas estancias. Antes de cerrar, llamó a su marido para que se sumara a la improvisada reunión.

—¿En qué podemos ayudarles, inspectores? —insistió la matriarca.

—A pesar de la información que les vamos a revelar, necesitamos que confíen en nuestro trabajo, nos apoyen y no se la comuniquen a la prensa —dijo Luis.

—¿Apoyarles nosotros a ustedes? ¿No tendría que ser al contrario? —preguntó desconfiado el señor Surinyach.

—Al realizar el levantamiento del cadáver, unos falsos operarios del servicio judicial se han llevado el cuerpo y están en paradero desconocido —dijo Luis sin rodeos.

—¿Qué dice? ¿Han raptado el cuerpo de nuestra hija? ¿Pero quién se la ha llevado? —preguntó la matriarca con la cara desencajada.

—No lo sabemos todavía. Hemos instalado controles en las carreteras para interceptarles pero aún no hemos realizado ninguna detención —comentó

Laura.

—¿Cómo es posible? ¡Y nos lo dicen así como si fuese lo más normal del mundo! Me parece increíble y desde luego no es la mejor carta de presentación para confiar en ustedes —dijo la matriarca con cara de rabia.

—Rogamos acepten nuestras más sinceras disculpas. Es la primera vez que nos encontramos con un caso así. Entendemos su desconcierto y solo les pedimos un poco de tiempo. Nuestro trabajo es encontrar el cuerpo y al asesino de su hija, y no descansaremos hasta conseguirlo. Perdona mi atrevimiento, y quizá no es el momento de preguntarlo, pero nos ha sorprendido no verles en la escena del crimen —preguntó directo Luis.

—El 15 de agosto es un día muy especial para nosotros. Nos reunimos toda la familia para celebrar Santa María —dijo la matriarca muy afectada.

—Organizamos una gran cena en casa servida por un reconocido chef. Al conocer la noticia inmediatamente hemos anulado todos los preparativos. No nos podíamos creer lo que nos estaba contando el comisario Rovira. Nos ha pedido que estuviéramos localizables y que ustedes se pondrían en contacto con nosotros enseguida para ir a reconocer el cuerpo a la morgue —siguió el señor Surinyach.

—Jamás se había perdido su cena de santo. ¡Jamás! —exclamó la matriarca absorta en el recuerdo de la cena del año pasado.

—¿Cuándo fue la última vez que hablaron con ella? —preguntó Laura.

—Esta mañana la hemos llamado al móvil para concretar la hora de la cena, pero su teléfono estaba apagado. Extrañados, hemos intentado localizarla a través de su secretaria. Anita solo nos ha podido confirmar que María se quedó trabajando hasta tarde y fue de las últimas en abandonar la sede.

—¿Han preguntado a sus amigos? —sugirió Luis.

—No, pero tampoco tenía muchos —se apresuró a contestar la matriarca.

—¿Saben si sus hermanos han recibido algún mensaje suyo pidiendo auxilio o algo que pudiera parecer sospechoso? —preguntó Laura.

—No que sepamos. María estaba muy centrada preparando la junta general de mañana.

—¿Era una reunión importante? —apuntilló Luis.

—Sí, mañana nos esperaba una junta complicada. Teníamos que aprobar la fusión entre nuestra compañía y una empresa asiática.

—¿Notaron algún cambio en su comportamiento estas últimas semanas? —preguntó Laura.

—Desde que volvió de China su actitud había cambiado. Se había centrado

mucho en preparar la operación de fusión y estaba distinta.

—Distinta, ¿cómo? —insistió Laura.

—Irascible y combativa. Teníamos opiniones contrarias sobre un tema importante de empresa y ella no quería entender nuestras razones —contestó la matriarca apretando la mano de su marido.

—¿Tenía enemigos? —siguió Laura.

—No —contestó el señor Surinyach, muy serio—. Ahora, si no les importa, nos gustaría volver con nuestra familia.

—Por supuesto. Les mantendremos informados de los avances en el caso —contestó Luis convencido de que no iban a sacar nada más de aquella visita de cortesía.

—Perdone, ¿cómo lo han hecho para ahuyentar a la prensa? —preguntó Luis al señor Surinyach antes de abandonar el estudio.

—Nuestro servicio de seguridad se ha encargado de eso.

La matriarca abrió las puertas correderas que daban al salón principal y los inspectores se despidieron uno a uno de todos los miembros del clan familiar. La asistenta volvió a hacer acto de presencia y les acompañó amablemente a la puerta de salida. Los agentes subieron al coche y no articularon ni una palabra durante todo el trayecto hacia Barcelona. Laura solo tenía ganas de llegar a casa y sacar a pasear a los perros antes de irse a dormir. Luis quería aprovechar que era época de lluvia de estrellas, Perseidas 2017, para ver estrellas fugaces por el telescopio que había instalado en el ático del bloque de pisos donde residía. Todos los vecinos habían dado su beneplácito a cambio de que les dejara usarlo, eso sí, bajo su atenta supervisión.

\*

Al oír el ruido del coche patrulla alejarse por el sendero privado de la finca, la familia estaba ansiosa por saber si había novedades en el caso aunque nadie se atrevió a preguntar. Esperaban la reacción de la matriarca pero, después de varios minutos de incómodo silencio, Montse anunció que el golpe había sido durísimo, que estaba destrozada y necesitaba descansar. Cogió la mano de su marido y subieron a su habitación dejando a todos con la incógnita en su cabeza.

El Clan Surinyach estaba compuesto por el padre, la madre, cuatro hijos (ahora tres con la muerte de María), tres nueras, a cuál más inadecuada, según

la señora Surinyach, y seis nietos. No todos ellos se encontraban en Viladrau el 15 de agosto. Gonzalo, el benjamín de la familia y su mujer residían permanentemente en los Estados Unidos. Él trabajaba en una de las empresas de su padre mientras que su mujer, según la matriarca, malgastaba la fortuna de su marido. Era natural de Boston y profesora de primaria en una escuela pública. Contaba con un sueldo escaso, pero le encantaba su trabajo y de alguna manera sí que se podría interpretar que dilapidaba la fortuna de su marido, ya que éste asumía todos los costes que su salario de maestra no cubría. En realidad, ella nunca se lo había pedido ni necesitaba una vida de grandes lujos pero a él le gustaba alardear de su elevada posición social. Gonzalo parecía haber encontrado la estabilidad al otro lado del charco. Después de unos años de soltero haciendo de playboy a la catalana, las Américas le habían devuelto a la cruda realidad. Estaba muy unido a María; solo se llevaban un año de diferencia y parecían mellizos. Aún no le habían comunicado su muerte, ya que sabían que cogería el primer avión para estar cerca de su difunta hermana y empezaría a hacer preguntas. Preguntas para las que, de momento, ni ellos tenían respuesta.

Borja era el hijo mayor y todos creían que estaba destinado a ser el digno heredero de su padre, pero su afición al juego lo estaba malogrando. Su vida era una apuesta constante y la familia estaba harta de financiarle sus partidas. Casado, más por obligación que por convicción, su mujer sufría viendo cómo malgastaba su existencia y su dinero. Realmente se merecía un marido mejor pero muy en el fondo seguía enamorada de él. Se había dedicado en cuerpo y alma a educar a sus cuatro hijos para que no asumieran que lo normal era vivir con la opulencia que el clan les tenía acostumbrados; sus esfuerzos, sin embargo, habían sido en balde.

Alfonso era el segundo hijo del clan y el más independiente de todos. Había estudiado derecho y fue uno de los primeros de su promoción. Trabajaba en uno de los bufetes más prestigiosos de Barcelona en el que no tardó en convertirse en socio. Aunque su padre intentaba repescarlo para la empresa familiar, Alfonso prefería mantenerse al margen. Estaba casado con otra abogada, con la que tenía dos insoportables hijos que se pasaban todo el día a la greña con los otros nietos del clan.

Los seis nietos apuntaban maneras y garantizaban casi de por vida la continuidad de la saga Surinyach.

## MIÉRCOLES 16 DE AGOSTO

Sánchez abrió los ojos a las siete y media de la mañana: la pastilla que se había tomado antes de acostarse tuvo el efecto deseado y pudo recuperar algo de fuerzas durante la noche. A pesar de que intentó quedarse un rato más remoloneando en la cama, ya estaba desvelado y optó por afeitarse, ducharse y vestirse con rapidez. Siempre guardaba un uniforme limpio y planchado en el armario para cualquier emergencia y hoy era una de esas ocasiones. Hizo toda la operación con el menor ruido posible para no despertar al resto de la tropa y bajó a desayunar al bar Daina, en la plaza mayor del pueblo. Evitó tropezar con Júnior en la cocina; no tenía ganas de hablar con él, necesitaba un poco más de tiempo para digerir lo ocurrido.

Abrió la puerta del bar, saludó a Tito, el camarero, y pidió un bocadillo de butifarra catalana y un café con leche. Por un momento estuvo tentado de tomarse un carajillo y una cerveza en lugar del triste café con leche; sin embargo, consideró que le convenía mantener la cabeza fría y despejada. El día prometía ser largo y estaba de servicio. El alcalde le había rogado que retrasara sus vacaciones hasta que el caso quedara resuelto. Los clientes habituales del bar no desaprovecharon la ocasión y empezaron a agobiarle con todo tipo de preguntas sobre la noticia del año:

—¿Estaba completamente desnuda? ¿Le habían escrito algo en el vientre, no? ¿Es verdad que fuiste tú el primero del pueblo en verla?

—¿Se sabe ya quién la ha asesinado? Es que esto antes no pasaba. Pasan los años y apenas puedo reconocer este pueblo. Es increíble. Esto ya no es lo que era.

—¿Tu hijo debe estar hecho polvo, no? Con lo que él quería a María de pequeño, hay que ver, ¡eh! Es que hacían tan buena pareja y mira por dónde, ahora está muerta.

Sánchez se arrepintió al instante de no haber desayunado en casa sus tostadas con mantequilla y confitura de moras, pero ya no había marcha atrás. Le estaban sometiendo a un tercer grado sin cuartel. No tenía ganas ni ánimos para responderles y se excusó en que todo estaba en las expertas manos de los Mossos y que no estaba autorizado a comentar los detalles del caso.

Eran las ocho de la mañana. Luis y Laura llegaron antes de lo habitual a la comisaría central de los Mossos d'Esquadra en Barcelona. Coincidieron en el parking y subieron juntos en el ascensor. Se miraron y comentaron que apenas habían pegado ojo, estaban ansiosos por seguir con la investigación. La adrenalina sacaba lo mejor de ellos y el caso prometía emociones fuertes. Bajaron en la primera planta donde ya les estaba esperando un agente para confirmarles que habían llegado las copias solicitadas de las grabaciones de las cámaras de tráfico.

Centrarían, primero, sus esfuerzos en localizar la furgoneta que usaron los secuestradores para llevarse el cuerpo. Se encerraron en la sala de vídeo con sus compañeros de la policía científica e iniciaron la búsqueda. Después de dos intensas horas de visionado, solo habían sido capaces de detectar seis furgonetas similares a la que vieron en la escena del crimen, misma marca y mismo modelo, y todas en la Autovía C-25. Su intuición no les había fallado, habían usado el Eje Transversal para escapar, pero ninguna de ellas era de color azul. Dos iban dirección Lleida, una roja y una negra, y las otras cuatro eran blancas e iban dirección a Girona. Debían acotar aún más la selección, seis eran demasiadas para investigarlas a todas y el tiempo corría en su contra. Luis no se daba por vencido y pidió a su compañero volver a revisar las imágenes.

—¿Perdona, Arnau, puedes poner de nuevo, uno a uno, los vídeos de las furgonetas blancas?

—¿De las cuatro?

—Sí, por favor, de las cuatro, creo que he visto algo en una de ellas.

—*Okay*, empiezo por la primera la del 15 de agosto a las 20:15h.

—Para, para. Congela la imagen. ¿Qué pone en el lateral de la furgoneta?

—A-G-U-A D-E V-I-L-A-D-R-A-U. Creo.

—La tenemos, es esa. Es esa, seguro. Hazme caso, Laura.

Luis estaba eufórico, tenía que ser esa, las empresas de reparto de agua no trabajaban los días festivos. Era una furgoneta demasiado grande para tratarse de un vehículo para realizar visitas comerciales pero era perfecta para pasar inadvertida entre los habitantes del pueblo como vehículo de reparto. La planta embotelladora de agua estaba en el camino de huida de los secuestradores y nadie sospecharía si usaban una furgoneta con sus logotipos, ya que la empresa disponía de una gran flota variada de vehículos rotulados. Inmediatamente comprobaron la matrícula en la base de datos de tráfico y les

devolvió un resultado coincidente. Se trataba de un vehículo de *renting* asociado a la distribuidora farmacéutica T&T Pharma. Comprobaron el CIF en una página web de informes de empresa y resultó ser una sociedad vinculada a la familia Tremosa.

Los inspectores no eran conscientes de quiénes eran los Tremosa pero rápidamente lo descubrieron “googleando” el apellido. Se sorprendieron de la larga lista de resultados que devolvió la búsqueda: más de 379.000 entradas. Ojeando las primeras noticias comprobaron que se trataba de gente importante, con un inmenso patrimonio empresarial detrás y con una reputación intachable. Los Tremosa eran el clan rival de los Surinyach. Las matriarcas de ambas familias eran enemigas acérrimas y se evitaban en las cenas que se organizaban en verano. Nunca se las había visto sentadas en la misma mesa, no se saludaban ni en el club de golf ni en el Club Viladrau, entidad social exclusiva para veraneantes donde, durante años, los lugareños tuvieron vetada la entrada.

Años atrás hubo un claro acercamiento de los dos clanes cuando María Surinyach empezó un corto romance con Tomás Tremosa, pero fue flor de un día. Tomás era un bala perdida que tonteaba con varias chicas a la vez, con clara afición al vodka con naranja y con un swing pésimo. Montse, la matriarca Surinyach, nunca aceptó la relación que al final cayó por su propio peso. Las infidelidades constantes de Tomás desquiciaron a María que finalmente lo dejó, a pesar de que ello significara dar la razón a su madre y admitir en sociedad que Tomás la engañaba.

Laura comprobó que no hubiesen recibido la denuncia de robo de la furgoneta que estaban buscando en alguna comisaría, pero nadie había denunciado su desaparición. Inmediatamente llamó a T&T Pharma para que le aclararan qué había sucedido.

—Buenos días, soy la inspectora Laura Rodríguez de los Mossos d’Esquadra. ¿Podría hablar con el gerente por favor?

—El gerente no está en estos momentos. ¿Quiere que le deje algún recado?

—¿No está? ¿Dónde podría localizarle? Es urgente.

—Lo siento, inspectora, es que mi jefe está de vacaciones y ante de irse, me pidió expresamente que no le molestásemos, pero tratándose de la policía...

—No creo que se moleste. Haga el favor de ponerme en contacto con él o facilíteme su teléfono móvil y ya le llamo yo.

—De acuerdo, inspectora, ahora le paso con el señor Raúl Huertos.

Después de unos segundos a la escucha de una repetitiva y estridente



música de espera, Laura consiguió hablar con el gerente y explicarle el motivo de su llamada. El señor Huertos le comentó que se trataba de una de sus furgonetas de reparto diario de medicamentos para farmacias y que en el mes de agosto delegaban la logística a otra empresa externa, puesto que la mayoría de sus conductores habituales estaban de vacaciones. Era muy difícil que se hubieran dado cuenta de la desaparición de la furgoneta hasta inicios de septiembre. Sin embargo, podían saber con exactitud dónde había estado y qué recorrido había efectuado, ya que equipaban a todos los vehículos de su flota con sistemas de seguimiento.

Laura puso al día a Luis de su conversación con el gerente de T&T Pharma, todo parecía indicar que seguían la pista correcta. Cuando el gerente les facilitó las claves de acceso a la plataforma pudieron comprobar online todo el recorrido realizado por la furgoneta. El viernes 28 de julio, después de acabar la jornada laboral, fue estacionada en un parking exterior ubicado en el polígono industrial de Can Volart en Montmeló, donde T&T Pharma tiene su almacén central. Ese mismo día se movió de nuevo aunque solo dio una pequeña vuelta por el polígono y quedó estacionada en el mismo sitio. De allí, no salió hasta la noche del 14 de agosto cuando supuestamente fue robada. De Montmeló se dirigió a una nave industrial en la Zona Franca de Barcelona y de allí, al día siguiente, a Viladrau. Llegó el 15 de agosto a primera hora de la tarde y no fue hasta las 19:30h cuando se puso en marcha y recogió, minutos más tarde, el cuerpo de María en los alrededores del Castaño de las Nueve Ramas. Dejó atrás el pueblo, se detuvo en el Coll de Gomara y quince minutos después se dirigió al parking del puerto deportivo de Palamós. Los inspectores se hacían muchas preguntas: ¿Por qué la furgoneta pasó la noche en una nave de la Zona Franca? ¿Por qué llegaron a Viladrau tan temprano con el riesgo de ser descubiertos? ¿Por qué se dirigieron a Palamós?

\*

Eran las 11:45h. Veraneantes y lugareños habían acudido en masa a la concentración ante el Ayuntamiento de Viladrau en señal de duelo por el asesinato de María. No faltaba nadie. Antes de que se produjera el minuto de silencio, todo eran chismes y habladurías en los corrillos improvisados que se iban formando a las puertas del edificio. Los veraneantes seguían pensando que el asesino tenía que ser alguien del pueblo y Júnior era su principal sospechoso. Para los lugareños en cambio, Júnior era de los suyos y era

intocable. Preferían apuntar su dedo acusador hacia el millonario Tomás Tremosa. En lo único que coincidían unos y otros era que el asesino tenía que ser uno de los exnovios de María. La familia Surinyach casi al completo esperaba impaciente en primera fila. Sánchez aún no había tenido la oportunidad de presentar sus condolencias y se acercó a la matriarca para saludarla. Estaba muy nervioso; temía cualquier posible reacción exagerada de Montse en contra de su hijo Júnior, pero no fue así. La conversación entre ambos fue breve pero cordial. Le besó la mano para despedirse y desapareció entre la muchedumbre. A las 12:00h, el alcalde salió por la puerta principal del Ayuntamiento y, después de un breve parlamento, dio el pésame a la familia en nombre de todos los allí presentes. Al acabar se inició el minuto de silencio. La ausencia de ruido ayudó a intensificar las sensaciones y a enfriar aún más el ambiente, ya de por sí enrarecido. Las caras de los presentes reflejaban preocupación y tristeza. Nada hacía presagiar 24 horas antes que sería un verano tan distinto a los demás.

Júnior se encontraba entre los asistentes. Se sentía extraño, nervioso; no paraba de secarse el sudor de la frente y de quitarse y ponerse las gafas de sol. Hubiera preferido no asistir, pero sabía que si se hubiera quedado en casa habría dado pie a nuevas habladurías y con su presencia pretendía cortar los chismes de raíz. Los remordimientos le aturdían y se planteó devolver los 20.000 euros a los falsos periodistas, si conseguía hablar con ellos por teléfono. Sabía que con su acción no reviviría a María pero como mínimo no quedaría como un aprovechado.

Tomás Tremosa también hizo acto de presencia e iba muy bien acompañado. Los años no le habían cambiado ni un ápice. Seguía igual y sus vicios también seguían intactos. La mujer que iba de su brazo era desconocida por todo Viladrau, que la escaneó con la mirada buscando referencias para ubicarla, aunque nadie pudo aportar información alguna. Era la primera vez que se dejaba ver por el pueblo. Guapísima, pelirroja, de portada de revista; no desentonaba en absoluto en la colección particular de Tomás Tremosa.

Los inspectores se desplazaron hasta Viladrau. Querían comprobar, in situ, si veían algún comportamiento extraño durante el minuto de silencio o si había alguna ausencia destacable que hiciera inclinar la balanza hacia uno u otro lado. No detectaron nada que fuese sospechoso, pero les ayudó a identificar visualmente a los miembros de los dos clanes rivales. La muchedumbre se diluyó y el pueblo volvió a su ritmo habitual. Luis y Laura pusieron rumbo al puerto deportivo de Palamós.

El alcalde regresó a su despacho del primer piso acompañado por Sánchez y dijo:

—Pase Sánchez, pase ¿Cómo va todo? ¿Qué tal su hijo?

—Mi hijo bien, gracias ¿Su señora cómo se encuentra? Hace días que no la veo por aquí.

—Mi señora también bien, gracias. Cada día mejor, recuperándose. Por cierto ¿cómo va la investigación? ¿Tiene novedades?

—No señor, todo está en manos de los *mossos*.

—Sánchez, necesito que sea usted quien esté en contacto permanente con ellos y me informe de todo.

—Así lo haré, señor. Cualquier novedad le aviso, descuide.

—Escuche Sánchez, el caso tiene que estar resuelto antes de la Fiesta Mayor o me juego el cargo. No me puedo permitir unas fiestas bañadas en sangre. El 8 de septiembre se acerca peligrosamente.

—Claro que no, le entiendo y haré todo lo que esté en mi mano.

—Perdone que le pregunte tan directamente pero es que hay gente que dice que Junior puede tener...

—Junior no tiene nada que ver. Fue novio de María hace mucho tiempo y nada más.

—No, claro que no, Sánchez. Claro que no. Yo me refería a que la gente habla demasiado.

—Si no necesita nada más, continúo con mi ronda.

—Vaya, vaya, estamos en contacto.

Sánchez abandonó el despacho y bajó corriendo las escaleras para salir y respirar aire fresco. Se le encogió el corazón cuando al alcalde se le ocurrió incriminar a su hijo y tuvo que contener las lágrimas. No tenía ni idea de cómo podía ayudar a resolver el caso y además tenía que acallar los rumores sobre Junior.

\*

Los inspectores llegaron al puerto deportivo Marina Palamós a las 13:30h, recorrieron los distintos pantalanés A, B, C... muy lentamente con el coche y fue en la entrada del F donde encontraron la furgoneta. Estaba correctamente estacionada y aún llevaba los vinilos de Agua de Viladrau en los laterales. Hicieron una primera comprobación ocular: ninguna de las puertas había sido forzada, los seguros no estaban puestos y todos los cristales

permanecían intactos. Laura pudo ver por la ventanilla que las llaves seguían en el contacto y Luis se agachó instintivamente. Quería descartar que hubiera algún artefacto explosivo enganchado al cubre-carter que pudiera ser accionado por control remoto o mecánicamente al abrir una de las puertas. No encontró nada sospechoso, así que podían proceder a inspeccionar el vehículo por dentro. Volvieron al coche a por los guantes, para no contaminar la escena en el caso que quedara algún resto de huellas dactilares de los secuestradores. Se dirigieron a la parte posterior de la furgoneta. Luis desenfundó la pistola por si aparecía por sorpresa alguien del interior del vehículo; Laura abrió la puerta y se cubrió tras ella. Ni rastro del cuerpo de María Surinyach. Solo una camilla, unas cuantas pegatinas de color naranja con la palabra “Fragil” por el suelo y restos de precinto con el logo de T&T Pharma.

Laura no albergaba esperanzas de encontrar el cadáver, pero sí confiaba en encontrar al menos alguna pista que les ayudara a localizar a los secuestradores. Llamó a sus compañeros para que fueran a recoger el vehículo y pidió a los del laboratorio que lo analizaran a fondo. Cualquier resto de huella dactilar o pelo podía ser clave para dar con los asesinos. Mientras la inspectora hablaba por teléfono, Luis miró hacia el pantalán y empezó a leer en voz alta algunos de los nombres de las embarcaciones cercanas a su posición: Aries, Fadri, Gregal, Malamar, Barbaria II, Rascassa, Petxina IV, Rocamar, Ferrosa... En aquel preciso instante, Laura colgó, le miró e inmediatamente exclamaron al unísono: “¡Los barcos!” Sin mediar palabra, Laura se dirigió a las oficinas del puerto deportivo. Se identificó como inspectora, les explicó que estaban investigando un caso de asesinato y pidió el registro de las embarcaciones que salieron del puerto el día 15 de agosto por la tarde/noche. Tenía la intuición que los secuestradores habían seguido su plan de huida por mar. Según ella, habían sacado el cuerpo de la furgoneta, cargado en una embarcación y, una vez recorridas unas cuantas millas náuticas, arrojado por la borda con la esperanza que se hundiera en las profundidades y fuera imposible de localizar. El responsable del puerto explicó que no existía tal registro y menos control alguno de embarcaciones de corta eslora que no estaban obligadas a llevar radio a bordo. Laura no desistió y exigió que le preparasen una copia de todas las grabaciones de las cámaras de seguridad del puerto. Al ver que la inspectora tardaba en regresar, Luis fue a buscarla. Seguía con su obsesión por los nombres, aprovechó el viaje y pidió el registro de los amarres del puerto. Quería comprobar quién era el propietario de todos y cada uno de ellos. Al contrario que Laura, Luis sospechaba que el cuerpo de

María seguía en el puerto, escondido en el camarote de alguna de las 862 embarcaciones del Marina Palamós.

El inspector empezó por el final a repasar las hojas de la interminable lista que le habían impreso. Tenía la costumbre de leer el periódico desde la entrevista de la contra hasta la portada y con el listado hizo lo mismo. Se detuvo en el *Samot IV*. Un yate propiedad de la familia Tremosa en el Marina Palamós era demasiada casualidad. Luis no creía en las casualidades y llamó inmediatamente al juez para pedir una orden judicial exprés que les permitiera inspeccionar la embarcación. Su señoría seguía cabreada por haber tenido que anular su viaje a Escocia, pero era consciente de que el inspector no tenía ninguna culpa y tramitó la orden con carácter de urgencia.

Laura escuchó toda la conversación y enseguida ató cabos. Repasó mentalmente todo lo que había leído en internet sobre los Tremosa y se acordó de la noticia de la prensa del corazón sobre el romance de uno de los hijos del clan con María Surinyach. Tomás al revés es SAMOT. Demasiado fácil, pensó. ¿Por qué Tomás mataría a María, la colgaría de un árbol, y después raptaría el cuerpo y lo escondería en su propio yate? No tenía sentido alguno. Expuso sus dudas a Luis pero este hizo oídos sordos y, con la orden ya en su poder, se marchó convencido a inspeccionar el *Samot*. El yate, un Astondoa 95 GLX de 29,45 metros de eslora, era impresionante, el más grande de toda la marina. Casco azul marino oscuro, cubiertas blancas en dos alturas y 3 motores intraborda que rendían una total de 1.300 CV de potencia. Luis llegó al muelle donde estaba amarrado y vio desde lejos a dos miembros de la tripulación haciendo labores de mantenimiento en cubierta. Aunque sorprendidos, los marineros no opusieron resistencia alguna al verlo llegar con la placa de policía en una mano y lo que parecía ser una orden judicial en la otra. Le acercaron la pasarela al muelle para que pudiera acceder al barco y le dieron la bienvenida a bordo. El marinero de más edad desapareció durante unos segundos para telefonar a Tomás Tremosa, su patrón, y ponerle al corriente de la situación. Tomás estaba en Viladrau disfrutando de un *gin-tonic* con su habitual grupo de amigos, cuando recibió la llamada. Al principio se enfureció al ver, una vez más, su intimidad atacada, pero enseguida recondujo su enfado y ordenó a la tripulación que colaborase con la policía.

Luis hizo un registro exhaustivo por todos los camarotes, bodega, sala de máquinas... Revisó todos y cada uno de los baúles de las distintas cubiertas del yate. Cojines y más cojines, los había de todos los tamaños y colores, pero ni rastro del cuerpo de María por ningún lado. Minutos después, Laura subió

al yate y le volvió a repetir a Luis su teoría de que podían haber utilizado el barco para lanzar el cuerpo en alta mar y no para esconderlo.

Para dar credibilidad a su teoría, la inspectora preguntó a la tripulación:

—¿Nos podrían decir cuando zarparon por última vez?

—Buf, hace más de un mes que no salimos.

—Y ¿qué hacen aquí?

—Desde hace dos semanas estamos haciendo la puesta a punto para el verano. El señor Tremosa partirá en breve con el *Samot* y todo tiene que estar a su gusto.

—¿Qué quiere decir puesta a punto? ¿No pueden hacerse a la mar?

—Exacto señora, no podemos. Estamos esperando una nueva hélice y mientras no llega nos dedicamos a revisar los motores, lijar y barnizar las maderas de cubierta... Lo que viene siendo labores de mantenimiento, vamos. El año pasado se averió en alta mar y nos tuvieron que remolcar hasta Palamós.

—Entiendo. Gracias. Estaremos en contacto.

Laura se desanimó al ver que no habían confirmado su teoría y los inspectores volvieron a la oficina a recoger las copias de las grabaciones. El responsable del puerto les comentó que la avería del *Samot* fue toda una deshonra para un yate de su categoría. Según él, Tomás incluso se había planteado venderlo e ir a por el *Samot V*, pero desistió. La crisis había afectado a los negocios de los Tremosa y ya no podían gastar tanto. No podía afrontar él solo la compra de una nueva embarcación sin renunciar a su elevado ritmo de vida y, por ese motivo, repararlo fue la única opción viable.

Los inspectores necesitaban un receso para despejarse y aclarar sus contradictorias teorías. Eran las 15:30h de la tarde y aprovecharon para comer. Se decidieron por el restaurante Ca L'Amadeu del puerto. Luis tenía buen saque y le costaba pensar con el estómago vacío. Laura, en cambio, al ser triatleta estaba más acostumbrada a pasar largas jornadas con poco alimento o solo con barritas energéticas. Durante la comida, para no agobiarse hablaron poco del caso. Luis le contó la espectacular lluvia de estrellas que pudo ver la noche anterior y Laura no paró de hablarle de las bondades de sus perros y de su preparación para el Ironman. Intentó convencerle para que hiciera más deporte y se apuntara a alguna carrera popular, pero Luis declinó la oferta; sin lugar a dudas prefería ir a buscar setas con sus amigos y luego comérselas sin ningún tipo de remordimiento. Al salir del bar, validaron el ticket del parking, subieron al coche y se fueron dirección a la comisaría central. Durante el

trayecto, planificaron sus próximos pasos: revisar las cámaras del puerto, esclarecer por qué un vehículo de T&T Pharma estaba implicado en el caso, pedir los resultados del análisis en profundidad de la furgoneta, repasar las declaraciones de los testigos por si se les había escapado algún detalle y tomar declaración a Tomás Tremosa. Laura añadió que también deberían interrogar al conductor habitual. Le parecía muy raro que la cerradura no hubiese sido forzada y que las llaves aún estuviesen en el contacto. Llamó de nuevo a T&T Pharma, le atendió la misma secretaria que por la mañana, y esta vez consiguió el teléfono del chófer en pocos segundos.

Horas después, Tomás Tremosa aún seguía alucinando por el registro del SAMOT. Con todas las exnovias que había dejado por el mundo y la policía le perseguía por la única que su madre odiaba a muerte. El partido de pádel de las siete con sus amigos en la pista de su casa fue un bálsamo para él. Todo lo que no sabía de golf lo sabía de pádel y jugó uno de los mejores partidos de la historia. Javier, su pareja habitual, estaba gratamente sorprendido con el nuevo nivel de juego de su compañero. Rápidamente cayó el primer set de su lado y en el segundo Tomás estuvo aún más inspirado si cabe: voleas altas, víboras, dejadas... le entraban todos los golpes. La pareja contrincante no pudo hacer nada para detener al huracán Tremosa. Estaba exultante y se olvidó por un momento de la tormenta que le venía encima. Al acabar el partido y aún empapado de sudor recibió la llamada de la inspectora Laura que le citaba a declarar en la comisaría central de Barcelona a las 09:00h del día siguiente. Al ver la cara que se le había quedado al colgar, Javier intentó animarle y se ofreció a acompañarlo a declarar, no solo en calidad de amigo sino como su abogado. Tomás se sintió un poco aliviado pero sabía que deshacerse de la presión policial no sería tarea fácil.

\*

Se había hecho tarde: eran las diez de la noche y, en casa de los Sánchez, los niños ya se habían acostado. Evaristo Senior aprovechó la quietud del hogar para sentarse a hablar y pedirle un poco de apoyo moral a Evaristo Junior. Estaba solo en esto y no podía hablar con nadie más del caso. Repasaron en voz alta todo cuanto Junior había hecho el pasado 15 de agosto para tener clara su coartada y poder excusarlo en el hipotético caso que le llamaran a declarar. Una vez definida su defensa, volvieron a repasar las fotos del escenario del crimen que había hecho Sánchez antes de que llegaran los

Mossos, por si descubrían algo raro.

Observaban la primera fotografía del cuerpo de María en el móvil de Sánchez, desnuda y colgando del árbol, cuando de repente ambos gritaron a la vez:

—¡Los Tremosa! —gritó Sánchez.

—¡No es ella! —gritó Júnior.

—No es ella, no es ella —siguió balbuceando Júnior. No podía ni hablar, estaba pálido y empezaba a hiperventilar.

—Júnior, tranquilo, tranquilo. ¿Qué pasa? ¡Me estás asustando! ¡Explícamelo! ¿Qué quieres decir con que no es ella?

Júnior seguía en estado de shock pero poco a poco fue recobrando el habla y le pidió a su padre un vaso de agua. Sánchez pensó que los dos necesitaban una tila pero fue a la cocina y no encontró nada remotamente parecido a una infusión. Desde la muerte de su esposa, la intendencia había bajado a los mínimos imprescindibles de supervivencia; la nevera hacía huelga de hambre permanente y nadie parecía ponerle remedio. Hurgando en los armarios superiores de la cocina, finalmente encontró una botella de Chivas Regal, que formaba parte del lote navideño que cada año recibía de los Tremosa y, sin dudar, sirvió dos whiskies dobles. Volvió al salón con los dos vasos y le ofreció uno a su hijo que miró a su padre con cierta sorpresa pero aceptó sin vacilar. Le dio un primer sorbo, luego un segundo y un tercero hasta que el alcohol hizo su efecto y Júnior pudo explicarse.

—Papá, no es María. La chica del árbol no es María.

—Joder, Júnior, vamos, no me jodas. ¿Cómo que no es María? ¿Quién coño es, su hermana gemela o qué?

—Qué gemela ni qué leches, que no es ella. Papá que no es ella, te digo.

—Júnior, explícate coño, que me estoy jugando mi carrera y me quiero jubilar tranquilo.

—¿Te acuerdas de mi tatuaje? Pues ella se hizo otro igual y en la foto no sale.

Júnior y María habían grabado la fecha en que empezaron a salir en letras romanas, XVVIIIXCVI, en la ingle derecha. Era un tatuaje pequeño, discreto, hecho con tinta negra y que solo quedaba al descubierto si estaban desnudos. A Sánchez le vino a la cabeza el recuerdo de la bronca monumental que le pegó a su hijo por hacérselo y lo hábil que fue Júnior contestándole que él también tenía tatuajes monocromos horribles y con historias mucho peores detrás de ellos. De lo que no se acordaba es que María también se lo había hecho. Ella



siempre se lo había escondido a sus padres y muy poca gente sabía de su existencia.

Sánchez sintió un instinto repentino de llamar al alcalde y comentarle que disponía de nueva información sobre el caso que podía alterar el ritmo normal de los acontecimientos. Lo pensó mejor y finalmente decidió reprimir sus impulsos e indagar un poco más por su cuenta. Le pidió a su hijo que, de momento, no explicase a nadie lo que habían descubierto. Empezó a hablar en voz alta y a contar con los dedos de la mano derecha: uno, necesitamos tener más indicios que confirmen la teoría de Júnior; dos, no podemos dar un paso en falso y comprometer la investigación; tres, la prueba irrefutable sería descubrir dónde esconden a la verdadera María. Al escuchar a su padre, Júnior se vino arriba y le propuso comprobar si el teléfono móvil de María aún seguía operativo. Padre e hijo estaban emocionados y más unidos que nunca con sus nuevos roles de investigadores privados a lo Magnum P.I.\* Júnior puso el móvil en altavoz y ambos esperaron impacientes que alguien respondiera al otro lado. Tono a tono iban perdiendo las esperanzas hasta que se desvanecieron por completo cuando apareció el odioso mensaje pregrabado de la operadora: “El número marcado está apagado o fuera de cobertura en estos momentos, por favor, inténtelo de nuevo más tarde.” Júnior no desistió en su empeño de ayudar, cogió papel y lápiz y empezó a hacer una lista de todas las propiedades que tenía la familia Surinyach y de las que él tuvo el placer de disfrutar durante su noviazgo: casa a pie de pistas en Baqueira-Beret y en Zermatt, casa de la playa en la Isla de S’Espalmador en Formentera y en Sa Tuna en Begur, apartamento en Grosvenor Street de Londres, apartamento en La Rue de Rivoli de París... Tenía la extraña convicción de que María seguía viva y que sus captores la tenían retenida contra su voluntad en una de sus propiedades. Elaboró una complicada trama en su cabeza. Según él, los secuestradores estarían esperando a que los padres de María hicieran efectivo el primer pago de un millonario rescate pero incumplieron el plazo y se negaron a negociar con ellos. Los captores se habrían puesto nerviosos al ver que no les tomaban en serio y quisieron recuperar su posición de fuerza en la negociación colgando a una doble de su hija de un árbol. El acto daría publicidad y credibilidad a sus amenazas. Si volvían a desatender un plazo no tendrían tantas contemplaciones y les irían enviando el verdadero cuerpo de su hija por partes. Un trocito por cada día de retraso hasta que cumplieran la cantidad prometida. Júnior estaba excitadísimo con su teoría y pensaba que podría dedicar parte del dinero que obtuvo por dar información a los falsos

periodistas, a viajar a todas y cada una de las propiedades para comprobar si María estaba retenida en alguna de ellas. Por un momento se sintió como si fuera una mezcla entre superhéroe justiciero y detective audaz. Todo parecía cuadrar a la perfección en su cabeza y tenía clarísimo que estaba en lo cierto, pero le quedaba la duda de por qué su padre había gritado “los Tremosa” al ver la fotografía.

—Papá, ¿Por qué has chillado “los Tremosa” al ver la foto?

—Mira. ¿Ves algo que te resulte familiar en la foto aparte de que la chica no tenga tu tatuaje?

—Hombre, si pusieras el móvil del derecho sería más fácil.

—Está así expresamente. ¿No ves nada, raro?

—No papá, no veo nada.

—Fíjate en el símbolo del vientre. ¿No te recuerda a algo?

—¡Ostras! Ahora que lo dices, sí; pero no caigo exactamente...

—Míralo bien y piensa en la cesta de Navidad que nos llega cada año.

—¡Coño! ¡Qué fuerte! El logo de los Tremosa.

La teoría empezaba a hacer aguas por todos lados. Padre e hijo se preguntaron: ¿Qué pintaba el logotipo de los Tremosa en el cuerpo de la falsa María? ¿La habían raptado ellos?

Júnior se desanimó por completo, la adrenalina que segundos antes le había recorrido todo el cuerpo se transformó en agotamiento y malestar. Dio el último sorbo al vaso de whisky y con él se esfumó la idea de viajar por todo el mundo buscando a María. Tendría que conformarse con pasar otro verano más con sus hijos en la piscina municipal de Viladrau.

---

\*Serie de televisión americana de los años 80 que trataba las aventuras de un investigador privado que vivía en Hawái y estaba interpretado por el actor Tom Selleck.

## JUEVES 17 DE AGOSTO

Laura se movió más de lo habitual en la cama durante la noche. Ricard lo notó, pero no se lo echó en cara. Por el tiempo que llevaban juntos sabía que cuando estaba inquieta era mejor dejarle espacio. El caso de María Surinyach empezaba a obsesionarla y a formar parte también de sus sueños. Eran las siete de la mañana y Laura repasaba mentalmente por sexta vez todos los detalles de la investigación. Renunció a su rutina habitual de entrenos matutinos y Ricard se ofreció a sacar a pasear a los perros. Ella se lo agradeció con un rápido beso en la frente, se quitó la camiseta de los “Lakers” que usaba de pijama y se duchó a toda prisa. Salió tan escopeteada que se olvidó de desayunar y tuvo que parar en el Bar Soto de la esquina a por un café con leche para llevar.

Con el vaso de cartón aún humeante delante del ordenador y con la cabeza llena de nuevas teorías, intentó localizar al conductor habitual de la furgoneta. Su teléfono seguía apagado, pero recordó que en T&T Pharma le dieron también la dirección de su domicilio particular. Propuso a Luis que fueran personalmente a visitarlo cuando acabaran con el interrogatorio de Tomás Tremosa. Debían esclarecer cuanto antes por qué la furgoneta no había sido forzada y qué implicación tenía el chófer en el caso.

\*

Como buen amigo, Javier se presentó con mucha antelación en la mansión Tremosa. No quería llegar tarde a su cita en comisaría; pero, como siempre, Tomás se lo tomaba con calma y aún no estaba preparado. Al ver a su colega desde el enorme ventanal de su dormitorio bajó corriendo las escaleras para recibirle en el hall de entrada. Solo llevaba puestos unos pantalones Armani Jeans blancos y unos mocasines de verano Tod's azul galaxia. Miró a su amigo, lo abrazó con fuerza y le agradeció al oído su presencia. No era hombre de mostrar sus sentimientos en público; pensaba que eran una muestra de debilidad para alguien de su posición, pero con Javier era inútil disimular. Se excusó y subió las escaleras de dos en dos y regresó al vestidor de su habitación para acabar de arreglarse. Mientras tanto, Javier guardó su coche en el parking de la mansión. No dudaba de que su amigo preferiría utilizar

alguno de los preciosos coches de su colección particular antes que su aburrido monovolumen. Minutos después, Tomás bajó al parking, apretó con una mano el botón del mando para abrir las puertas y señaló con la otra el coche escogido para la ocasión.

—Vamos con aquel. ¿Te parece bien?

—¿Con el rojo? Con el rojo no podemos ir ni de coña. Tomás, ¿me estás hablando en serio?

—Vale, Javier. Relájate, era broma. ¿Te parece bien ir con el verde, entonces?

—¿Con el verde, pero si es un clásico? ¿Me estás vacilando?

—Vale, ya te veo en la cara que solo me dejarás ir con el negro. ¡Vamos, sube! —dijo Tomás conservando el buen humor.

La colección de Tomás estaba integrada por un discreto Audi RS6 negro de más de 500CV de potencia, un exclusivo Ferrari LaFerrari rojo, un icónico Jaguar E-type de color british racing green y un todoterreno Jeep Wrangler 75 Aniversario. El joven Tremosa disfrutaba al volante y realizó el tramo de curvas Viladrau-Hostalets de Balanyà como si se estuviesen jugando los primeros puestos en la clasificación del Rally de Osona. Curva tras curva, el nivel de estrés de Javier iba en aumento: quería aprovechar el viaje para preparar la declaración y no podía concentrarse. Cuando llegaron a Tona no pudo aguantar más y le pidió que aflojara el ritmo. Repasaron detenidamente, uno a uno, y en voz alta, todos los movimientos de Tomás del día 15 de agosto. Su coartada era sólida, pero Javier era consciente de que su amigo, bajo presión, solía ponerse nervioso y en esas circunstancias su comportamiento podía ser totalmente imprevisible.

A las 8:58h Tomás y Javier subían las escaleras al primer piso de comisaría donde ya les estaba esperando la inspectora. Javier padecía de claustrofobia severa y evitaba, siempre que podía, los ascensores. Luis se sumó al grupo, hicieron las presentaciones protocolarias, y entraron los cuatro en la sala de interrogatorios número 2. Apenas sentarse, Laura, abrió su carpeta, sacó las fotografías del cadáver ahorcado y se las mostró a Tomás para ver su reacción. Javier no se esperaba la jugada y Tomás menos aún. Su cara de playboy que llevaba de serie cambió por completo y se le heló el rostro. Intentó disimular su turbación tosiendo, como si le vinieran arcadas de asco al ver las imágenes. Debía ganar tiempo para ocultar lo que acababa de descubrir: los símbolos del vientre de la chica eran en realidad el logotipo de la empresa familiar y el cuerpo desnudo no tenía el maldito tatuaje en la ingle.

Odiaba ese tatuaje. Durante su noviazgo con María, no podía parar de pensar que Júnior había conquistado su cuerpo antes que él. Luis salió a buscar un vaso con agua y al regresar se lo ofreció a Tomás.

—Señor Tremosa, ¿se encuentra bien?

—Sí, lo siento, perdón. No había visto las imágenes y me han impactado mucho.

—Lo entendemos ¿Necesita descansar o podemos continuar?

—Podemos continuar, gracias.

—¿Nos podría explicar qué hizo el 15 de agosto?

Tomás y Javier sabían la respuesta.

—El 15 de agosto por la mañana estuve bañándome en la piscina de casa con mi novia. El agua estaba helada, pero en Viladrau ya se sabe. Luego nos cambiamos y fuimos a comer con unos amigos al restaurante Can Jubany en Calldetenes. Pagué la cuenta con tarjeta de crédito, les puedo enviar el extracto de la visa. Antes de irnos nos hicimos una foto con el chef y la colgamos en las redes sociales. Lo pueden comprobar en mi cuenta de Instagram si lo creen conveniente.

—Lo haremos —contestó Luis.

—Al salir del restaurante, fuimos a Vic a comprar una raqueta de pádel, nos entretuvimos bastante hasta encontrar la que mejor se adaptaba a mi estilo de juego. Luego, al regresar a Viladrau, nos cruzamos con los controles policiales en la carretera pero no nos pararon y llegamos a tiempo para cenar en familia. Tengo el ticket de la tienda y pueden preguntar sobre la cena a cualquier miembro de mi familia o del servicio.

—Bien —dijo Laura.

La inspectora no quedó nada convencida con el preparado relato de Tomás y preguntó:

—Señor Tremosa, ¿cómo puede explicar que una furgoneta propiedad de T&T Pharma estuviese aparcada en el mismo puerto deportivo que su yate?

—No lo puedo explicar. No conozco el día a día de todas las empresas de mi familia. Yo me dedico a administrar y hacer crecer el patrimonio familiar mediante inversiones en bolsa, para que como mínimo den doble dígito de rentabilidad, pero no intervengo en la operativa de ninguna de las empresas de mis padres —dijo Tomás buscando la aprobación en los ojos de Javier.

Después de varias preguntas rutinarias, los inspectores dieron por terminado el interrogatorio, pero su intuición les decía que Tomás sabía más de lo que había contado. Los dos amigos salieron de comisaría y sin hablar se

dirigieron al parking a buscar el coche. Cuando Tomás cerró su puerta inmediatamente Javier le asaltó:

—¿Qué coño has visto en la foto?

—Javier, tío, muy *heavy*, que no es María.

—¿Cómo que no es María! ¿Quién cuelga del puto árbol, entonces?

—¿Y yo qué cojones sé? Lo único que sé, vamos, que estoy convencidísimo, es que María no es.

—¿Y cómo sabes que no es ella?

—Porque no tiene el tatuaje.

—¿De qué tatuaje me hablas? He visto a María mil veces en bikini en tu piscina y jamás le he visto ningún tatuaje.

—El puto tatuaje asqueroso que se hicieron ella y Junior en la ingle con la fecha que empezaron a salir. De ese tatuaje te hablo. ¡Ah! Y también estoy seguro de otra cosa peor.

—¿Peor?

—Sí, y no te va a gustar nada, nos mete a mí y a mí familia en un marrón que te cagas.

—¡Joder! Tomás me estás asustando más de lo que ya estaba en esa puta sala de interrogatorios.

—El “jamón” que cuelga del árbol lleva nuestro logo en el vientre, escrito con sangre.

—¿Esos símbolos son vuestro logo? No me ha dado tiempo de verlo bien. Tienes razón, estáis jodidos, tío, y bien jodidos.

Durante el trayecto de vuelta a Viladrau, ambos acordaron que reunirían a la familia Tremosa al completo para contarles lo que habían descubierto. Debían prevenirles de que alguien estaba conspirando contra ellos con el objetivo de cargarles con la muerte de la supuesta María Surinyach. Por secreto profesional cliente-abogado, Javier jamás contaría la información que tenía ni a su propia mujer, pero temía que la familia de Tomás no fuera capaz de mantener la boca cerrada. Necesitaban la más absoluta discreción y tiempo para descubrir quién había robado la furgoneta. Debían recabar argumentos exculpatorios sólidos y estar preparados para una más que probable detención de Tomás Tremosa cuando los inspectores descubrieran el verdadero significado de los símbolos del vientre de la falsa María.

Mientras Luis y Laura ponían en común la notas que ambos habían tomado durante el interrogatorio a Tomás, oyeron el aviso sonoro de la llegada de un correo a la bandeja de entrada del portátil de Luis. Se trataba de un mail remitido por el servicio de atención al cliente de la operadora de telefonía usada por la pareja de *trekking*. El mail contenía adjunto, en formato pdf, el listado de todas las llamadas realizadas y recibidas por el terminal en los últimos nueve meses. Luis había conseguido horas antes la autorización del juez para tramitar dicha solicitud. El fichero adjunto, contenía también la siguiente información: el terminal usado fue un móvil de tarjeta pre-pago, el nombre y apellidos del propietario de la tarjeta SIM y su número de DNI. Laura cotejó el DNI en la base de datos de delincuentes fichados y obtuvo un resultado positivo pero no muy esperanzador. Se trataba de Expósito García, delincuente común, 64 años de edad, sintecho, adicto al vino de tetrabrick y con un largo historial de detenciones por pequeños hurtos y por alteración del orden público. Su última dirección conocida era el albergue social, *Centre d'Acolliment Residencial Can Planas*, de la ciudad de Barcelona. Laura llamó y le informaron que solo había estado un par de noches en octubre de 2016 y que hacía tiempo que no pasaba por allí. Luis lo recordaba de su etapa como Policía Local del barrio de Sant Martí. Era un vagabundo enfadado con el mundo que había pisado todas las comisarías de Barcelona. Tarde o temprano lo volverían a detener, pero podían tardar días en hacerlo y nadie les aseguraba que quisiera colaborar con la policía. Lo había perdido todo en la vida y la cárcel sería para él el menor de los castigos.

Laura imprimó el listado con el objetivo de identificar todos y cada uno de los números de teléfono que aparecían en él. Metódica y ordenada como era, cogió el fluorescente amarillo para ir tachando los teléfonos comprobados. Tecleó el primer número de la lista en el buscador de internet de su portátil y obtuvo el siguiente resultado: Náutica Serrat, venta de embarcaciones nuevas y de segunda mano, pupilaje y alquiler de embarcaciones. Repitió la operación con el segundo número y apareció como resultado destacado: Rótulos Martínez, desde 1972 especialistas en impresión en gran formato, rotulación de vehículos y rótulos corpóreos. El tercero era un número de móvil que no reportó ningún resultado positivo en el buscador y Laura decidió llamar y probar suerte. Al primer tono no contestó nadie, pero al segundo se escuchó una voz al otro lado de la línea:

—¿Sí, diga?

—Inspectora Laura Rodríguez de los Mossos d'Equadra. ¿Con quién hablo?

—¡Ohh! ¡Ahh! Encantado de saludarle, señorita Laura. ¿En qué puedo ayudarle?

—¿Me conoce?

—Sí, claro que la conozco. Bueno, personalmente no; pero mi padre me contó que usted y su compañero Luis, creo que me dijo Luis, se ocupaban del caso de María.

—¿Su padre?

—Sánchez.

—¿Se refiere al Policía Local Evaristo Sánchez del pueblo de Viladrau?

—Bueno, sí claro; a ese, no hay otro.

—¿Podría venir a comisaría lo antes posible? Queremos hablar con usted.

—Sí, por supuesto, inspectora, lo que usted diga. ¿Estoy detenido?

—¿Cree usted que ha hecho algo para que deba arrestarlo?

—Hombre, yo creo que no.

—¿Entonces? Tranquilo, solo queremos hablar con usted. Baje cuanto antes a la comisaría central de Barcelona y hablaremos.

—Entendido. En dos horas podría estar allí, si a ustedes les parece bien.

—Aquí le esperamos. Saludos a su padre.

Júnior colgó. Todavía impactado por la llamada, avisó a su padre. Jamás le habían detenido: lo más cerca que había estado de una comisaría era cuando iba a recoger a su padre al trabajo.

Sánchez estaba haciendo inventario en el almacén municipal cuando, de repente, le vibró el teléfono y atendió a la llamada de su hijo.

—Papá.

—Dime Júnior. ¿Qué pasa? ¿Están bien los nenes?

—Sí, los nenes están perfectos pero es que me ha llamado la *mossa* esa y...

—¿La inspectora Rodríguez?

—Sí, esa. Dice que baje a Barcelona a hablar con ella, pero que no estoy detenido ni nada, ¡eh!

—Calma, no pasa nada. Has hecho bien en llamarme. Paso a recogerte y vamos juntos.

—Gracias papá, de verdad. Muchas gracias. ¿Qué hago con los nenes, que se vengan también?

—Ni hablar, déjalos con la señora Consuelo, que seguro que no le importa y estará encantada.

Los niños opusieron resistencia y solo cedieron cuando su padre les prometió que por la tarde les compraría una bolsa de chuches. No les gustaba



nada quedarse encerrados en casa de la vecina. Decían que era vieja y no les dejaba jugar a fútbol en el pasillo y encima nunca tenía nada bueno de comer en la nevera. Por si fuera poco, tampoco les dejaba ver la tele y solo quería que hicieran los deberes del cuaderno de verano.

Evaristo Senior estaba asustado, pero debía ser fuerte ante Evaristo Júnior. Superarían el interrogatorio juntos. Decidió dejar a Viladrau sin policía municipal por unas horas. Prefirió ausentarse y dejar al pueblo huérfano antes que abandonar a su hijo a su propia suerte. Júnior condujo, cabizbajo, el viejo Renault Mégane familiar de su padre. Seguía sintiéndose culpable por haber aceptado un dinero manchado de sangre y le angustiaba pensar que podía acabar entre rejas por un estúpido error. Sánchez trató de animarle durante el trayecto; habló con él y le dio palmaditas en el hombro izquierdo en repetidas ocasiones.

—Júnior, tranquilo, todo saldrá bien. Aún no sabemos de qué te acusan.

—Ya, papá, pero ¿y si la cago?

—Creo que más es difícil. Es broma, no te ofendas. Tú cogiste un dinero que no debías y punto. Hablaremos con ellos, les diremos que te equivocaste, que estás muy arrepentido y ya está. Yo te apoyaré en todo.

—Gracias papá, no sé qué haría sin ti.

—Lo que no se hace por los hijos...

A Júnior se le hizo larguísimo el trayecto de 76 km hasta Barcelona. Sentía como si hubiese conducido un tráiler de gran tonelaje durante horas y horas por zigzagueantes puertos de montaña cuando en realidad tardaron menos de ochenta minutos en llegar. Al bajar del coche le azotó una racha de aire caliente mezclada con polución y olor a asfalto abrasado que lo aplatanó aún más y entró derrotado en comisaría. Una agente avisó de la llegada de los Sánchez a la inspectora, que salió al hall del primer piso a recibirlos.

—Bienvenidos. Pasad por aquí, por favor —dijo Laura.

En aquel preciso instante, Júnior levantó la cabeza y... se enamoró. Todas sus preocupaciones desaparecieron. De repente, le invadió la imagen de una boda idílica. Sus hijos llevando las arras y los anillos, su padre vestido de frac, él esperando en el altar y la inspectora entrando en la iglesia de Viladrau con un precioso vestido blanco de dos piezas que resaltaba aún más si cabe su belleza natural. Sánchez Senior se dio cuenta de la cara de bobo que se le había quedado a su hijo y aprovechó para pegarle un codazo cuando la inspectora se giró de espaldas para indicarles el camino a la sala de interrogatorios número siete. Laura notó que Júnior la repasaba con la mirada

al darle la mano y se sintió intimidada, pero no podía negar que el chico tenía cierto atractivo. No le dio más importancia y al entrar en la sala empezó, sin titubeos, la batería de preguntas que había preparado para él.

—¿Señor Evaristo Sánchez, me podría explicar por qué su móvil figura en la lista de llamadas de los supuestos secuestradores del cadáver de la señorita María Surinyach?

—Júnior, no contestes —interrumpió Evaristo Sénior—. Perdone que me entrometa, inspectora Laura, pero queremos un acuerdo —continuó Evaristo Sénior.

—¿Un acuerdo, sobre qué? Acabamos de empezar y su hijo no ha sido acusado de nada.

—Le juro por mis nietos que mi Júnior es inocente y que tiene información muy relevante para el caso. Colaborará en todo lo que le pidan pero a cambio queremos un trato.

—¿Cómo dice? —preguntó Laura perpleja.

—Queremos cerrar un trato con usted que permita a Júnior declarar y quedar protegido de cualquier posterior acusación o detención.

—¿Me está pidiendo un acuerdo por escrito?

—No, no es necesario. Somos colegas de profesión. Nos fiamos de su palabra, señora inspectora, pero entienda que necesito proteger a mi hijo.

La demanda cogió por sorpresa a Laura que no se esperaba que el padre de Júnior se sacara un chantaje de la manga. Estaba muy intrigada por conocer todos los detalles que el hijo pudiera aportar a la investigación, pero no tenía el rango para aceptar ningún tipo de trato. Sin embargo, a falta de pistas sólidas, necesitaba avanzar a cualquier precio. Tuvo una corazonada y decidió ir de farol y aceptar el trato. No le pedían firmar nada y en un juicio sería su palabra contra la de los Sánchez.

—No le negaré que me sorprende su petición, pero acepto el trato.

—Se lo agradecemos. Júnior, por favor, cuéntale a la inspectora lo que hemos descubierto.

—Bueno, primero quiero aclarar que mi número figura en la lista porque me pagaron 20.000 euros por hablar sobre la vida privada de María.

En aquel preciso instante Laura se arrepintió del acuerdo que acababa de aceptar.

—Yo pensaba que eran periodistas y me engañaron. Los vi una vez y nunca más volvieron a contactarme. Entienda que tengo dos hijos y solo quería lo mejor para ellos —continuó explicando Júnior.

—¿Esa es la información tan sorprendente que tenían? —preguntó la inspectora, decepcionada.

—No, claro que no. Lo que le queríamos explicar es que la chica que cuelga del árbol no es María.

—¿Cómo que no es María?

—Y otra cosa más, los símbolos del vientre de la chica son en realidad el logo de industrias Tremosa —apuntilló Sánchez Sénior.

Laura quedó impactada por ambas revelaciones y le costó varios segundos procesarlas. A medida que se recuperaba de la sorpresa inicial, comprendió el por qué de la reacción de Tomás Tremosa al ver las fotografías durante su interrogatorio. Júnior le aclaró la razón por la cual había afirmado con tanta rotundidad que la chica que colgaba del árbol no era María. La noche anterior repasó las fotos del escenario del crimen con su padre y se dio cuenta que el cadáver no tenía el tatuaje en la ingle que ambos se hicieron cuando empezaron a salir juntos. Sánchez Sénior quiso retractarse, al instante, de haber delatado a los Tremosa, pero el daño ya estaba hecho. Les tenía un aprecio especial, siempre le habían tratado con respeto y cada Navidad esperaba con santa devoción su completísima cesta, muchísimo mejor que la de los Surinyach, que apenas contenía dos botellas de cava semi-seco y unas *neules* baratas.

La inspectora necesitaba tiempo para digerir las novedades y procesarlas en nuevas teorías por lo que decidió dar por finalizado el interrogatorio y se despidió amablemente de los Sánchez.

—Por favor, estén localizables por si seguimos necesitando de su colaboración. Les dejo mi tarjeta con todos mis datos por si quieren contactar conmigo en cualquier momento.

—Descuide —contestó Sánchez Sénior.

Júnior lo interpretó como una tirada de tejos en toda regla. Quería conquistarla y ella le acababa de abrir, según él, las puertas de su corazón. Evaristo Sénior, por el contrario, lo interpretó como una losa y como un agobio más. No le interesaba para nada tener a una *mossa* detrás de la oreja todo el tiempo.

Laura se acercó al cubículo de Luis para pedirle que le acompañase a hacer la visita sorpresa al conductor habitual de la furgoneta. La inspectora aprovechó el viaje para poner al día a su compañero de las asombrosas revelaciones del interrogatorio a Evaristo Sánchez Júnior. Tardaron 35 minutos en llegar al domicilio del conductor, que vivía en la cercana

población de Vilanova del Vallès. Concretamente en el número 20 de la tranquila calle Montserrat Roig formada por casas unifamiliares adosadas de obra vista. Subieron tres escalones y llamaron al timbre sosteniendo en la mano derecha las placas que les identifican como Mossos d'Esquadra, por si alguien echaba un ojo por la mirilla antes de abrir. Jorge Molist, así se llamaba el chófer, abrió la puerta sin mirar y detrás de él salieron escopeteados dos niños pequeños, de unos tres y cinco años, a recibir a los agentes. Laura escondió discretamente la placa y le pidió que saliera él solo al rellano. Jorge llamó a su mujer para que se ocupara de los niños y salió al descansillo cerrando la puerta.

—¡No he tenido nada que ver! —dijo Jorge sin dar tiempo a los inspectores a hablar.

—¿Con qué? —contestó Luis.

—Vienen por lo de la furgoneta de T&TPharma, ¿no?

—Sí, así es —dijo Laura.

—Sabía que al final les cogerían. Me asaltaron el 28 de julio a las tres de la tarde, cuando acabé mi turno y empezaba mis vacaciones. Estaba estacionando el vehículo en el parking del polígono para después coger mi coche cuando de repente aparecieron de la nada.

—¿Cuántos eran? —preguntaron ambos inspectores a la vez.

—Tres hombres y una mujer. Iban vestidos de negro, me empujaron contra la furgoneta y me obligaron a darles las llaves.

—¿Y se las dio sin más? —preguntó Luis.

—Sí, soy un cobarde, lo reconozco. Me hicieron prometer que no respondería a ninguna llamada y que no daría parte del robo de la furgoneta hasta mi vuelta de vacaciones. Me amenazaron con matar a mis dos hijos si no cumplía con mi promesa. Parecía que iban muy en serio y sabían demasiadas cosas de mí.

—Entiendo —contestó Laura.

—Desde aquel día he vivido acojonado hasta que han aparecido ustedes. Al verles, he pensado que el daño que querían hacer con la furgoneta ya estaría hecho y que ya podía confesar.

A Laura no le cuadraba la idea de que los Tremosa se hubieran auto-robado una furgoneta para raptar el cuerpo de María o de quien fuera. No paraba de preguntarse cuál podría ser la verdadera razón de que los asaltantes usaran precisamente un vehículo que guardaba relación con una de las familias más poderosas de Viladrau.

—Tranquilo señor Molist. Aunque su versión de los hechos nos sorprende, tenemos motivos para creerle. ¿Nos podría facilitar más detalles? No omita nada aun cuando crea que no tiene importancia —solicitó Luis.

—Uno de los hombres y la mujer parecían los cabecillas y los otros dos únicamente acataban órdenes y no hacían preguntas. Fue todo muy rápido y casi no pude verles las caras, pero sí que les escuché hablar entre ellos y sin duda eran españoles. La pareja que estaba al mando se marchó en un Audi A6 negro. Por el grosor desmesurado de las puertas me atrevería a decir que se trataba de un vehículo blindado. No había visto nunca antes un coche similar, solo en las películas de espías de la tele. Los otros dos se se fueron en la furgoneta.

—¿Por casualidad no recordará la matrícula del Audi? —preguntó la inspectora.

—No, lo siento, estaba asustado y corrí a esconderme en mi coche.

—Gracias señor Molist. Pase cuanto antes por comisaría para firmar su declaración y denunciar el robo de la furgoneta. Estaremos en contacto —dijo Luis.

Este último dato puso en estado de alerta a los inspectores, ya que los usuarios más comunes de este tipo de vehículos eran el servicio secreto español, las empresas de seguridad privada y los servicios de guardaespaldas de personajes famosos o altos directivos. El caso se estaba complicando cada vez más y el tiempo corría en su contra. Los inspectores dejaron Vilanova del Vallés con la intención de volver a comisaría para seguir investigando, entre otras pistas, la lista de llamadas del número de teléfono de la pareja de *trekking*. Antes de entrar a la AP7, fueron desviados debido a un accidente de un camión cisterna lleno de queroseno que había volcado y derramado todo el combustible, obligando a cortar ambos lados de la autopista. Sus compañeros de la unidad de tráfico les recomendaron tomar la carretera C35 para empalmar con la autovía C17 que les llevaría directamente a Barcelona.

Antes de llegar al desvío de la C17 dirección Barcelona se encontraba la salida a Viladrau. Laura la vio de reojo; estuvo a punto de saltársela pero pegó un volantazo y aceleró para cogerla. La brusca maniobra pilló totalmente por sorpresa a Luis que con la mano derecha se cogió con fuerza a la agarradera del techo y con la otra intentó atrapar al vuelo su cuaderno de notas:

—¿Dónde vas? ¿Quieres que nos matemos o qué? —preguntó Luis cabreado.

—Perdona, lo siento. Vamos a Viladrau. Tenemos que descartar algo antes

de volver a Barcelona —contestó Laura.

La inspectora tuvo un pálpito: necesitaba comprobar si el servicio privado de seguridad de los Tremosa tenía un Audi A6 negro en su flota. Imprimió un ritmo alto a su Seat Altea, lo subió de revoluciones y exprimó el cambio de marchas para que rindieran al máximo los escasos caballos de su motor TDI. Gracias a ello, cubrieron el tramo de curvas de Sant Miquel de Balenyà a Viladrau en unos nada despreciables quince minutos.

Tomás estaba jugando al fútbol con sus sobrinos en el jardín cuando, de repente, vio acercarse por el camino, que acababa en su casa, al vehículo de los inspectores. Salió personalmente a recibirlos y les pidió que le acompañaran a la casa de la piscina; un lugar lo suficientemente alejado y discreto, pues aquella semana no tenían invitados. No quería alertar a toda la familia y si le esposaban nadie le vería. Tenía la impresión de que no era una visita de cortesía y no iba mal encaminado.

—Señor Tremosa: tenemos nueva información sobre el caso y debemos hacerle unas preguntas —dijo Laura.

—¿En qué puedo ayudarles?

—Sabemos cómo robaron la furgoneta —siguió Laura.

—Me alegro. Ya les dije que yo no tenía nada que ver.

—Quizá no; pero lo que no nos dijo es que la chica del árbol no era María —precisó la inspectora cabreada.

—Bueno, es que no estaba seguro.

—¿No estaba seguro de que no tenía el tatuaje? —insistió Laura.

—Sí de eso sí... es que no quería parecer culpable.

—¿No quería qué? Señor Tremosa, tampoco quiso decirnos que los símbolos del vientre de la chica eran en realidad el logotipo de su empresa —le acosó Laura.

Ante la presión policial, Tomás sintió impotencia absoluta. Le entró el pánico al pensar que podían ser sus últimas horas en libertad, las piernas le flojearon y tuvo que sentarse en una de las butacas de mimbre del salón. Se secó el sudor frío de la frente con la mano mientras se preguntaba: “¿Cómo se me ha podido complicar tanto el verano? Ahora que tenía el yate casi arreglado y la pelirroja esperándome, va y me pasa esto. Soy demasiado joven para acabar en la cárcel por algo que no he hecho. ¡Joder!”

—Señor Tremosa, ¿sigue con nosotros? —preguntó Laura.

—Perdone; sí, sigo aquí. Me he agobiado un poco con tantas preguntas —contestó Tomás.

—¿Nos podría decir qué flota de vehículos usa su servicio de seguridad privada? —preguntó Luis, sin piedad.

—¿Seguridad privada, dice? Hace ya por lo menos tres años que no gozamos de los privilegios de un servicio de seguridad permanente. Solo lo sigue utilizando mi padre en los desplazamientos de empresa y en los viajes al extranjero. Antes tenía dos guardaespaldas en plantilla, pero ahora los contrata esporádicamente a la empresa Black Rock Security. Tienen agentes experimentados y una flota de vehículos blindados que renuevan constantemente.

Tomás no era consciente de hasta qué punto, los recortes en seguridad que había hecho su padre, le acababan de librar de una más que probable detención. Los inspectores no podían afirmar con certeza absoluta que el Audi A6 negro guardaba relación directa con los Tremosa. Aunque el joven playboy parecía culpable a ojos ajenos, no tenía un móvil claro que explicase sus motivos para cometer un macabro asesinato. ¿Por qué idear una trama tan complicada para acabar señalándose a sí mismo? No tenía ningún sentido.

Laura no quería irse con las manos vacías y siguió insistiendo.

—¿Si usted no ha tenido nada que ver, por qué nos ocultó información durante el interrogatorio en comisaría?

—Tienen razón. Tendría que haberlo dicho en su momento. Al ver las fotos me quedé sin habla y pensé que me acusarían sin más. Les juro que soy inocente y les voy a ayudar en todo lo que pueda. Cuenten conmigo. Tengo la impresión de que alguien va contra nuestra familia y nos la quiere jugar.

—¿Guarda buena relación con la familia Surinyach? —preguntó Luis.

—Hombre, no son santo de mi devoción, pero no guardo rencillas contra ninguno de ellos. Mi madre no se lleva bien con la madre de María; pero eso es un tema entre ellas.

—Está bien, seguiremos en contacto. No dude en llamarnos si desea compartir con nosotros alguna información más que se le haya olvidado —dijo Luis irónico.

Los inspectores abandonaron Can Tremosa dirección Barcelona con una sensación agridulce. Por una parte, creían que habían avanzado en la investigación, y sin embargo parecía que habían descartado, sin pretenderlo, a su principal sospechoso. De manera fortuita, en la rotonda de salida del pueblo, se toparon con Júnior. Iba andando por la calle con sus dos hijos. Regresaban de la piscina municipal y se dirigían a casa del abuelo para comer todos juntos. Cruzaban los tres por el paso de cebra cuando Laura lo miró un

instante. Júnior la vio y le devolvió la mirada con una sonrisa. Luis se dio cuenta de la escena y le recordó en voz alta a la señora inspectora que Ricard y dos perros le estaban esperando en casa. Laura se puso roja y le espetó a Luis que no dijera tonterías.

Eran las cuatro de la tarde cuando los inspectores llegaron a comisaría. Aún no habían comido y para no perder tiempo sacaron unos tristes sándwiches vegetales de la máquina expendedora de la planta baja que devoraron frente al ordenador mientras repasaban las imágenes de las cámaras de vigilancia del puerto Marina Palamós. En el primer fichero no había nada fuera de lo normal, horas y horas de metraje de coches entrando y saliendo del parking, los marineros del *Samot* trabajando y poco más. En el segundo empezaron a perder la paciencia, pero en el tercero, por fin, apareció la furgoneta a las 02:53h de madrugada del 16 de agosto. Las imágenes mostraban claramente cómo cuatro personas con gorras y gafas oscuras salían del vehículo. Dos lo hacían por las puertas delanteras equipadas con linternas militares y cinturones con lastres típicos de buzos. Las otras dos, en cambio, salían por el portón trasero cargando una bolsa negra idéntica a la usada en el escenario del crimen para recoger al cadáver. Segundos después subían todos a una embarcación neumática semirrígida con un motor fuera borda de más de 200 CV de potencia. Soltaban amarras y desaparecían surcando las aguas portuarias a toda velocidad a las 03:06h.

Laura, al ver la embarcación neumática, recordó que en la lista de llamadas de la pareja de *trekking* había subrayado con su fluorescente amarillo el nombre de una empresa de alquiler de embarcaciones. Recuperó el número entre los papeles de su impoluto escritorio y llamó:

—Náutica Serrat. ¿Diga?

—Soy la inspectora Laura Rodríguez de los Mossos d'Esquadra.

—Buenas tardes, inspectora. ¿En qué podemos ayudarla?

—No es mi intención asustarle, pero tenemos motivos para creer una de sus embarcaciones ha sido utilizada para cometer un acto delictivo.

—¿Qué dice! ¿Una de las nuestras?

—Sí, eso creemos. ¿Le han reportado alguna incidencia?

—Que yo sepa todo está en orden. De todos modos, este mes hay mucho movimiento y estamos muy liados. Si no le importa, espere un momento que lo compruebo en la base de datos.

—*Okay*, espero —contestó Laura.

—¡Maldita sea! Tiene usted razón. Nos aparece una alerta en el sistema.



Hay una Lomac 790 IN con motor Suzuki 250HP que tenían que devolver esta mañana y no lo han hecho.

—¿Quiere denunciar su desaparición?

—Sí, por favor ¿Qué tengo que hacer?

—De momento mándeme toda la información que tenga sobre las personas que firmaron el contrato, forma de pago... —explicó Laura.

—Perdone, pero me estoy poniendo un poco nervioso. Si no aparece rápido y en buen estado tendremos que anular todas las reservas que teníamos asignadas a esa embarcación.

—Por supuesto. Y si aparece también, porque tendremos que analizarla a fondo en búsqueda de pruebas.

—¡Ostras! En menudo lío nos han metido. De acuerdo, ahora mismo le mando copia del contrato de alquiler. No sé si puede ser importante, pero veo en la ficha que pagaron por adelantado, en efectivo, a la firma del contrato y la fianza también fue en *cash*. ¿Necesita algún dato más?

—No, de momento no; mándeme la copia lo antes posible. Mis compañeros le llamarán para acabar el papeleo y le mantendremos informado. Gracias por su colaboración. Ahora le mando mis datos para que me pueda contestar al mismo mail —se despidió la inspectora.

Laura recibió, segundos después, el correo donde se adjuntaban tres ficheros: el contrato de alquiler, la fotocopia del DNI y la del patrón de navegación básico. No le sorprendió comprobar que el firmante del contrato era de nuevo el sintecho Expósito García. Todos los datos coincidían con los que aparecían en el documento de la operadora de telefonía. La foto del DNI confirmaba que se trataba del vagabundo y la base de datos del Departament d'Agricultura, Ramaderia, Pesca i Alimentació, de la Generalitat de Catalunya, verificaba que el título de patrón de navegación básico era falso. La inspectora se desesperó: volvían a estar en la línea de salida. No había nada en el email que aportase nueva información y les permitiera tirar del hilo para dar caza a los secuestradores. Luis la calmó y envió un aviso urgente a todas las comisarías de Mossos, policía local y policía portuaria de la costa catalana para que buscaran la embarcación robada. Estaba convencido de que tarde o temprano aparecería. Mientras esperaban noticias, recabaron información sobre la empresa de seguridad privada que les había comentado Tomás Tremosa. A Laura no le sonaba en absoluto Black Rock Security, pero Luis, que era más veterano, había oído hablar de ella. De hecho, recordaba que algún excompañero estaba trabajando para ellos. Preguntaron entre los

colegas de la oficina y todos coincidieron en que había muchos exmossos en su plantilla. La oferta de servicios de Black Rock era muy amplia: escoltas privados, contratos gubernamentales de seguridad, operaciones paramilitares especiales, coberturas de eventos de alto riesgo... Sin lugar a dudas eran la referencia para cualquier pudiente empresario español que quisiera garantizar su propia seguridad. Los inspectores debían averiguar quién había contratado sus servicios y demostrar que el Audi A6 negro estaba entre su flota de vehículos.

Pasaban los años, pero la intuición de Luis seguía inalterable, y a las 18:12h recibió una llamada de la Policía Local de Palafrugell. Le confirmaban que habían encontrado la embarcación en la cala Aigua-Xelida, cercana al pueblo de Tamariu. Los inspectores, aunque agotados, decidieron de mutuo acuerdo hacer un último esfuerzo e ir a comprobar in situ la Lomac 790 IN. Hora y media más tarde, aparcaban el coche patrulla para recorrer a pie el empinado sendero de tierra que conducía directamente hasta la cala. A medio camino, la belleza del lugar les hizo detenerse unos instantes. No habían visto nada igual. Una pequeña playa, una solitaria casita de pescadores, el acantilado con pinos colgantes a ambos lados y las aguas turquesas y cristalinas que dejaban ver el fondo rocoso y la fauna marina. Un enclave idílico. Desde donde se encontraban, localizaron con facilidad la embarcación. Estaba amarrada a las rocas por proa mediante un único cabo.

Constataron que la neumática se encontraba en perfecto estado: no había manchas de sangre, ni ningún objeto olvidado que les pudiera resultar útil en la investigación. Avisaron a sus colegas de la policía científica para que recogieran la embarcación y la llevaran al laboratorio, pero parecía imposible encontrar alguna huella. Luis estaba convencido de que los secuestradores habían usado guantes y que habían limpiado la embarcación a conciencia con agua de mar antes de abandonarla para borrar cualquier posible rastro. Los compañeros de la policía local de Palafrugell les explicaron que en verano Aigua-Xelida era una cala extremadamente concurrida durante las horas de sol. Allí fondeaban numerosas embarcaciones de recreo y de escuelas de submarinismo. Por ese motivo, nadie se había extrañado al ver la embarcación amarrada y sin tripulación. Por la noche, en cambio, era un lugar tremendamente solitario, perfecto como vía de escape. Permitía pasar desapercibido al llegar a la cala por mar, era muy fácil alcanzar la orilla a nado o escalando por las rocas y un coche les podía estar esperando para huir por carretera. Luis y Laura agradecieron el trabajo de la policía local, se

despidieron y pusieron rumbo a Barcelona. Estaban derrotados física y mentalmente. Decepcionados al ver que cada paso que daban era en balde. Los secuestradores habían preparado a conciencia su estrategia y por el momento iban por delante, no habían cometido ningún fallo que les permitiera acercarse a ellos.

\*

Júnior se encontraba solo en el salón escribiendo mensajes en el móvil cuando, de pronto, su padre le sorprendió por la espalda.

—Júnior, ¿qué coño haces?

—Nada papá, cosas mías.

—¡Qué cosas tuyas ni qué ostias! Que le estás mandando mensajes de “wassapp” a la inspectora, que te he visto.

—Papá, pero ¿qué te inventas?

—Júnior, que he visto “Laura-mossa” en la pantalla, ¡joder!

—Bueno, puede ser que le haya enviado alguno.

—Júnior, que esto es serio. ¡No la cagues, ostia!

Júnior seguía conmocionado por la belleza de la inspectora y pensaba que sería una buena idea contarle por mensajes su teoría de que María seguía viva, raptada y escondida en una de las mansiones de la familia Surinyach. Así tendría una excusa para quedar de nuevo con la Laurita que le había hechizado el corazón.

Sánchez Senior, por el contrario, temía cualquier posibilidad de que su hijo se enamorase de nuevo.

\*

Laura estaba sentada en el asiento del copiloto del coche patrulla camino de Barcelona cuando, de repente, le llegaron los mensajes de Júnior. Les faltaba poco para llegar y no tenía ánimos para realizar ningún tipo de actividad que implicara una mínima concentración. Junior insistió e insistió hasta que Laura finalmente aceptó, más por agotamiento que por convicción, citarse con él en comisaría, el lunes 21 de agosto.

## SÁBADO 19 DE AGOSTO

Habían pasado tres días desde los macabros sucesos y los vecinos de Viladrau se preguntaban por qué aún no se había celebrado el funeral de María Surinyach. Podían llegar a entender que la familia no quisiera dar sepultura a su hija en el cementerio del pueblo y que prefirieran hacerlo en Barcelona, pero no podían comprender por qué no habían fijado una fecha para su entierro. No había salido publicada ni una mísera esquela en la prensa escrita.

La misma pregunta se hacían en las redacciones de los periódicos y los reporteros de sucesos habían empezado, días atrás, a investigar por cuenta propia. A ningún miembro de la familia Tremosa, de la familia Surinyach, ni a los Sánchez, les interesaba que se filtrara nada a la prensa, pero el sábado 19 de agosto, Viladrau despertó con una noticia, que nadie se esperaba.

“¡El cuerpo de la millonaria María Surinyach ha desaparecido!” — publicaba el periódico más leído en Cataluña.

“¡Sin rastro de María!” —titulaba la prensa sensacionalista.

“¡Raptan el cuerpo sin vida de María Surinyach!” —anunciaba la principal cabecera de la prensa regional.

Los archivos del Instituto de Medicina Legal y Ciencias Forenses de Cataluña confirmaban que no se había registrado la entrada de ningún cadáver a nombre de María Surinyach y que las únicas defunciones del 15 de agosto habían sido las de tres personas de avanzada edad.

La plaza del pueblo hirvió al conocer la noticia. Se escuchaban nuevas especulaciones y teorías conspiratorias de todo tipo. ¿Había sido Júnior capaz de asesinar y colgar a su exnovia de un árbol?, se preguntaban unos. ¿Sería Tomás Tremosa, el *enfant terrible* de Viladrau, un asesino? ¿Coleccionaba cuerpos en su mansión así como lo hacía con los coches en su garaje?, se planteaban otros.

Un grupo de jubilados del pueblo decidió tomar la iniciativa y unir sus fuerzas para realizar una primera batida por los alrededores de Viladrau en busca del cadáver. Dividieron el mapa del Parc Natural del Montseny en cuadrantes y se lo repartieron entre los añosos voluntarios. Tenían la peregrina teoría de que los secuestradores se habían desecho del cuerpo para poder superar el cordón policial. Según ellos, habían improvisado sobre la marcha enterrándola o quemándola en el bosque para no dejar rastro.

Aunque la lluvia de los últimos días les dificultaría la búsqueda, el inconveniente no parecía importunarles lo más mínimo. Su principal preocupación era que algún niño lo encontrase antes que ellos y pudiera quedar marcado de por vida por ese macabro recuerdo. No se podían permitir que un alma errante danzara por los bosques sin recibir la sepultura que le correspondía. Las leyendas de brujas y bandoleros que se transmitían de padres a hijos en el pueblo eran ya suficientemente delirantes como para añadir la de un cuerpo desnudo blanquecino con símbolos demoníacos en el vientre deambulando por los bosques de Viladrau. Se empezó a extender también la idea que era imperativo subir al pico del Matagalls a comprobar si el cadáver de María yacía, a modo de ofrenda, en el altar que había delante de la cruz que coronaba la cima.

Antes de partir, los voluntarios, muchos de ellos armados con escopetas de caza, se emplazaron al acabar la jornada en la plazoleta de delante de la iglesia, diez minutos antes de la misa de las siete de la tarde, para compartir los hallazgos del día. Su intención era seguir día sí, día también, hasta que diesen con el cadáver.

\*

Tomás, ajeno al revuelo que se había formado en el pueblo, se sentó a desayunar a la mesa del comedor principal. La pelirroja seguía durmiendo y él aprovechó para ojear el periódico mientras esperaba que la camarera le preparase el desayuno. Bocado de longaniza, zumo de naranja recién exprimido y un café doble. Como marcaba la tradición familiar, en casa de los Tremosa solo se comía longaniza de la Font, tienda ubicada en la plaza mayor del pueblo de Viladrau, famosa por sus longevas propietarias, su excelsa longaniza y por su suave *pa de pessic*. El joven Tremosa leyó el titular que anunciaba la desaparición del cuerpo de María y se le aceleró el pulso. Quería aislarse de la rumorología del caso y fue directo a las páginas de economía. Durante un buen rato comprobó las últimas cotizaciones de los principales valores de la bolsa española, leyó las noticias de nuevos nombramientos de directivos y los anuncios de nuevas fusiones y adquisiciones empresariales. Llevaba días sin mirar la prensa debido al lío con la chica del árbol, pero sabía que no podía dejar de hacerlo. Cualquier detalle o rumor era importante en bolsa y podía afectar a la valoración de su millonaria cartera. De hecho, le sorprendió muchísimo el cambio de tendencia que había experimentado la

acción del clan rival. Nunca antes se había preocupado de mirar el valor de la cotización de la acción del holding Surinyach. Jamás había formado parte de su estrategia de inversión, pero ahora podía ser la clave para su maniobra de defensa. Surinyach Group aparecía como valor destacado al alza y como recomendación de compra en el ranking del periódico de mejores valores de la semana. Antes del verano no paraba de bajar y ahora estaba en claro ascenso. Decidió investigar un poco más y buscó en la app de bolsa de su smartphone el gráfico que mostraba la evolución de la cotización. Presionó con los dos dedos sobre la pantalla para ampliar el gráfico y no pudo creer lo que vio. La acción cambiaba de tendencia el 16 de agosto, un día después de la muerte de María. Desde entonces, subía sin parar y se encontraba a niveles de sus máximos históricos. ¿Cómo podía afectar tan positivamente la muerte de la futura vicepresidenta de la compañía? Cerró la app y llamó a su amigo.

—Tomás, ¿qué pasa? No me digas que ha vuelto la inspectora a tu casa a hacerte otro tercer grado. ¿Te ha detenido? —preguntó Javier.

—No, tío; nada de eso. ¡Muy fuerte! —exclamó Tomás.

—¡Tomás, joder! No me asustes.

—Es bueno, creo. Es bueno para mí, al menos; he descubierto algo.

—¿Has encontrado el cadáver? —preguntó nervioso Javier.

—Javier, escúchame. Creo que han simulado la muerte de María para ganar una pasta en bolsa.

—¿Quién? ¿Dónde está María?

—No lo sé, por eso te llamo, para que me ayudes. Necesito que uses tus contactos y llames a tus colegas abogados. Estoy seguro que los Surinyach debían estar inmersos en una macro operación de fusión o adquisición poco clara y la muerte de la supuesta María la ha dinamitado.

—¿Qué dices! ¿Estás seguro?

—Bastante —afirmó Tomás.

—Intentaré enterarme. La verdad es que si podemos demostrar tu teoría te librarías de la presión policial. Les daría un móvil del crimen en bandeja de plata.

—Haz lo que sea necesario para conseguir la información. Si necesitas dinero, dímelo. Habrán firmado millones de cláusulas de confidencialidad y nadie querrá hablar. El despacho de abogados que estuviera metido habrá perdido millones.

—Tranquilo, Tomás; si hay algo lo encontraré. Hablamos mañana —se despidió Javier.

\*

Luis y Laura habían tenido la oportunidad de leer los titulares de los periódicos y eran conscientes de lo que se les venía encima. La prensa no tendría compasión con ellos y sus superiores tampoco. Les habían robado un cadáver en sus narices y habían sido incapaces de encontrarlo. Dos de los mejores inspectores de Cataluña superados por un caso. Laura intentó no obsesionarse. Era su día libre y necesitaba dejar la mente en blanco. Salió a correr por el Paseo Marítimo de la Barceloneta acompañada de los perros para compensarles el poco caso que les había hecho días atrás. Con el trajín de la investigación, Ricard se había ocupado de todo; ya se le ocurriría alguna manera de agradecerse más tarde. Después de 12 km de entrenamiento sin pensar en nada ni en nadie, decidió detenerse un momento para recuperar fuerzas e hidratarse un poco. En aquel instante le volvió a la memoria la imagen de Júnior paseando de la mano con sus hijos y se enterneció. Nunca habían hablado con Ricard de tener hijos y hasta ahora jamás se le había despertado el instinto maternal. No entendía qué le estaba pasando. ¿Por qué pensaba en Júnior?

Luis decidió aprovechar la mañana para recalibrar el telescopio y organizar, por whatsapp, la barbacoa con sus colegas del club *Amics dels bolets*. Se concentró en definir el calendario de salidas de la temporada otoñal y lo envió al grupo. Necesitaba conocer las fechas con antelación para pedir los permisos laborales correspondientes y no perderse ni una. Las comidas posteriores a las cacerías de *bolets* eran su auténtico hobby. Aún tenía que llegar el día en que un caso le superase...

Entre mensaje y mensaje de confirmación de sus amigos micólogos, Luis recibió una llamada inesperada.

—¿Inspector Luis Garriga?

—Sí, yo mismo.

—Julio López de Larraínzar, teniente coronel de la Guardia Civil.

—Encantado de saludarle, teniente coronel. Usted dirá. ¿Nos conocemos?

—No. Le llamamos porque hemos encontrado el cuerpo de la chica desaparecida —dijo el teniente coronel.

—¿De María Surinyach? ¿Está seguro?

—No al cien por cien. Por eso creemos que es imperativo que venga a comprobarlo.

—¿Dónde la han encontrado?

—En una bolsa en el fondo del mar, pero ahora está en el puerto de Llafranc.

—Le agradezco mucho la llamada. Salimos inmediatamente para allí.

—Mis hombres le estarán esperando —se despidió el teniente coronel.

Al colgar, Luis llamó al juez para informarle de las novedades del caso Surinyach. David se encontraba en el tee de salida del complicado hoyo 16, conocido como Las Acacias, del campo de golf Osona-Montanyà. Su señoría, al recibir la noticia, tiró el *drive* al suelo, pegó una patada a la bolsa de palos y maldijo en silencio todo lo que encontró a su paso. Estaba realizando un recorrido increíble, buenos primeros golpes y *putts* muy precisos y todo a la mierda por coger el maldito teléfono. Al acabar la conversación con Luis, contactó a su vez con Mónica. La recogería en treinta minutos para ir a Llafranc a repetir por segunda vez el levantamiento del cuerpo. La forense se encontraba en el súper comprando provisiones para darse un homenaje. Pagó la cuenta: tres botellas de vino tinto Finca Malaveïna, D.O. Empordà, una terrina de foie, dos packs de tostadas con pasas y una bolsa de plástico. Siempre se olvidaba de salir con una dichosa bolsa para no pagar la de plástico. Corrió a casa a cambiarse de ropa, poner las botellas en la nevera de vinos a 14°C y recoger su equipo de trabajo. Mientras la esperaba en el coche, David llamó al juez de guardia de la Bisbal d'Empordà para solicitarle la prórroga de su jurisdicción a su partido judicial. Así podría ocuparse él mismo del levantamiento.

Laura fue la última en entrarse, Luis se excusó argumentando que su intención era ganar tiempo y contarle, lo poco que sabía, por el camino. Dejó los perros en casa y bajó a toda prisa porque Luis ya la estaba esperando en el portal. Noventa minutos más tarde llegaban al puerto deportivo de Llafranc. Al bajar del coche patrulla, se acercaron a recibirles sus compañeros del SEMAR (Servicio Marítimo de la Guardia Civil) y de los GEAS (Grupo Especial de Actividades Subacuáticas) y les explicaron, con todo detalle, cómo habían encontrado el cuerpo.

—Han sido unos buzos alemanes —explicó el agente del SEMAR.

—¿Alemanes? —preguntó Laura sorprendida.

—Sí, alumnos de una escuela de submarinismo de Aiguafreda. Su profesor nos ha llamado por radio dando el aviso —continuó el agente.

—¿Pero estaba flotando en el mar? ¿No estaba en la bolsa? —siguió preguntando Laura. Luis se lo había explicado tan por encima durante el viaje



que no se acordaba.

—No, no. ¡Qué va! Han encontrado la bolsa perfectamente atada con los lastres en una cavidad marina a poca profundidad, a nueve metros más o menos. Hemos sido nosotros quiénes nos hemos sumergido, hemos certificado el hallazgo y la hemos subido a bordo —respondió un buzo de los GEAS.

—¿Cerca de aquí? —preguntó Luis.

—¿Conocéis Les Formigues? —dijo un agente del SEMAR.

—¿Perdona, las qué? —dijo Luis.

—Les Formigues. Son un archipiélago formado por cuatro islotes situado a tres millas del puerto de Palamós, navegando rumbo norte, frente a la playa de Calella.

—¿Rumbo norte, dices? —preguntó Luis.

—Sí. Saliendo del puerto de Palamós rumbo norte. Saliendo de donde estamos, Llafranc, rumbo sur.

—¿Si sales de Palamós, Aigua-Xelida queda antes o después de Les Formigues? —preguntó Laura.

—Después. ¿Por?

—Allí es donde encontramos la embarcación neumática que usaron los secuestradores —respondió Luis.

Los agentes fueron a por las cartas náuticas y continuaron las explicaciones sobre el capó del coche patrulla. Los inspectores pudieron ver con claridad sobre el papel que el punto estratégico escogido para sumergir el cuerpo era el idóneo. En una de las cuatro islas, que recibe el nombre de Formiga Gran, había un faro que permitía su perfecta localización durante la noche y evitaba naufragios. Si hacía mala mar, las olas podían llegar a esconderlas por completo. Para llegar a Aigua-Xelida contaban también con el poderoso faro de Sant Sebastià en su camino. El punto exacto donde encontraron la bolsa era una cavidad marina situada entre dos de las islas más grandes del conjunto rocoso, imposible de localizar si no sabías dónde buscar.

Justo en el momento en que se disponían a embarcar en la patrullera clase Rodman-55HJ de la Guardia Civil para examinar la bolsa de cerca, oyeron tres bocinazos cortos. Eran el juez y la forense que avisaban de su llegada desde su todoterreno blanco mientras cruzaban la barrera de seguridad del puerto deportivo. Los inspectores salieron a recibirles excusándose por no haberles comentado antes que el cadáver que iban a ver no era el de María Surinyach. El juez al oírlo, bajó la cabeza, se fregó la mandíbula con la mano izquierda mientras apretaba fuertemente su puño derecho. Mónica intentó

calmarle acariciándole la espalda.

—¿Cómo coño quieres que me tranquilice? Este caso va de mal en peor; estamos quedando como el culo —dijo el juez cabreado.

—Calma, calma. Seguro que los inspectores tienen más datos y entre todos salimos de este embrollo y nos tomamos unas merecidas vacaciones al acabar —dijo con voz dulce Mónica mirando a David a los ojos.

Luis y Laura pusieron cara de circunstancias, solo tenían una furgoneta sin huellas, una embarcación semi-rígida de alquiler, un supuesto Audi A6 de Black Rock y unas hipotéticas teorías conspiratorias de Júnior. Laura rompió el hielo y les indicó el camino a la embarcación y los cuatro subieron a bordo. La forense abrió su maletín, se puso los guantes y desató con cuidado los cinturones para poder abrir totalmente la bolsa negra. Procedió a tirar de la cremallera y apareció el mismo cuerpo sin vida y blanquecino que días atrás colgaba de una soga en un bosque de Viladrau. El juez no vaciló y autorizó inmediatamente el levantamiento del cadáver. Minutos más tarde, los operarios lo bajaron de la patrullera y lo colocaron en una camilla. En esta ocasión, los inspectores decidieron escoltar personalmente al vehículo que trasladaría el cuerpo hacia la morgue. No podían arriesgarse a perderlo de nuevo.

Cuando la furgoneta del servicio judicial, escoltada por el coche patrulla de los inspectores, llegó a las puertas del Instituto de Medicina Legal y Ciencias Forenses de Cataluña saltó la noticia entre los periodistas que estaban haciendo guardia. No tenían confirmación oficial, pero se adelantaron a publicar en los medios digitales la aparición del cadáver de la millonaria heredera. Al ver tal despliegue de medios, Laura se apresuró y llamó a la mansión Surinyach. Tenía la esperanza de que aún no hubiesen consultado las redes sociales y que fuera ella quién les comunicara el hallazgo.

—Residencia Surinyach —contestó la asistenta.

—¿Con la señora Surinyach, por favor? —preguntó Laura.

—¿Quién llama? —preguntó la asistenta.

—Inspectora Laura Rodríguez.

—Voy a consultar si puede atenderle —contestó la asistenta siguiendo órdenes estrictas de la matriarca. Jamás podía pasar una llamada sin su consentimiento previo.

—Hola, inspectora. ¿Hay novedades? —preguntó ansiosa Montse Surinyach, desde el salón de lectura, sin dejar responder a Laura.

—Sí, hemos encontrado el cadáver. Necesitamos que vayan a Barcelona

para identificarlo —contestó Laura con tono serio.

—¿Dónde la han encontrado? —preguntó la matriarca.

—En Llafranch —contestó Laura.

—¿Por qué Llafranch? —insistió Montse.

—No puedo darle detalles. Necesitamos que la identifiquen primero y seguir todos los procedimientos. Sé que es difícil, pero espero que lo entienda.

—Lo entendemos, inspectora. No tardaremos en llegar.

Laura se dio cuenta al colgar, de que se había arriesgado muchísimo. No tenía certeza alguna que los Surinyach supiesen o no la verdad sobre la chica del árbol. Obligarlos a identificar a su hija era cruel pero hacerlo sabiendo que el cuerpo que iban a ver era el de una doble, era macabro. Luis apoyaba la estrategia de su compañera puesto que era una manera rápida de detectar si estaban mintiendo.

\*

Antes de subir a su habitación a cambiarse, Montse abrió las puertas del salón de la televisión y fulminó a su marido con la mirada. Quería mantener a los nietos al margen y el patriarca se dio por aludido. Después de tantos años juntos y de innumrables peleas, captaba a la primera las señales de su mujer. La matriarca eligió un elegante vestido de color beige de *Max Mara*, combinado con collar y pendientes de ópalos de fuego, y un bolso de Loewe de la última colección. Minutos después, bajó por las escaleras y al llegar al salón avisó a su marido de que ya estaba preparada. El patriarca seguía en la misma posición que lo había dejado minutos atrás, viendo el resumen de la contrarreloj por equipos de la primera etapa de la Vuelta España. Se despidieron de los nietos y Montse pidió al servicio que no tardaran en prepararles la merienda. Entraron los dos cogidos de la mano al inmenso garaje y escogieron un precioso Range Rover Vogue negro para dirigirse a la morgue.

Ochenta minutos después, los periodistas tuvieron la confirmación que estaban buscando al ver llegar al matrimonio Surinyach al Instituto de Medicina Legal y Ciencias Forenses de Cataluña. Intentaron sonsacarles alguna declaración, pero ambos se negaron a hablar con la prensa. Los inspectores salieron a recibirles y les acompañaron a la sala de autopsias anexa al depósito de cadáveres donde les esperaba la forense. El cuerpo de su

supuesta hija yacía sobre una fría mesa de acero inoxidable cubierto por una sábana verde de quirófano. Mónica procedió a retirar ligeramente la sábana hasta la altura de los hombros. La imagen era muy impactante, insoportable para cualquier padre. El cadáver se había hinchado por el agua de mar que se había filtrado por las cremalleras de la bolsa y las quemaduras en el cuello provocadas por la tensión de la soga eran claramente visibles.

—¡Es ella! —dijo la matriarca casi sin mirarla a la cara y rompió a llorar.

Laura pidió susurrando a Mónica que bajara un poco más la sábana hasta el pubis, quería comprobar la reacción de los Surinyach al ver los símbolos del vientre y la ausencia del tatuaje en la ingle. Sin embargo, con tanto trajín, el logotipo había desaparecido. En su lugar solo quedaba una gran mancha borrosa de sangre seca, sal marina y barro. Laura volvió a cubrir el cuerpo y tuvo que improvisar. Pensó en las fotografías que había hecho Mónica y que tenía en la carpeta del caso que llevaba encima.

—Siento molestarles en estos momentos tan duros, pero ¿podrían mirar ésta fotografía? —dijo Laura mostrándoles una foto de la escena del crimen donde los símbolos eran aún perfectamente visibles.

—¡Han sido los Tremosa! ¡Han sido ellos! Lo sabía —exclamó la matriarca agarrando a su marido del brazo hasta hacerle daño.

—Calma Montse, calma. ¿Estás segura? —preguntó el marido.

—Claro que sí. ¿Que no lo ves? Han dejado su marca en el cuerpo de nuestra hija —replicó Montse.

—Son unos desgraciados. La envidia se ha cobrado la vida de nuestra niña —sentenció el marido.

—Sácame inmediatamente de aquí, no aguanto ni un minuto más —dijo la matriarca.

Los inspectores no entendían lo que acababa de pasar. Los Surinyach habían reconocido al cuerpo equivocado. O eran muy buenos actores y lo tenían minuciosamente ensayado o, como creía Luis, estaban libres de culpa y no tenían nada que ver con el caso.

El señor Surinyach entró de nuevo en la sala para solicitarles que acelerasen los trámites porque deseaban enterrar a su hija cuanto antes. Se cerró la puerta y Laura pidió a la forense que hiciera todo lo contrario. Necesitaba demostrar que aquel cuerpo no era el de María, que sus padres se estaban equivocando y que sabían más de lo que aparentaban. Le rogó a Mónica que buscara cicatrices de posibles operaciones de estética, que tomase moldes de los dientes, huellas dactilares, análisis de sangre, de ADN,

radiografías, que hiciera todo lo que fuera necesario y con la mayor celeridad posible. La forense necesitaba el historial médico de María Surinyach para poder compararlo con los resultados de las pruebas que le iba a practicar al cadáver. Si no coincidían, tendrían un argumento irrefutable para corroborar la versión de la inspectora. Laura hizo una primera búsqueda con el nombre de “María Surinyach” en las bases de datos de todos los centros médicos, hospitales, clínicas, laboratorios que tienen la obligación de compartir sus registros a petición de la policía, y ninguna devolvió resultados coincidentes. No existía ningún rastro de pruebas médicas con el nombre y número de DNI de María. La inspectora, perpleja, consultó la base de datos de la policía. María tampoco aparecía en ella, ya que nunca había sido detenida. No se conformó e hizo una petición al Ministerio del Interior para que, como mínimo, le mandasen sus huellas dactilares. Fue inútil, María también había desaparecido de su sistema: “El DNI introducido no corresponde a ningún ciudadano”, concluía el informe del Ministerio. La inspectora estaba en un callejón sin salida; no tenía ni huellas ni historial médico ni nada para poder comparar el cuerpo del depósito con el de la joven Surinyach. ¿Quién se había tomado tantas molestias para eliminar cualquier rastro de María?

Laura sabía que la única opción que les quedaba era encontrar la verdadera identidad del cuerpo que yacía sobre la mesa. Tenían poco tiempo: los Surinyach no tardarían en exigir la entrega del cadáver, lo llevarían a la maquilladora tanatopractor, lo prepararían para que luciera radiante en el velatorio y luego lo incinerarían pulverizando así toda opción de demostrar sus teorías. La forense empezó una carrera de pruebas médicas a contrarreloj. Hacía relativamente poco tiempo que conocía a Laura, pero tenían buena relación y creía ciegamente en ella; además le debía algún que otro favor.

Al salir de la morgue, la Matriarca Surinyach se detuvo a hablar con la prensa.

—¿Señora Surinyach, nos puede confirmar o desmentir que efectivamente se trata del cadáver de su hija? —preguntaron más de veinte periodistas acercando los micros a Montse Surinyach.

—¡Es ella! —contestó seca y distante la matriarca, repitiendo exactamente la misma frase que había dicho en el depósito de cadáveres.

—¿Se sabe ya quién la asesinó? —preguntó una periodista.

—El caso está en las manos de la policía y confiamos en su buen hacer —contestó la matriarca mordiéndose la lengua para no cargar indiscriminadamente contra los Tremosa y apretando con fuerza la mano de su

marido para que la retuviese.

—¿Sabéis dónde y cuándo será el entierro? —preguntó otro periodista.

—Celebraremos una misa el lunes a las ocho de la tarde, en la iglesia de Sant Martí en Viladrau; pero el entierro será en Barcelona, a puerta cerrada y en la más estricta intimidad —explicó la matriarca.

—¿No tienen ningún sospechoso? —volvió a insistir otro periodista.

—Perdone. Creo que ya hemos contestado a suficientes preguntas. Entiendan que es un momento muy duro para nosotros —concluyó la matriarca.

El matrimonio dio por terminada la improvisada rueda de prensa, subió al coche y regresó a Viladrau para organizar el funeral de su difunta hija.

\*

Eran las seis y media de la tarde y los primeros voluntarios de la batida, ajenos a las últimas noticias, empezaban a llegar al punto de reunión para compartir entusiasmados sus hallazgos del día.

—¿Habéis encontrado algo? —preguntó el cabecilla.

—Nosotros sí. Restos de vinilo azul cerca del Coll de Gomara —respondieron dos de ellos.

—Nosotros también. Hemos visto movimientos de tierra sospechosos cerca de Can Tremosa —añadieron otros.

—Hemos subido al Matagalls y no había nada raro en el altar —confirmó otro voluntario.

De repente aparecieron dos engreídos adolescentes, uno de ellos nieto de uno de los voluntarios, y les anunciaron que ya podían detener la búsqueda.

—¿No os habéis enterado? Ya la han encontrado —dijo uno de los chicos mostrando en su smartphone la noticia sobre el ingreso en la morgue del cuerpo de María mientras otro chaval reproducía el vídeo con las declaraciones de la matriarca.

—¿Pero los vinilos sí que les pueden servir, no? —preguntó uno de los jubilados para romper el silencio que se había creado.

—Claro que sí —respondieron todos.

—Seguro que son de la furgoneta que usaron los secuestradores y que pueden encontrar alguna huella en ellos —añadió uno de los voluntarios.

—Llama a los Mossos y que lo vengán a recoger —concluyó el cabecilla dirigiéndose a la pareja de jubilados que había encontrado los restos de adhesivo.

A pesar del hallazgo de los vinilos, el grupo se quedó mustio y decepcionado. Su nuevo divertimento apenas les había durado unas horas. Se disolvieron y volvieron cada uno de ellos a la soledad del salón de sus casas.

\*

Luis y Laura seguían impactados por la escena que habían presenciado en la morgue. Habían previsto que los padres de María se darían cuenta de que el cuerpo no correspondía al de su preciosa hija; pero no fue así. Sus planes se habían truncado, de poco servía lamentarse, y debían centrar todos sus esfuerzos en un objetivo doble: descubrir quién era en realidad la chica de la morgue y hallar el paradero de la verdadera María. Sus compañeros de la científica les confirmaron que no habían sido capaces de encontrar rastro alguno: no había cargos en sus tarjetas de crédito, no había conectado su teléfono móvil y no había usado su pasaporte. Si seguía viva y había salido del país, tenía que haber utilizado una identidad falsa. Si, por el contrario, aún estaba en España, ¿dónde y quién la tenía escondida?, se preguntó la inspectora.

## DOMINGO 20 DE AGOSTO

El juez, por fin, pudo disfrutar de una jornada intensiva de golf. Por la mañana hizo medio recorrido, comió ligero en el restaurante de la casa club y por la tarde completó la otra mitad. Firmó una buena tarjeta, no tan buena como la que apuntaba el sábado, pero le sirvió para olvidar la interrupción del día anterior.

Mónica se quedó en casa acabando informes atrasados. Odiaba no llevar los casos al día y que la burocracia le quitase tiempo de análisis. Trabajar con David le había devuelto la ilusión de volverlo a intentar, pero sabía que debía apuntarse a un curso acelerado de clases de golf si quería seguirle los pasos. Su señoría estaba en una fase egocéntrica de su vida mientras a ella aún le quedaba cuerda para rato. Deseaba viajar, probar restaurantes, descubrir nuevos caldos de viñedos remotos, pero no quería hacerlo sola.

Laura salió a correr a primera hora de la mañana, esta vez sí, acompañada por Ricard. Repitieron dos veces el recorrido Playa de la Barceloneta-Parc del Forum-Playa de Barceloneta para completar la distancia de una media maratón. Una rutina de entreno exigente excitaba a Ricard y Laura lo sabía. Llegaron a casa empapados de sudor y sin mediar palabra, se metieron juntos en la ducha. Quince minutos más tarde, mientras Laura se secaba el pelo con una toalla delante el espejo, la imagen inoportuna de Júnior acudió a su mente. Otra vez estaba pensando en él...

Luis salió a comprar el periódico y a pasear por el barrio de Gracia de Barcelona. Comió solo en una taberna gastronómica que le habían recomendado unos amigos y, al acabar, regresó a casa. Pasó la tarde releendo libros de astronomía hasta que quedó dormido en la vetusta butaca de piel marrón del salón de su casa. Llevaba demasiado tiempo viviendo solo y no se esforzaba lo más mínimo en remediarlo.

Tomás aprovechó para jugar un partido de pádel y para agobiar a Javier en un receso del partido.

—Javi, tío, el lunes ponte a primera hora con eso. ¿Vale?

—Sí, tranquilo Tomás. Mañana sabremos algo, fijo.

—Dale máxima prioridad, por favor.

—Confía en mí. ¡Ostia! Y ahora concéntrate, que estás jugando de pena.

—Perdona, Javi, perdona.



\*

La familia Sánchez comió, como mandaba la tradición dominical, la famosa paella murciana del abuelo. Por la noche, Evaristo Senior llevó a sus nietos a ver el partido de fútbol sala en el polideportivo municipal. Junior era delantero y se jugaban el liderato de la liga de verano contra los primeros. Perdieron por un ajustado 5 a 4, pero Evaristo Júnior estaba encantado con su *hat trick*. Se había permitido el lujo de dedicar *in mente* cada uno de los tres goles a su amada inspectora Laurita. Estaba nervioso y ansioso por la reunión que tenía con ella a la mañana siguiente.

## LUNES 21 DE AGOSTO

La inspectora llegó antes que Luis a comisaría y encontró una nota encima del teclado. Un jubilado había telefoneado, en representación de un grupo que había explorado el terreno en las cercanías de Viladrau, para explicar el hallazgo de restos de vinilo de la furgoneta utilizada por los secuestradores. El recado lo había recogido otro compañero de su departamento y creyó que les podía interesar. Laura pensó en aprovechar el viaje para recoger el vinilo y hablar con Júnior de sus teorías conspiratorias.

—¿Júnior?

—Sí. ¿Quién es?

—Soy la inspectora Laura Rodríguez.

—¡Hoooooola! —respondió Junior efusivamente.

—Le llamo porque tengo que ir a Viladrau y aprovecharía para reunirme con usted ¿Dónde prefiere que nos veamos? —preguntó Laura en tono cortante.

—¡Huy! No sé —contestó Júnior, que deseaba verla, pero debía precisar rápidamente un lugar cercano y alejado a la vez de los ojos curiosos del pueblo.

—Como me insistió tanto, por eso le he llamado —replicó la inspectora.

—Perdone, estaba pensando que quizá podríamos quedar en el bar de la gasolinera de Coll de Ravell. ¿Lo conoce? No tiene pérdida —dijo Júnior.

—No lo conozco, pero lo buscaré. Nos vemos allí a las diez y media —contestó Laura.

—Allí estaré. Muchas gracias, inspectora, por atenderme.

—Es mi obligación no descartar ninguna fuente. Espero que valga la pena —sentenció Laura para mantener las distancias.

Luis aún no había llegado y Laura decidió ir sola al encuentro con Júnior. Durante el trayecto aprovechó para escuchar las canciones “pastelosas” que el inspector nunca le dejaba poner. Recogió con cuidado las muestras de vinilo azul de los aledaños del Coll de Gomara por si los de la policía científica podían encontrar alguna huella de los secuestradores. Las guardó en el maletero y se dirigió al bar de la gasolinera. Pidió un café con leche en la barra, se sentó en una mesa de la terraza con un periódico que no le dio tiempo a abrir porque Júnior llegó enseguida. Al estrecharle la mano volvió a sentir la misma sensación que en comisaría.

Después de agradecerle por segunda y tercera vez su atención, Júnior empezó a enumerar las distintas mansiones de los Surinyach donde él creía que unos mafiosos podían tenerla secuestrada. Llevaba más de cinco minutos de monólogo cuando, de repente, Laura le interrumpió bruscamente:

—¿Está completamente seguro de que no era María, la chica del árbol? ¿No?

—¿A qué se refiere, inspectora Laura? —preguntó Júnior sorprendido.

—No tendría que contárselo, pero es que ya no sé qué pensar. Su propia madre la ha reconocido en la morgue y no ha dudado ni un instante en afirmar que era ella. ¿No nos estará engañando? ¿Verdad?

—¿Engañando yo? ¿Por qué iba a hacerlo?

—Nos jugamos mucho con este caso.

—Se lo juro por mis hijos que la de la foto que me enseñó mi padre no era María.

Siguieron hablando unos cinco minutos más, pero Laura estaba ofuscada y solo tenía ganas de regresar a comisaría y encontrar pruebas fiables y no conjeturas. Se levantó, pagó en la barra, devolvió el periódico y se despidió de Júnior con prisas. Temía haberse tomado demasiadas confianzas con un posible sospechoso. ¿Cómo podía estar tan segura que realmente Júnior decía la verdad y que la matriarca estaba equivocada? No era propio de la inspectora pensar más con el corazón que con la cabeza.

\*

Como había prometido a su amigo Tomás, Javier completó una primera ronda de llamadas a primera hora de la mañana. No obtuvo resultados pero cuando ya estaba casi a punto de desistir, uno de sus contactos le hizo una revelación totalmente inesperada. Un importante despacho de abogados en el que trabajaba uno de los hermanos de Tomás Tremosa, estaba preparando una operación de fusión entre el holding Surinyach y un gigante asiático. Le pareció sorprendente que no fuera el bufete de Alfonso Surinyach, segundo hijo del clan, quien llevase el asesoramiento legal de una operación de tal magnitud. ¿Por qué dárselo a la competencia? ¿Eran los asiáticos los que habían puesto como condición no trabajar con despachos en los que pudiera existir algún vínculo familiar con sus empleados?, se preguntó Javier. Prometiéndole a su contacto que jamás le delataría y que le compensaría económicamente por la información, consiguió más detalles. La operación en

cuestión estaba avalada por la futura vicepresidenta, María Surinyach. Precisamente era ella quien había conseguido cerrar el acuerdo con los chinos y esta iba a ser su carta de presentación ante los socios y toda una declaración de intenciones sobre el futuro de la compañía. Quedaba por ratificar el acuerdo en la junta general extraordinaria que se debía celebrar el 16 de agosto. El éxito parecía más que probable, ya que María contaba con el voto a favor de prácticamente la totalidad de los miembros del consejo aunque para lograr el cien por cien le faltaba convencer precisamente a sus progenitores. Desde que en el mercado se empezaron a conocer los rumores de la posible fusión, el valor de la cotización de las acciones del holding Surinyach empezó a caer en picado. Los agentes de bolsa no eran capaces de identificar en sus análisis, las sinergias y los beneficios a largo plazo, que, según María, eran más que lógicos y evidentes. El mercado solo veía que la nefasta gestión financiera china contaminaría a todo el conjunto y que el resultado sería catastrófico. Los asiáticos se habían endeudado demasiado y su futuro dependía, en exclusiva, de encontrar un nuevo socio que les sacara a flote. Los bancos se habían cansado de refinanciarles la deuda sin tener garantía alguna a cambio. Con la unión, podrían usar los sólidos activos inmobiliarios de los Surinyach para avalar sus créditos, pero cediendo como contraprestación el control de todo el conjunto. Los Surinyach se quedarían con el 51%, el 49% restante estaría dividido entre los chinos con un 40% y los accionistas minoritarios con un 9%. Los padres de María no veían nada clara la operación y durante todo el proceso se opusieron frontalmente a que se llevara a cabo, pero parecía que ya no había marcha atrás. Desde el inicio de las conversaciones con los chinos, el patrimonio financiero familiar se había visto reducido en más de un 40%. Algo totalmente inaceptable para la matriarca del clan.

Javier llamó enseguida a Tomás y le puso al corriente. Él ya no podía conseguir más información. Ahora le tocaba al joven Tremosa saltarse todos los protocolos, acuerdos de confidencialidad y secretos profesionales que fueran necesarios. Tenía que presionar a su hermano mayor Joaquín para que le desvelara todos los detalles oscuros de la operación Surinyach-Chen Zhou. Él podía tener las claves para ayudarles a encontrar a la verdadera María y exculpar definitivamente a Tomás de su asesinato.

\*

Cuando los inspectores regresaban de comer del único bar de menú que quedaba abierto en verano por los alrededores de comisaría, Laura recibió la llamada de Mónica. Les pidió que se acercaran a su laboratorio lo antes posible para comentar los resultados de la autopsia. Laura acompañó a Luis a recoger su portátil y luego se dirigieron al Instituto de Medicina Legal y Ciencias Forenses de Cataluña. Una vez allí, empezaron por comprobar la muestra de la huella dactilar del pulgar derecho del cadáver de la desconocida. No obtuvieron resultados positivos en la base de datos de la policía nacional pero, no desfallecieron e intentaron probar suerte en la base de datos de la Interpol. Y ¡bingo!, apareció un único resultado y con un 100% de coincidencia. Luis, Laura y Mónica se abrazaron y lo celebraron. Por fin tenían algo de suerte. La huella coincidía con la de una mujer que figuraba como desaparecida en Francia desde finales del mes de julio. Luis abrió el fichero que contenía la fotografía que los gendarmes habían anexionado al informe de denuncia y lo que vio en pantalla le resultó realmente inquietante.

—Laura, Mónica, ¿podéis acercaros un momento? —las llamó el inspector.

—¿Qué pasa? Íbamos a seguir con las otras pruebas —dijo Laura.

—Tenéis que ver esto.

—¡Ostras! —exclamó Laura.

—¡No me lo puedo creer! Pero si es idéntica a María —exclamó Mónica.

—Bueno... *casi* idéntica. He revisado muchas imágenes de María Surinyach publicadas en los medios, y para ser exactos, la de la foto tiene otro color de ojos y de pelo. No? —preguntó Laura.

—Sí, el cadáver lleva lentillas azules y el corte es distinto al de la foto —añadió la forense.

—Seguro que los asesinos transfiguraron a la víctima para que se parecería aún más a María —aclaró Luis.

La chica de la foto que yacía ahora sobre el frío acero de la morgue era Aleksandra Boyanov. Escort de lujo de nacionalidad búlgara, cabello moreno y ojos verdes. Trabajaba en una agencia de París y fue la madame quien personalmente denunció su desaparición. Luis comprobó la página web de la agencia y no le costó encontrarla entre el catálogo de señoritas, como las llamaba él. Aparecía bajo el pseudónimo de Nadia para ocultar su verdadera identidad. Por primera vez, los inspectores parecían ir por delante en la investigación. Los asesinos no contaban con que alguien encontrara el cuerpo y menos aún que la policía pudiera descubrir su verdadera identidad. Eso explicaría por qué raptaron el cuerpo en Viladrau después de mostrarlo en

público. Solo necesitaban que la gente pensara que María era la chica que colgaba del árbol el 15 de agosto. Si no se encontraba el cadáver sería imposible demostrar que no era ella. Nunca les cogerían y nadie podría incriminarles. Ahora, Luis y Laura tenían el cuerpo como baza, pero les quedaba poco tiempo para usarla ya que la familia había decidido incinerarlo. En unas horas se lo llevarían al crematorio y todas las pruebas arderían con él. Los Surinyach habían anunciado sus planes de enterrar las cenizas de su supuesta hija el martes 22 de agosto en el pomposo panteón familiar que poseían en el cementerio de Collserola en Barcelona.

Eran las ocho menos cuarto de la tarde y en la iglesia de Sant Martí, de Viladrau, ya no cabía ni un alfiler. Había tal gentío que incluso la pequeña plazoleta de delante del templo y las dos escalinatas colindantes estaban completamente abarrotadas. Ni los veraneantes ni los del pueblo querían perderse la cita. El asunto había despertado tal expectación entre la prensa que más de cincuenta reporteros de distintos medios daban cobertura al evento. Incluso habían desplazado unidades móviles para poder emitir la noticia en directo.

La misa empezó puntual. La oficiaba el cura del pueblo conjuntamente con el sacerdote de confianza de la familia. Los cuatro bancos de las primeras filas estaban ocupados al completo por los miembros de clan Surinyach. Gonzalo Surinyach y su mujer habían volado desde Boston en el jet privado de su padre para poder asistir a la misa y al funeral. Gonzalo necesitaba despedirse a solas de su hermana, no podía soportar la idea de haberla perdido. Se arrepentía de no haber mantenido el contacto con ella desde que vivía en Estados Unidos.

El clan Tremosa también asistió. A su llegada a la iglesia, se produjo una mirada asesina entre las dos matriarcas. El rostro de Montse Surinyach despedía puro odio, pero su marido la obligó a desviar la mirada hacia el altar y a olvidarse del clan rival. Javier se sentó junto a Tomás y aprovechó para preguntarle:

—¿Has podido hablar con tu hermano?

—No, tío, aún no.

—¿Cuándo lo harás? —insistió Javier.

—No sé, Javi, es complicado. Tengo que encontrar el momento. Mi hermano es muy especial y no quiero que se cierre en banda.

—Vale, no te agobio más. No es el mejor lugar para hablar de nuestros temas.

—Gracias. Te aviso cuando hable con él —dijo Tomás girándose.

Sánchez, su hijo Júnior y los niños estaban sentados en los últimos bancos. Sabían que el funeral era un sinsentido, pero preferían guardar las formas y mantenerse en un discreto segundo plano. Al alcalde se le iba a hacer interminable la ceremonia y no podía soportar el circo mediático que había suscitado el caso. Deseaba que todo acabase pronto y que Viladrau dejara de ser el foco de atención para poder centrarse en la gestión municipal y en revalidar su mandato.

Los tres hermanos dedicaron unas emotivas palabras a María, aunque quedaron en nada en comparación al discurso que realizó la matriarca. Al no estar el ataúd presente, Montse realizó su *speech*, aludiendo constantemente a la inmensa fotografía de María que presidía el altar. No derramó ni una lágrima y fue capaz de repasar toda su vida, éxitos académicos y empresariales, sus virtudes y anécdotas de viajes sin que su voz se quebrara en ningún momento. Parecía como si tuvieran una conversación pendiente entre ellas dos. No hizo mención alguna a sus compañeros sentimentales ni al clan rival aunque la sala enmudeció cuando dijo en tono amenazante:

—Aquellos que nos querían amedrentar, aquellos que nos querían ver llorar, jamás lo conseguirán. Nuestra mayor debilidad es también nuestra mayor fortaleza. Hoy despedimos a uno de los nuestros, pero nunca dejaremos de luchar. ¡María, te queremos!

Cuando se dio por finalizada la ceremonia, los asistentes salieron compungidos de la iglesia. Los Surinyach fueron los últimos en abandonarla y, cuando lo hicieron, se formó un corrillo a su alrededor para darles el pésame. Los Tremosa aprovecharon la oportunidad para desaparecer discretamente y evitar un encuentro frontal entre las dos matriacas. Los inspectores habían asistido como meros espectadores, pero al escuchar las amenazas de Montse decidieron actuar. Tenían que detener la caza de brujas. Sabían que no era el momento ni el lugar más apropiados, pero se acercaron a la matriarca y a su marido y les pidieron que les acompañasen. Entraron los cuatro al templo y Laura cerró las enormes puertas de madera tras ella. Luis se aseguró que la pareja de sacerdotes no les pudieran oír desde la sacristía. El silencio en el interior era sepulcral y contrastaba con el murmullo que se oía proveniente del exterior. Luis, haciendo honor a su veteranía, tomó las riendas de la situación:

—Perdonen, pero les tenemos que comunicar que, con toda seguridad, el cuerpo que reconocieron el sábado en la morgue no era el de su hija —dijo Luis muy serio.

—¿Qué está diciendo?! ¿Es una broma, no? —exclamó Montse al tiempo que suplicaba con los ojos a su marido para que dijera algo.

—Entendemos su confusión, pero hemos podido comprobar que las huellas dactilares del cadáver que ustedes reconocieron como su hija corresponden en realidad a una chica de nacionalidad búlgara —respondió Luis.

—Entonces, si sospechaban que no era nuestra hija ¿por qué nos hicieron reconocerla? ¡Es inhumano! —exclamó el marido.

—Les pedimos nuestras más sinceras disculpas. Cuando ustedes la reconocieron aún no teníamos todos los datos. Deben cancelar el entierro. Tenemos orden expresa de deportar el cuerpo y devolverlo a su país de origen —siguió Luis.

—Si la chica del árbol no es nuestra hija, ¿dónde está María? ¿Sigue viva? —preguntó el marido.

—Lo estamos investigando, no descartamos ningún escenario —respondió Luis con oficio.

—¿No eran ustedes lo mejores inspectores? ¡Descúbranlo de una vez! —dijo Montse indignada y, dándoles la espalda.

\*

El desafío de la matriarca caló hondo en el inspector, que decidió filtrar dos impactantes titulares a la prensa: “María sigue viva” y “La chica del árbol no es ella”. Fue un acto irracional e impulsivo, pero intuyó que podría convenirles una sobreexposición a los medios de comunicación para seguir avanzando. Quería llegar al gran público y que este inundara la comisaría de llamadas de avistamientos de María. Confiaba en encontrar la pista correcta entre todas ellas. Si su plan daba resultado, la prensa internacional se haría eco de la noticia y, de rebote, les podría llegar alguna información sobre el secuestro de Aleksandra Boynov en París. Necesitaban descubrir quién raptó y trajo a España a la *escort*; si llegó viva a Viladrau o la trasladaron muerta desde París; si usaron un camión frigorífico para conservar el cadáver en perfecto estado y... por el momento, no tenían ninguna pista.

La autopsia reveló que las heridas en el cuello de Aleksandra eran post mortem. No la colgaron como todos creían en un primer momento. El resultado del análisis toxicológico confirmó que había muerto por sobredosis de cocaína. No había señales de autodefensa en el cuerpo ni restos de piel debajo de las uñas. Al recibir el informe, Laura pidió a la forense una estimación de



qué día y a qué hora falleció, pero Mónica no se atrevió a ser más precisa, necesitaba más tiempo para poder afirmar si murió en París o en España, con el mínimo margen de error.

Las redacciones de los periódicos recibieron de muy buen grado la noticia del año. Ningún periodista se cuestionó la fuente y enseguida se pusieron en marcha. Hicieron una primera publicación en sus cabeceras digitales y en sus perfiles de redes sociales. Aunque disponían de poco tiempo, consiguieron parar las rotativas e incluir el notición en la edición de papel de la mañana siguiente.

## MARTES 22 DE AGOSTO

Viladrau volvió a despertarse, un día más, con jugosas novedades del caso Surinyach. La foto de la última publicación de María en su perfil de Facebook acompañaba a los titulares de las portadas de los periódicos: “¡María sigue viva!” “¡La prostituta que se hizo pasar por la millonaria!” “¡María finge su muerte!” “¿Dónde está María?”

La reacción no se hizo esperar y llegaron las primeras llamadas a comisaría. Avistamientos en Valencia, Sevilla, Madrid, Bilbao, Girona, Begur... pero ninguno con una base fiable que les otorgase credibilidad. Incluso telefoneó una mujer diciendo que había visto a María en Viladrau. Esa llamada descolocó tanto a los inspectores que se plantearon seriamente darle más cancha de la que a priori se merecía. El caso había tomado tal dimensión que se podían esperar cualquier cosa, pero que el cuerpo con vida de María apareciera de nuevo deambulando por Viladrau superaba con creces todas sus expectativas. Luis no pudo resistir la tentación de conocer más detalles y pidió el número de teléfono a sus compañeros para contactar personalmente con la mujer de la extraña llamada.

—¿Podría hablar con Carmen? —preguntó el inspector.

—Sí, soy yo.

—Soy el inspector Luis Garriga. Nos han informado que ha llamado porque ha visto a la señorita María Surinyach en Viladrau. ¿Nos podría dar más detalles?

—Soy el inspector Luis Garriga. Nos han informado que ha llamado porque ha visto a la se Bueno, no fue exactamente así.

—¿Cómo que no?

—Me han hablado los espíritus.

—¿Que le ha hablado quién? —preguntó Luis. —Los espíritus, y me han dicho que María no está en el reino de los muertos. No ha traspasado aún. —Tiene claro que está hablado con un inspector de policía, ¿no?

—Por supuesto. Veo que no se acuerda de mí, señor inspector. Soy la vidente.

—¿De qué vidente me está hablando?

—La que les ayudó en un caso de desaparición que hubo años atrás en Viladrau.

—¡Ahh! sí. Ahora caigo, Carmen... Carmen, perdone, no recuerdo su apellido.

—Carmen Ayala —respondió la vidente. —¿Y por qué no le ha dicho a mis compañeros que era usted?

—Porque sabía que no me tomarían en serio. Ya nadie cree en personas con nuestro don. Era más fácil llamar su atención diciendo una mentira.

—Y, ¿qué es lo que nos quiere contar esta vez?

—Muy sencillo. El alma de María sigue entre nosotros y puede estar en Viladrau o en cualquier otra parte.

—Supongo que algo más podrá concretar, ¿no? —preguntó irónico Luis.

—En una de mis visiones he visto a la pequeña de los Surinyach nadando en una playa desierta. Arena blanca y agua turquesa, dominada por una solitaria casa señorial de color blanco puro.

—¿Sabe el nombre de la playa?

—No; las visiones no funcionan así. Yo solo veo paisajes, lugares, habitaciones, pero no sé dónde están. Descubrir el lugar es cosa suya —contestó desafiante la vidente.

—Por su descripción parece una playa del Caribe.

—Sí, podría ser; no estoy segura.

—¿Algo más?

—No, de momento he llegado hasta aquí con mis visiones. Espero haber ayudado.

—Yo también lo espero, Carmen. Muchas gracias —se despidió Luis.

Al colgar, Luis le explicó a Laura que Carmen Ayala era una conocida vidente de la comarca de Osona que años atrás ya había colaborado con la policía local de Viladrau y los Mossos. Ayudó a localizar a una persona de avanzada edad con alzhéimer que desapareció del pueblo sin dejar rastro. A medida que iba hablando, Luis recordaba mejor el caso. Admitió ante Laura que él nunca creyó las predicciones de la adivina aunque, a la postre, resultaron ser decisivas para localizar al abuelo. No tenía razones para dudar de que esta vez también les pudiera ser de utilidad. Laura repasó en su libreta la lista de propiedades de los Surinyach que le había enumerado Júnior, pero no logró encontrar ninguna propiedad en el Caribe. Tenía la esperanza de que,

al interrumpirle en su monólogo, se le hubiera olvidado comentar la existencia de alguna otra propiedad del clan. Así que decidió llamarle.

—¿Júnior?

—¿Inspectora Laura?

—Siento molestarte de nuevo. ¿No te habré despertado? —preguntó Laura tuteándolo por primera vez.

—No, Laura, no es ninguna molestia. Con dos niños en casa, despertarse en vacaciones después de las nueve es un lujo que no me puedo permitir.

—¡Ja, ja! Perfecto, entonces. Sé que lo que te voy a preguntar sonará raro, pero debo asegurarme.

—De acuerdo, dispara.

—El otro día cuando quedamos, ¿crees que se te pasó mencionarme alguna propiedad de los Surinyach?

—Que yo conozca, seguro que no.

—¿No te suena alguna propiedad en el Caribe?

—En el Caribe, no. ¿Por qué? ¿Han encontrado a María en el Caribe?

—No, pero una confidente nos ha dicho que ha visto a María en una playa de arena blanca y agua turquesa.

—Pero si la ha visto sabrá dónde, ¿no? —preguntó Júnior, sin entender nada.

—Es más complicado que eso. Nuestra testigo es una vidente —aclaró la inspectora.

—¡Ahh! Entiendo... —contestó Júnior desconcertado —. Arena blanca y agua turquesa, ¿dices?

—Sí, eso he dicho.

—¡Ostras! Oye... ¡podría ser Formentera! —dijo Júnior nervioso.

—¿Formentera? —preguntó Laura para asegurarse de que lo había oído bien.

—Laura, ¿te importaría buscar en Google “casa de los Surinyach en S’Espalmador”?

—Lo tengo, muchas gracias, Júnior. Creo que has dado en el clavo. Se lo enviaremos a nuestra testigo para que nos lo pueda corroborar —contestó Laura entusiasmada.

—Me alegra haberte ayudado.

—Yo también. Estaremos en contacto, recuerdos a tu padre.

Laura volvía a confiar en Júnior. Enseguida se puso manos a la obra y preparó una selección de las mejores fotos que había encontrado en internet. Las mandó por email a la vidente y segundos después llegó la ansiada

confirmación. ¡Las visiones y las fotos coincidían! Buen comienzo, pensaron los inspectores. La sobreexposición a los medios había dado resultado y tenían una base donde agarrarse.

Luis empezó a plantearse muchas preguntas: si realmente María estaba en Formentera, ¿cómo había llegado hasta allí sin DNI? ¿Habría ido en barco, en avión? ¿La habían llevado allí contra su voluntad? ¿Estaría en peligro? Carmen había dicho que en sus visiones María nadaba en un mar turquesa sin correr ningún peligro. El inspector se sorprendió a sí mismo dándole un nivel de credibilidad muy alto a las fantasías de una vidente. Concluyó que lo más adecuado era no precipitarse y buscar evidencias que confirmaran las visiones de Carmen Ayala. Decidió investigar concienzudamente todos los vuelos regulares, jets privados, ferries y yates que habían efectuado el recorrido Barcelona-Ibiza el 15 de agosto. Si María había viajado en uno de ellos, tarde o temprano la encontrarían. Después de horas de análisis, lo único que parecía sospechoso, entre toda la copiosa documentación que consiguió recopilar, era el vuelo de una avioneta Cessna C310. La aeronave era propiedad el Aeroclub de Sabadell y realizó precisamente el recorrido Sabadell-Ibiza-Sabadell el día 15 de agosto. Salió del aeropuerto de la capital vallesana a las 10:00h de la mañana, hora local, y aterrizó en Ibiza a las 11:29h para volver a despegar en apenas unos minutos y regresar de nuevo a Sabadell.

Luis seguía ofuscado revisando el plan de vuelo, cuando Laura recibió una llamada de sus compañeros del laboratorio de la división de la policía científica de los Mossos. Le avisaban que en unos segundos recibiría por email los ficheros con las huellas que habían sido capaces de aislar de los restos de vinilo que les entregó. El correo llegó mientras aún estaban hablando y, al colgar, procedió a comprobarlas en la base de datos de la policía. Obtuvo dos resultados positivos. El primero correspondía a Juan Carlos Martínez, propietario de una empresa de rotulación de vehículos, detenido en octubre de 2006 por presunto blanqueo de capitales mediante contratos falsos de patrocinio deportivo. La inspectora recordó que el segundo teléfono de la lista de llamadas de la pareja de *trekking* era precisamente el de Rótulos Martínez. El otro resultado positivo era el de Roger Soler, agente de seguridad privada, exmiembro de las fuerzas armadas españolas y en nómina de la empresa Black Rock. A la vista de los resultados obtenidos, Laura informó a su compañero. Juntos acordaron que Luis debía ser quién visitaría las instalaciones de Black Rock para interrogar al propietario y director de la empresa. Y Laura se ocuparía de profundizar en los detalles del vuelo privado que salió de

Sabadell con destino a Ibiza. Debía contactar con el socio y piloto del aeroclub que había realizado el vuelo para conocer su versión de los hechos. Luis había comprobado el plan de vuelo al detalle en el que solo se declaraba al piloto como único pasajero. “¿Qué sentido tendría hacer un viaje relámpago de ida y vuelta, en temporada alta y sin nadie a bordo?”, se preguntó el inspector en voz alta, sin esperar respuesta. Ambos vuelos fueron tranquilos a nivel meteorológico. El único hecho destacable era la demora que sufrió la avioneta para obtener el *slot* y aterrizar en la pista del aeropuerto de Ibiza. La zona de parking de jets privados debía estar a rebosar y parecía que le habían permitido aparcar, tan solo unos minutos, puesto que tenía prevista la salida poco tiempo después.

Laura se desplazó hasta el Aeroclub de Sabadell para hablar con el socio número 0576, un tal Fernando Robles. Al llegar, la recepcionista le confirmó que lo conocía y la acompañó al bar a su encuentro. Fernando era un tipo de unos 60 años, sin antecedentes penales y con muchas horas de vuelo a sus espaldas. Expropietario de una empresa de fotografía aérea, extinguida por la irrupción de los drones, y altamente endeudado con las entidades bancarias por culpa de la ruinosa venta de su flota de avionetas. Su nombre aparecía en las listas de morosos y no estaba al corriente de pagos con la Agencia Tributaria. Laura se sorprendió al verlo: su aspecto actual no se correspondía al de su currículum financiero. Impecablemente vestido, llavero con el logotipo de Porsche encima de la mesa y *smartphone* último modelo, no eran la carta de presentación de una persona en declive sino todo lo contrario.

Laura se identificó y, después de una breve introducción formal, fue directa al grano:

—¿Si no le importa, me podría explicar qué hizo el pasado día 15 de agosto?

—¿Ha pasado algo? —preguntó Fernando.

—Estamos investigando los vuelos de aquel día.

—Entiendo. ¿Pero tienen algo en mi contra? —insistió Fernando a la defensiva.

—En principio, no; solo quiero hablar con usted sobre el vuelo Sabadell-Ibiza-Sabadell.

—Fue un vuelo de prueba para comprobar el funcionamiento general de la avioneta —explicó el experto piloto jugando con el llavero del Porsche.

—De prueba, ¿dice? Ibiza queda un poco lejos para un vuelo de prueba, ¿no? —preguntó irónicamente la inspectora.

—Bueno, no crea, son vuelos rutinarios. El destino es lo de menos. Desde el cierre de mi empresa, me dedico a tareas de mantenimiento y este tipo de vuelos son muy comunes en mi día a día —respondió Fernando.

—¿Y en estos vuelos siempre viaja solo?

—Sí claro, inspectora; en vuelos de prueba no se nos permite llevar pasajeros. Imagínese qué responsabilidad si pasase algo —contestó Fernando dando un largo trago a su Campari con tónica.

—Entiendo. Por último, ¿le suenan de algo los apellidos Tremosa y Surinyach?

—No, de nada. Es la primera vez que los oigo —contestó el piloto negando con la cabeza.

—No conoce a nadie de Viladrau, ¿entonces? —insistió la inspectora.

—A nadie. ¿Puedo ayudarla en algo más? —preguntó Fernando algo más incómodo que al principio de la conversación.

—No, eso es todo, gracias por su colaboración. Le dejo mi tarjeta. Estaremos en contacto —se despidió Laura. Su intuición le decía que él era el piloto que estaban buscando.

Cortésmente Fernando Robles también le entregó su tarjeta de visita. Salieron juntos al parking y Laura subió a su Seat Altea de los Mossos; el piloto a su flamante Porsche 911 Targa 4 GTS azul zafiro metalizado valorado en más de 160.000 euros. La inspectora escribió en su teléfono la combinación de cuatro números y tres letras consonantes de la matrícula y la mandó por *whatsapp* a una amiga suya que trabajaba en la jefatura de tráfico. Tenía la esperanza de que no estuviese de vacaciones y pillarla sentada ante su ordenador y que pudiera facilitarle el número de bastidor y el concesionario o la gestoría que tramitó la matriculación del vehículo. El doble *check* azul no tardó en llegar y enseguida le contestó el mensaje con todos los datos que necesitaba, varias caritas sonriendo, una flamenca y la petición de cerrar fecha para la cena de solo chicas que tenían pendiente desde que Laura empezó a salir con Ricard.

El Porsche en cuestión había sido matriculado por un concesionario oficial de Barcelona, pero figuraba una petición de cambio de nombre solicitada por una *boutique* de vehículos de alta gama ubicada en Terrassa. Laura puso rumbo al concesionario. Debía despejar la incógnita de cómo Fernando Robles, con las cuentas embargadas, había conseguido adquirir ese cochazo.

—Hola. ¿Puedo ayudarla en algo? —preguntó el gerente del concesionario.

—Soy la inspectora Laura Rodríguez.

—Mucho gusto, soy Christian Blanchet, CEO de la *boutique*. Adelante, por favor —dijo el gerente con marcado acento francés.

—¿Le suena el nombre de Fernando Robles? —preguntó la inspectora sin perder tiempo.

—Sí, el señor Robles y yo nos conocemos desde hace años. Somos buenos amigos. ¿Le ha pasado algo con el coche?

—No exactamente. ¿Le importaría explicarme cómo fue la venta del vehículo? —preguntó la inspectora sin dar muchas explicaciones.

—Nosotros no se lo vendimos directamente. En esta ocasión solo pusimos en contacto a dos de nuestros mejores clientes —aclaró Christian.

—Pero eso no es lo habitual en tiendas como la suya, ¿no? —insistió Laura.

—Fue un caso excepcional. Ayudamos a dos amigos de la casa. Fernando había tenido un golpe de suerte y podía volver a comprar un coche de alta gama y otro de nuestros clientes necesitaba venderlo rápido —explicó el gerente.

—¿Pagó en efectivo?

—Fue una transacción privada entre ellos dos. No conozco los detalles, pero le puedo asegurar que el vehículo se encontraba en perfecto estado —se apresuró a confirmar el gerente.

—Entiendo. Gracias por atenderme —se despidió la inspectora.

Laura estaba convencida de que tenían que volver a interrogar a Fernando, pero esta vez de manera formal y en comisaría. Necesitaba acorralarlo y que sintiera que podía volver a perderlo todo si no hablaba. Estaba segura que la intuición de Luis era la correcta y que fue Fernando Robles quién llevó a la auténtica María Surinyach de Sabadell a Ibiza el día 15 de agosto. ¿Quién le pagó por hacerlo? La inspectora no contaba con indicios al respecto, pero se le ocurrió la posibilidad de que fuesen los mismos que sobornaron a Júnior. Miró el número de teléfono móvil que figuraba en su tarjeta de visita y no lo reconoció. Decidió confiar en su instinto, llamó a comisaría y pidió a una compañera que le mandara por *whatsapp* una foto de la lista de llamadas del teléfono de la pareja de *trekking*. Enseguida le llegó el listado a su *smartphone*. ¡Lo sabía, lo sabía! ¡Señor Robles! ¡Le tengo!



Mientras Laura interrogaba a Fernando Robles en el bar del aeroclub, Luis visitaba el cuartel general de Black Rock en el Polígono Industrial Sureste de la localidad de Polinyá. La sede estaba en una nave de color negro, prácticamente desprovista de ventanas y apartada del resto. Tenía doble altura, con oficina y despachos en el primer piso y una inmensa puerta de parking en la planta baja. No había ningún tipo de cartel o publicidad que ayudase a identificar aquel edificio como la base de operaciones de una de las empresas de seguridad privada más importantes del país. El inspector llamó a un antiguo compañero de promoción, que ahora trabajaba en las filas de Black Rock, para asegurarse de que se hallaba en el lugar correcto. Al recibir la confirmación, bajó decidido del coche, anduvo unos metros y pulsó el pequeño botón del interfono de la entrada. No obtuvo respuesta, pero la puerta se abrió y el inspector entró. Antes de subir las escaleras que conducían a las oficinas, se detuvo unos instantes para indagar qué había detrás de la puerta interior que daba al parking. Asomó la cabeza y descubrió una flota de más de veinte coches y una decena de furgonetas, todos de color negro e impolutos. No podía entretenerse, pero tenía que conseguir visitar ese garaje y comprobar si allí se encontraba el Audi A6 negro. Al llegar a la planta superior, se acercó al mostrador de recepción, preguntó por el director, pero enseguida salió a recibirle su antiguo colega. Luis se sorprendió de la actividad frenética que reinaba en las oficinas. Saludó a otros excompañeros e intercambiaron risas y confidencias sobre los amigos comunes que aún seguían en los Mossos. Pasados unos minutos, le hicieron pasar a un lujoso despacho. Rómulo Acosta, no tardó en aparecer por una puerta lateral que conectaba con la sala de reuniones e invitó a Luis a tomar asiento. Su aspecto era más el de un gerente de gimnasio de *crossfit* que el de un reputado empresario. De unos 45 años, engominado y musculado a partes iguales. Subcampeón de España de culturismo, exmilitar de las fuerzas especiales y con contactos en las altas esferas políticas. Luis pudo deducir su currículum mirando las ostentosas instantáneas que decoraban su despacho.

—Luis Garriga, ¿verdad? —preguntó Rómulo Acosta ofreciéndole la mano a Luis por encima de la mesa que les separaba.

—Sí, inspector Luis Garriga. Encantado de conocerlo.

—¿Es su primer vez en Black Rock? —preguntó el director.

—Sí —contestó el inspector sorprendido al comprobar que las preguntas se las hacían a él.

—Cuénteme, ¿qué le trae por aquí? —preguntó Rómulo Acosta.

—Es por un caso que estamos investigando. ¿Le suena familiar el nombre de Nadia o el de Aleksandra Boyanov?

—No, de nada. ¿Debería sonarme? —replicó el director peinándose las cejas con los dedos de la mano derecha.

—Hemos encontrado huellas de un empleado suyo, concretamente de Roger Soler, en el vinilo que se usó para camuflar la furgoneta que raptó el cadáver de la citada chica.

—Para su tranquilidad averiguaré dónde estaba ese día el agente Soler, aunque, ya se lo avanzo: desde luego que no camuflando una de nuestras furgonetas. Eso es imposible. Todos nuestros vehículos son negros y no necesitan camuflarse de nada.

—No me refiero a que se usara una de sus furgonetas. Lo que quiero decir es que una huella de uno de sus agentes estaba entre los restos del vinilo del vehículo utilizado para secuestrar el cuerpo y ocultarlo de la policía.

—No sé de qué secuestro me habla. Como bien sabrá, nosotros nos dedicamos a la seguridad privada y no a raptar y trasladar cadáveres —contestó Rómulo Acosta a la defensiva mientras ordenaba los objetos de su escritorio.

—Tengo entendido que la familia Tremosa son clientes suyos, ¿no? —preguntó Luis.

—Los Tremosa, y podemos decir orgullosos, que también muchas de las familias más poderosas de España.

—Entonces el nombre de María Surinyach, ¿sí le sonará?

—Sí, me suena; pero no conozco personalmente a los Surinyach. Aún no trabajamos para ellos.

—¿Le importaría enseñarme su impresionante flota de vehículos? Me han informado que es la mejor del sector y no me gustaría perdérmela —preguntó Luis cambiando de táctica al ver que el director de Black Rock se cerraba en banda.

—Por supuesto. No escatimamos recursos cuando se trata de velar por la seguridad de nuestros clientes —contestó un crecido Rómulo Acosta.

—Por supuesto —dijo Luis asintiendo con la cabeza.

—Bajemos al parking y se la muestro. Le va a encantar. Estoy seguro de que le entrarán ganas de dejar los Mossos y venirse a trabajar con nosotros.

Luis podía entender que Rómulo Acosta negara cualquier tipo de vinculación de sus empleados con el caso. Reconocerlo representaría problemas para su compañía y una más que probable travesía en los juzgados.

Al llegar al garaje, empezó a enumerar todas y cada una de las mejoras técnicas que les hacían a los vehículos para ser los más seguros y rápidos del mercado. Paseaban por las instalaciones cuando, de repente, a Luis le pareció vislumbrar a lo lejos el logotipo de los cuatro aros que tanto ansiaba ver. Estaban a seis coches de distancia, pero se acercaban lentamente hasta que se detuvieron justo delante del Audi A6 negro ante el que Acosta comentó las enormes ventajas de los vehículos blindados. El inspector intentó esconder su sonrisa de satisfacción asintiendo a todas las explicaciones de su interlocutor mientras, en su cabeza, repetía una y otra vez la matrícula del Audi como un mantra de meditación. Solo podía pensar en que si era capaz de situar el vehículo en alguna de los escenarios del caso tendría una prueba irrefutable para incriminarles. Sabía que era el momento de irse; no iba a sacar nada más del director y alargar su visita solo provocaría que se olvidara de la matrícula. El inspector se despidió agradeciendo el trato y el tiempo dedicado, y abandonó las instalaciones a paso decidido. Estaba pletórico, anotó la matrícula, que había memorizado en el móvil y llamó a su compañera:

—Laura, ¿dónde estás?

—Saliendo de Terrassa. ¿Estás bien?

—Sí, perfectamente. ¿Terrassa, has dicho? ¿Pero no habías ido a Sabadell? Bueno, da igual, yo salgo ahora de Black Rock y tengo novedades. ¡Estoy seguro que el Audi A6 es suyo!

—¿Estás seguro? ¡Bien hecho! Yo también tengo novedades. Tenías razón, era él. Fernando Robles es el piloto que buscábamos.

—¿Has encontrado al piloto en Terrassa?

—No, no, pero en una *boutique* de coches de Terrassa he encontrado la pista que nos puede ayudar a demostrar que fue él quien trasladó a María de polizonte en la avioneta. Es complicado. ¿Quedamos para comer y lo comentamos todo?

—Sí, por favor. Estoy muerto de hambre. Nos vemos en tres cuartos de hora en el mismo sitio donde comimos ayer. ¿Te parece?

—Perfecto, Luis. Nos vemos ahora.

Los inspectores estaban con la adrenalina a tope, avanzaban en la buena dirección y las primeras piezas de la investigación empezaban a encajar.

\*

El campanario de la iglesia de Viladrau anunciaba las tres de la tarde y la

comida familiar en Can Tremosa estaba a punto de finalizar. Tomás aún no había encontrado el momento adecuado para hablar con Joaquín de la operación Surinyach-Chen Zhou, pero sabía que no podía retrasarlo más. Pasaron todos al salón de la televisión menos Tomás que se quedó preparando dos *gin-tonic* en el mueble bar. Eran la debilidad de su hermano mayor y pensó que así lo podría convencer para que le acompañara a la terraza a degustarlo con calma. Joaquín, sin sospechar la encerrona, aceptó encantado.

—No conocía tu faceta de barman, hermanito —dijo Joaquín en tono burleta.

—Sé que te encantan y por un hermano lo que sea, ¿no?

—¡Huy! Tomás, ¿te encuentras bien? Tanta amabilidad repentina en ti no puede ser gratuita. ¿Qué quieres?

—Joaquín, tío, tienes que ayudarme. Explícame todo lo que sepas de la operación Surinyach-Chen Zou.

—¿Que te explique el qué? ¿Qué te hace pensar que yo sé algo de esa macro operación?

—Va tío, no disimules. Javi lo ha investigado y me ha dicho que estás metido hasta el cuello.

—Javi es un puto bocazas.

—Por favor, ayúdame, que tengo a los Mossos persiguiéndome. No puedo ir a la cárcel por algo que no he hecho —dijo Tomás suplicando con las manos.

Joaquín siempre había envidiado a su hermano pequeño e incluso muchas noches había soñado que se convertía en él por un día. Tomás era el divertido, el canalla, el guapo de la familia y el ojito derecho de mamá. Él en cambio solo era un aburrido abogado con una monótona vida dentro y fuera del despacho. El éxito de la operación Surinyach-Chen Zhou hubiese sido una ocasión magnífica para restregar sus logros profesionales a su hermano y a toda la familia, pero se truncó con la repentina muerte de María. No le apetecía en absoluto hablar con Tomás de sus fracasos, pero pensó que tampoco sería beneficioso para su reputación tener a un hermano entre rejas. Dudó, miró al cielo buscando bendición divina, dio un largo trago al cargado *gin-tonic* y empezó a hablar. Le contó a su hermano que María vino a verle un día al despacho y le pidió máxima discreción. Estaba entusiasmada con la operación y quería que él la asesorara para llevarla a cabo. Sus padres no debían conocer los detalles, y no se fiaba de que su hermano Alfonso llevara los aspectos legales sin que la matriarca se enterara. La única condición que le exigió para trabajar con él fue precisamente que no le contara nada a Tomás y

lo mantuviera al margen. María sabía que si se enteraba tendría información privilegiada y podría liarla en la bolsa obteniendo cuantiosos beneficios a su costa. Ella creía ciegamente en que la nueva alianza los haría más fuertes. Conocía los riesgos y sabía que se estaba oponiendo frontalmente a sus padres por primera vez y sin vuelta atrás. Contaba con el apoyo incondicional de la familia Chen Zhou que la había acogido como a una más de su clan. Joaquín hizo hincapié en que para ellos su muerte había sido un desastre de magnitudes incalculables, pasando de ser salvados a arruinarse en la más terrible miseria. A su parecer, era imposible que los chinos tuvieran el más mínimo interés en matarla. Para su bufete también había sido un drama, estaban seguros de que nadie se haría cargo de la factura de sus honorarios y le obligaban a hacer horas extras a coste cero para compensarlo.

—Joaquín, muchas gracias tío, pero necesito un último favor.

—¿Qué más quieres? ¿No has tenido suficiente?

—Necesito que me pongas en contacto con los Chen Zhou.

—Ni loco, Tomás. No te pienso dar su contacto. Ya he hablado demasiado.

—Joder, Joaquín. Te puedo asegurar que lo que dicen los periódicos es cierto. ¡María sigue viva! Estoy seguro, hazme caso. Necesito encontrarla.

—Me da igual. Que María confiase en ellos vale; pero yo no pienso ser el responsable de que te asesine la Tríada China. ¡Déjame en paz! —dejó la copa de balón de cristal de bohemia encima de la mesa y caminó cabizbajo hacia el salón.

Antes de entrar a la sala, Joaquín se detuvo unos instantes y recordó la emoción que sintió al recibir el encargo. Aunque nunca lo confesó, seguía platónicamente enamorado de la pequeña de los Surinyach. Los años pasaban para todos, estaba felizmente casado y era padre de tres magníficas niñas, pero eso no quitaba que le había encantado trabajar codo con codo con María preparando toda la operación. Tomás se quedó solo en la terraza y aprovechó para añadir un poco más de ginebra a su *gin-tonic*. Su primer instinto fue llamar a la inspectora Laura y contárselo todo, pero recapacitó y telefoneó a su amigo Javier. Juntos decidirían cuándo y cuánto debían contarle a la inspectora.

\*

Durante la comida, los inspectores trazaron la estrategia a seguir en el reverso de los manteles individuales de papel: 1Presionar al piloto para que

revelara quién le había hecho el encargo; 2Situar el coche de Black Rock en alguno de los escenarios y 3Desenmascarar a la pareja de *trekking*.

Acabada la comida y con las ideas claras, Laura llamó a Fernando Robles para citarlo a declarar en comisaría. El piloto no eludió la cita y confirmó que a la mañana siguiente se personaría en las dependencias policiales. Laura volvió al aeroclub y preguntó a todos los empleados sobre el señor Robles. Estaba segura que tuvo que sobornar a alguien para que hiciera la vista gorda y dejara subir a María a bordo sin incluirla en el plan de vuelo. Si lo descubría antes del interrogatorio tendría un arma más para lograr su confesión. No tuvo éxito: nadie había visto ni escuchado nada raro. Luis mandó la matrícula del Audi A6 a sus compañeros de tráfico y les pidió máxima prioridad. Estaba seguro que alguna de las cámaras cercanas al polígono industrial tenía que haber captado algo. Necesitaba situar al vehículo lo más cerca posible del punto donde se llevaron la furgoneta para poder dar credibilidad a las declaraciones del conductor de T&T Pharma.

Los inspectores estaban convencidos de que la pareja de *trekking* eran los cerebros de toda la operación y que Black Rock y Fernando Robles les habían ayudado en la logística. ¿Quiénes eran realmente? ¿Quién les había contratado? ¿Cuál era su verdadera identidad? Tenían las descripciones físicas de Sánchez, de su hijo Júnior y de Jorge, el conductor de la furgoneta. Las tres coincidían en que ambos eran de nacionalidad española. Jorge les tachó de auténticos profesionales del crimen organizado, Júnior se los creyó en su papel de falsos periodistas y Sánchez no dudó en ningún momento que no fuesen, en realidad, una pareja de amantes del *trekking*. Por su perfil camaleónico, solo podía tratarse de agentes profesionales en activo o ex agentes del CNI. ¿Qué interés podrían tener los servicios secretos españoles en el caso? ¿La muerte de María Surinyach podía afectar a la seguridad nacional? Luis y Laura no creían que el CNI estuviera implicado, pero era factible que exmiembros del mismo trabajaran por libre y tuvieran conexiones con Black Rock. Luis pidió a sus superiores que contactaran con los altos mandos de los servicios secretos para esclarecer la situación. Minutos después, llegó la confirmación por parte del Centro Nacional de Inteligencia. Dos de sus mejores activos, Raquel Ramos y Joan Pons, estaban en busca y captura. ¡Bingo! Sus fotos coincidían con las descripciones facilitadas por los testigos. Unidos en matrimonio civil en las propias instalaciones del CNI, fueron expulsados poco después acusados de revelar secretos de estado. Raquel era agente de campo experta en organización y logística, y Joan era uno

de los máximos responsables de inteligencia y firme candidato a presidir la institución. Nada hacía presagiar su expulsión fulminante, pero corría el rumor que su destitución había sido fruto de un complot organizado para frenar su meteórica carrera en el CNI. El director actual tenía mucho poder y no quería ser relegado de ninguna de sus funciones y, menos aún, renunciar a los cuantiosos beneficios salariales y sociales que comportaban su actual cargo. Para los inspectores, tenía sentido que Joan y Raquel, al verse expulsados de la noche a la mañana, se dedicasen por su cuenta y riesgo a la seguridad privada, pero de allí a asesinar y a manchar de sangre su immaculado expediente había un paso de gigante. La suma que les habrían prometido para completar con éxito la operación Surinyach tenía que haber sido astronómica. El “Neymar” de los secuestros como mínimo, dijo Luis. Una cifra irrenunciable que les permitiría huir del país y vivir en el anonimato por el resto de sus vidas.

Luis recibió una llamada de sus compañeros confirmando que habían encontrado las imágenes donde se veía claramente el Audi A6 Negro en el Polígono Can Volart en Montmeló, el 28 de julio. El inspector se alegró, pero a la vez era consciente de que incriminar formalmente a Black Rock sin una base sólida podía ser muy arriesgado. Sus superiores le pondrían palos a las ruedas para seguir avanzando por esa vía comprometiendo así toda la investigación y no se lo podía permitir. Era un arma de doble filo que debía gestionar con cuidado. Tras valorarlo con su compañera, decidieron guardarse esa baza en la recámara y usarla solo en caso de necesidad extrema.

## MIÉRCOLES 23 DE AGOSTO

A las nueve de la mañana, puntual, Fernando Robles entró en comisaría convencido de que los Mossos no tenían nada contra él. Laura salió a recibirlo y le hizo pasar a la sala de interrogatorios número cuatro donde Luis les estaba esperando de pie junto a la puerta. El inspector se había anticipado para dejar dos fotos bocabajo encima de la mesa.

—Inspector Luis Garriga —dijo Luis estrechándole la mano.

—Tome asiento. ¿Nos podría volver a explicar los detalles del vuelo que hizo a Ibiza el 15 de agosto? —preguntó Laura.

—Como le comenté en el aeroclub, teníamos que realizar una serie de pruebas a la avioneta para comprobar las últimas reparaciones. Más concretamente, el indicador de la posición de los *flaps* que llevaba días dando problemas y no se correspondía lo que indicaba el panel de control con el ángulo real del alerón. Por ese motivo, decidí contrastarlo yo mismo en el aire. El 15 de agosto salí de Sabadell y puse rumbo a Ibiza como podría haber puesto a cualquier otro aeropuerto de España y...

Mientras el piloto hablaba, Luis aprovechó y dio la vuelta a las fotos. Se las acercó para que las pudiera ver mejor. En ese instante, Fernando Robles enmudeció.

—Siga, siga hablando, por favor —dijo Luis.

—¿Los reconoce? —preguntó directa, Laura.

—No, no los he visto nunca —se apresuró a contestar Fernando Robles.

—¿Está seguro? Ellos no nos han dicho lo mismo de usted —dijo Luis, de farol.

Por unos momentos en la sala de interrogatorios reinó un desconcertante silencio.

—¿Señor Robles, se encuentra bien? —preguntó Laura.

—Sí, estoy bien —contestó Fernando apretando los dientes y con la mirada perdida.

—Como no contestaba, pensé que le pasaba algo. ¿Quiere rectificar su declaración? —dijo Laura en tono amenazante y sin dejarlo responder.

—O si lo prefiere podemos llevarlo al calabozo y, cuando esté preparado, nos avisa y volvemos a empezar —añadió Luis presionando aún más al piloto.

Fernando estaba totalmente acorralado. Desesperado, golpeó la mesa con la



palma de la mano y tiró las llaves del Porsche al suelo.

—¡Mierda de coche! —exclamó Fernando.

—Señor Robles, queremos darle la oportunidad de explicar su versión de la historia —dijo Luis rebajando el tono.

—Si colabora, hablaremos con el juez y tal vez pueda rebajarle la pena...

Fernando Robles no estaba nada convencido, sabía que le podían juzgar como mínimo por tres delitos: blanqueo de capitales, falsedad documental —mintió en el plan de vuelo —y pertenencia a grupo delictivo organizado. Recapacitó unos segundos, y llegó a la conclusión que peor ya no lo podían ir las cosas. Tomó aire y empezó a hablar.

\*

Meses atrás, una pareja me abordó en el bar del aeroclub con buenas palabras y con elegantes tarjetas de visita. Se hicieron pasar por propietarios de una agencia de viajes *premium* reservada a clientes vip. Querían abrir una nueva línea de negocio y estaban buscando a un piloto experimentado para realizar vuelos privados a las Islas Pitiusas durante el verano. Me pareció una forma rápida de ganar dinero y recuperarme del bache económico que estaba atravesando. Quedamos en que el primer vuelo sería el 15 de agosto y que a partir de allí el objetivo sería volar cada martes y jueves de manera regular hasta finales de septiembre. Según ellos, tenían clientes en lista de espera y no tendrían problemas para llenar todas las plazas. Llegó el día. Yo estaba preparando la avioneta para salir puntual a las 10:00h cuando inesperadamente, a las 9:15h, recibí la llamada de Joan.

—¿Señor Robles? ¿Podría salir al parking un momento?

—¿Al parking? —pregunté a Joan.

—Sí. Salga un momento, quiero que conozca a nuestra primera clienta.

—*Okay*. Recojo el parte meteorológico y salgo en dos minutos.

Raquel estaba esperando en el coche sentada junto a Joan en el asiento del copiloto y, en las plazas traseras, había una mujer con gorra y gafas de sol. Joan salió del vehículo a mi encuentro.

—Señor Robles, tenemos un ligero cambio de planes.

—¿No quiere volar al final? El parte meteorológico es favorable —dije extrañado.

—Volar sí que quiere. El problema es que nadie debe saber que lo ha hecho.

—Espere, creo que no le he entendido.

—Yo creo que sí que me ha entendido. Le pagaremos muy bien.

—Pero eso es ilegal, no puedo hacerlo.

—Sí que puede hacerlo. Ya le he dicho que le pagaremos muy bien. Tengo medio millón de razones en el maletero de mi coche para usted.

—¿Medio millón, dice? —pregunté mirando asqueado el llavero de mi viejo Ford Fiesta de segunda mano.

—Tiene que ser un vuelo rápido. En Ibiza, un coche de la agencia la estará esperando. Usted debe volver inmediatamente a Sabadell. No hable con la clienta y no haga preguntas. ¿Lo ha entendido?

—Lo he entendido, pero lo tenemos que hacer a mi manera para que nadie sospeche.

—Mientras cumpla con el trato, me parece bien. Usted es el piloto, nosotros solo conseguimos clientes. Voy a por el dinero.

Joan abrió el maletero, cogió una bolsa de deporte y me la entregó. Sin perder tiempo en abrirla, la guardé en mi coche y aproveché para coger mis amuletos de la suerte. Me siento mucho más seguro cuando piloto con las Ray-Ban Aviator y con el Breitling Navitimer que me regaló mi padre al conseguir la licencia de vuelo. Volví y les expliqué la estrategia para esconder a la clienta. Primero pasarían los tres de visita a la pista y a los hangares y yo les haría un tour por los distintos aviones del Aeroclub. Llegados a la avioneta en cuestión, María se quedaría escondida en los asientos traseros y Joan y Raquel volverían conmigo al Aeroclub. Se despedirían de la recepcionista, no sin antes interesarse por afiliarse al club y pedir el detalle de los cursos de piloto privado disponibles. Ambos aprobaron el plan y le hicieron una señal con la mano a María para que saliera del coche.

A las 10:00h solicité pista por radio a la torre de control, comuniqué la matrícula de la avioneta y la torre autorizó el despegue. En mis más de cuarenta años como piloto, había despegado unas 4.000 veces de Sabadell, pero nunca en ese estado de tensión. Encaré la pista, noté un ligero viento lateral que no me convenció, pero puse los motores a máxima potencia e inicié la carrera de despegue. Pasados unos segundos, moví ligeramente la palanca de mando hacía atrás, el morro se levantó, las ruedas dejaron de estar en contacto con el suelo y ya estábamos en el aire. María se incorporó, se ató el cinturón de seguridad y me dio las gracias con un ligero toque en la espalda.

Las previsiones se cumplieron y realizamos el trayecto sin complicaciones. Sesenta minutos después, solicité pista para aterrizar en el aeropuerto de Es Codolar en Ibiza. La torre de control nos denegó el permiso

en primera tentativa y nos puso en cola. Pasaron veinte minutos y finalmente recibimos el O.K. para aterrizar. Realicé la maniobra de aproximación y aterricé de manera impecable. Me dirigí a la zona de estacionamiento de jets privados y aerotaxis y al llegar pude ver cómo un vehículo nos estaba esperando a pie de pista. María me dio la mano a modo de agradecimiento, bajó de la avioneta y subió rápidamente al coche para que nadie pudiera verla. Mientras el elegante sedán negro se alejaba, hice las comprobaciones pertinentes en el panel de control y me aseguré de que tenía combustible suficiente para afrontar el vuelo de vuelta. Pedí de nuevo pista y despegué rumbo a Sabadell. No fue hasta días más tarde cuando, al leer la prensa, sospeché que la clienta en cuestión no era otra que María Surinyach.

Después de escuchar al señor Robles, los inspectores concluyeron que, a pesar de que habían pasado nueve días del vuelo a Ibiza, María podía seguir con vida y en Formentera. Era imperativo ir a comprobarlo para resolver el caso. Lo que no sabían es si la labor de los ex agentes del CNI había terminado en el traslado o la tenían retenida contra su voluntad. De lo que sí estaban seguros es de que el plan inicial se había truncado al descubrir el cuerpo de Aleksandra Boyanov en las profundidades marinas. Joan y Raquel quizá no habían cobrado aún la suma astronómica que les habían prometido por simular la muerte de María y se habían visto obligados a tomar medidas drásticas. Habían fallado estrepitosamente y ahora podrían tener retenida a María como prenda y única garantía de cobro. ¿Estaba, ahora sí, la vida de María en peligro? ¿Se cansarían Joan y Raquel de mantenerla con vida si no recibían pronto el dinero?

Luis y Laura cayeron en la cuenta que Fernando Robles era el segundo civil que Joan y Raquel habían utilizado en su plan y al que no habían eliminado. Jorge, el conductor de la furgoneta de T&T Pharma, tenía a una familia que perder si acudía a la Policía y Fernando sería 500.000 euros más pobre. Pero dejar a dos testimonios y confiar en su palabra parecía una estrategia demasiado arriesgada para unos profesionales. ¿Si habían sido tan considerados, por qué matar a Aleksandra, mancharse las manos de sangre y condenarse a una vida como proscritos? ¿Quién les había realizado el encargo y qué les había ofrecido a cambio? ¿Tan desesperados estaban? Mientras seguían elucubrando, Laura recibió una llamada inesperada.

—¿Inspectora? Soy Tomás Tremosa.

—Dígame, señor Tremosa.

—Le llamo porque tengo nueva información.

—Le escucho, usted dirá.

—He descubierto algo importante, pero necesito que dejen a mi hermano Joaquín al margen.

—Mientras su hermano no haya hecho nada ilegal, no se preocupe por él.

—Es que le he presionado para que rompa el secreto profesional abogado-cliente y no quiero que eso le pueda pasar factura. Ha sido culpa mía.

—Bueno. Usted cuénteme y ya valoraremos las consecuencias.

Tomás explicó a la inspectora los detalles de la fusión Surinyach-Chen Zhou y las implicaciones que tuvo la supuesta muerte de María sobre la misma. Mientras hablaban, Laura se convenció de que debían contactar urgentemente con la familia Chen Zhou y usarlos como baza para encontrar a María. El futuro del imperio Chen Zhou dependía de mantenerla con vida; si ella moría, tendrían que buscar nuevas vías de financiación, y según explicaba Tomás parecía que todas estaban ya agotadas. Habían puesto todas sus esperanzas en la flamante nueva vicepresidenta y se habían esfumado de un plumazo la fatídica tarde del 15 de agosto. Pero quizá no estaba todo perdido para ellos y Laura les podía convencer de que aliarse con los Mossos era la solución a sus problemas. Tener a la policía en casa, para una familia mafiosa como los Chen Zhou, no sería de su agrado pero estar en la ruina seguro que era muchísimo peor. La inspectora agradeció a Tomás la llamada y se puso inmediatamente a buscar a alguien que le pudiera poner en contacto con la familia Chen Zhou. Contar con los ilimitados recursos y contactos de la Tríada (Mafia China) seguro que les ayudaría a localizar a Joan y Raquel más rápidamente.

De repente, Laura tuvo un arrebato y llamó sin pensar en las consecuencias:

—¿Júnior? Soy la inspectora.

—Laura, ¿cómo va todo? —preguntó Júnior con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Te importaría acompañarme el próximo viernes a Formentera? Ida y vuelta el mismo día.

—¿A Formentera? No, claro que no me importaría —contestó Júnior cerrando el puño izquierdo y moviéndolo como si acabara de marcar un gol contra el Madrid en el Camp Nou.

—Hemos encontrado una pista y como conoces el terreno y puedes localizar a María, he pensado que me podrías ser de gran ayuda.

—Por supuesto. Lo que necesites.

—Perfecto. En breve te llamo de nuevo para darte los detalles del vuelo.

—Muy bien, quedo a la espera de tus noticias —se despidió Júnior.

Segundos después de colgar, Laura se arrepintió y empezó a buscar argumentos para explicarle su maravilloso plan a Luis. ¿Cómo se las arreglaría para que su compañero le aceptara una idea tan descabellada? La inspectora necesitaba tiempo para digerir la locura que acaba de tramar, salió al pasillo y encontró refugio en la máquina expendedora de café. Escogió un cortado con extra de azúcar, se sentó en el suelo con la espalda apoyada en la pared y trató de ordenar sus confusos sentimientos.

Júnior, en cambio, daba saltos de alegría en el salón de casa de su padre. No se lo podía creer, iba a participar en una operación policial. Había pasado de ser sospechoso a ser el posible salvador de María. “¡Toma ya! ¡Toma ya!”, gritaba. Sería el nuevo héroe del pueblo y sus hijos podrían presumir de padre en el cole. Sánchez contempló atónito toda la escena desde el umbral de la puerta ¿Había oído bien? ¿La inspectora había propuesto a su hijo que se fuera con ella a Formentera a buscar a María? Sánchez estalló y gritó:

—¡Júnior, para! Para ya de hacer el idiota. Llama ahora mismo a la inspectora y dile que no puedes ir.

—¡Papá, qué dices! ¿Qué le voy a decir, que no me dejas ir o qué?

—Dile lo que quieras, pero tú no vas a ir a Formentera y punto. Coño, Júnior, que es muy peligroso. No puedes jugar a hacer de policía.

—Ay papá, déjame en paz, que no tengo trece años, ya soy mayorcito.

—Mayorcito sí, pero inconsciente también. ¡Junior, Juniorrrrr! Que te pierden las mujeres, que te pierden las mujeres, ¡coño! ¡Y encima tienes dos hijos que cuidar, cojones!

Júnior hizo caso omiso a su padre y siguió todo el día en una nube y entusiasmado con la llamada de su Laurita. Creía que tenía posibilidades y que lo de Formentera había sido la señal que le faltaba para confirmarlo.

\*

Después de varios intentos fallidos que le llevaron a Laura a expresar al máximo su lista de confidentes, por fin, consiguió contactar con alguien que alardeaba de tener línea directa con la familia Chen Zhou. La fuente no parecía muy fiable, pero era la única que había podido conseguir en un periodo tan breve de tiempo. La inspectora decidió probar suerte y le mandó un mensaje de texto: “María Surinyach está viva pero corre peligro y necesitamos vuestra

ayuda para rescatarla”. Treinta segundos después, sonó el móvil de Laura a todo volumen. No se lo esperaba, tiró el vaso con los restos de café con la mano sobre su escritorio al intentar contestar rápido al teléfono.

—¿Hola? —preguntó incrédula Laura por la inmediatez de la reacción al mensaje.

—Zhao, Zhao Chen Zhou —dijo el señor Zhao, nombre chino que significa “por encima y más allá de todo”.

—Señor Chen Zhou, muchas gracias por responder a mi mensaje.

—¿Qué quiere usted? —preguntó Zhao, intentando hablar en español.

—Somos de la policía y queremos que nos ayude a encontrar a María Surinyach.

—Usted no ser la primera que llama.

A la inspectora le costó entenderse con el magnate asiático, aunque paso a paso fue conectando palabras y descubrió que habían puesto precio a la cabeza de María. Los secuestradores exigían al señor Chen Zhou 50 millones de euros si quería volver a verla con vida y la única condición que pudo negociar con ellos fue que la entregarían en territorio chino. La inspectora no se lo podía creer, sus temores eran ciertos. Joan y Raquel habían decidido ir por la vía rápida y buscar nuevas vías de financiación para su vida en la sombra. Según Laura, eso confirmaba su teoría de que los secuestradores habían fallado a quienes les habían contratado para simular la muerte de María, y ahora solo les quedaba venderla a aquellos que la querían viva. Laura aseguró a Zhao que no cesarían en el intento de encontrarla y que, con su ayuda, la rescatarían de sus captores. El magnate al despedirse, dijo que María era como una hija para él y que colaboraría con la policía. No quería volver a sentir la impotencia y el desamparo que sufrió cuando el 15 de agosto se enteró por los periódicos que había perdido a su “hija española”, como él la llamaba cariñosamente.

## VIERNES 25 DE AGOSTO

Viladrau amaneció tranquilo, la presión mediática había menguado y la normalidad se adueñaba del pueblo como un velo de humo. Las rencillas entre veraneantes y lugareños volvían a su nivel habitual y todos parecían haber asumido que jamás volverían a ver a María Surinyach; todos menos un Júnior excitadísimo que se iba a una misión a Formentera.

\*

Eran las ocho de la mañana, los inspectores quedaron para desayunar y Laura siguió intentando convencer a Luis.

—Piensa que Júnior conoce la isla, la casa y a María. Aunque su aspecto haya cambiado él podrá identificarla. Tú y yo no hemos visto nunca a la verdadera María.

—Que sí, que estoy de acuerdo. Además yo necesito localizar al vagabundo para interrogarlo. Ya lo hablamos ayer; pero te recuerdo que Júnior es un civil, no lo olvides. Te ruego que no lo expongas a una situación de peligro.

—Descuida, solo haremos tareas de reconocimiento. La suerte es que él también conoce a todo el personal de servicio y nos puede facilitar el acceso a la mansión.

—¡Huy! Laura, no te embales. No sabemos si Joan y Raquel la tienen secuestrada. Pueden ir armados y ya han demostrado que han matado antes.

—Tendré cuidado, no te preocupes.

—Llámame a la mínima que no lo veas claro. No sabemos de qué son capaces. Si os descubren y se ven amenazados te la pueden liar. Y ya lo sabes, si es necesario, no dudes en pedir refuerzos. No te hagas la valiente, que te conozco.

—Tranquilo, Luis. Solo haremos unas preguntas y tantearemos el terreno. En breve me volverás a tener aquí incordiándote con mis teorías conspiratorias.

—Márchate ya, que me estoy poniendo nervioso y al final perderás el avión por mi culpa.

Después de dar un abrazo a su compañero, cogió un taxi y llegó con el tiempo justo al aeropuerto. El embarque ya había empezado y Júnior la estaba esperando nervioso y preparado, con el DNI y el billete en la mano, delante de

la puerta 34 de la T1. Se saludaron tímidamente y se pusieron a la cola.

—Perdona que haya llegado tarde —dijo Laura resoplando.

—No, no, tranquila.

—¿Y los niños? ¿Los has dejado con tus padres?

—Con mi padre, mi madre murió el año pasado.

—Lo siento mucho —dijo Laura.

—Gracias, a todos nos cogió por sorpresa. Fue una gran pérdida, mi madre era un ángel. A mis hijos les encanta estar con su abuelo y él se desvive por ellos. Y tú, ¿tienes hijos?

—¡Huy, hijos! De momento, no. Ya sé que no se puede comparar, pero tengo perros.

—¿Perros?

—Sí, dos pastores alemanes: Mulder y Scully.

—¡Qué bueno! Como los agentes de Expediente X. Me encantaba la serie. Yo siempre he querido tener perro, pero mi padre dice que huelen mal y llenan la casa de pelos.

—Un poco de razón tiene, pero yo no podría vivir sin ellos —dijo Laura mientras entregaban las tarjetas de embarque.

Sesenta minutos después aterrizaban en el aeropuerto de Ibiza y cogían un taxi hasta el puerto. Una vez allí, subieron a bordo del primer ferry disponible dirección a Formentera. Minutos antes de avistar el puerto de la Savina, el barco pasó muy cerca de la isla de S'Espalmador y Júnior le mostró dónde estaba la mansión Surinyach. Al llegar, Laura se adelantó y bajó por la pasarela a toda prisa para ser la primera en la cola de la empresa de alquiler de motocicletas. Firmó el contrato sin leerlo, le dieron dos cascos y las llaves del *scooter* con la matrícula escrita en el llavero. Le entregó uno de ellos a Júnior y le preguntó:

—¿Qué tal se te da ir en moto de paquete?

—Fatal. En Viladrau siempre era yo el que conducía y las chicas iban detrás.

—¿Chicas? ¿Más de una?

—Bueno, no. Quería decir la chica.

—Ya te había entendido. ¿Entonces tú siempre estás al mando?

—No, es eso. Es que me gusta conducir.

—Ah, ¿que las chicas conducen mal, entonces?

—No, no. Ostras creo que cada vez la estoy cagando más.

—Tranquilo, te estaba tomando el pelo. Va, ponte el casco que nos vamos



—dijo Laura dando unas palmaditas al asiento de la *scooter*.

La inspectora puso rumbo a Platja de Ses Illetes. En el avión, Júnior le había explicado que la única manera de llegar a la isla de S’Espalmador era en barca o bien andando por el mar cruzando por el paso de Es Trucadors, estrecho que une Formentera con S’Espalmador. Cuando había marea baja se podía cruzar a pie, pero las fuertes corrientes hacían que fuera muy arriesgado.

Veinte minutos después, dejaron la moto entre las más de 250 *scooters* que había en el abarrotado parking ubicado frente al chiringuito de Es Ministre. Continuaron a pie y a los pocos segundos de pisar la arena blanquecina de la idílica playa, Júnior se topó con una cara que le resultó muy familiar. Giró la cabeza un par de veces para asegurarse y corrió hacia él para preguntarle:

—¿Esteban? Eres Esteban, ¿no?

—Perdona, creo que te equivocas —contestó el supuesto Esteban sin mirarle a la cara.

—Tenía mis dudas, pero ahora que te oigo hablar estoy seguro de que no me equivoco.

—Perdona, no me interesa, tenga prisa.

—¡Esteban, coño! No te vayas. ¡Mírame! ¿No te acuerdas de mí? Soy el exnovio de María —dijo Júnior agarrándole del brazo para que no se fuera.

—¡Calla!, aquí no estamos a salvo —dijo un Esteban agresivo zafándose del brazo.

—Tranquilo, Esteban, tranquilo. Me estás asustando. ¿A salvo de quién?

Laura, que había escuchado toda la conversación, decidió intervenir.

—Señor Esteban, soy la inspectora Laura Rodríguez de los Mossos d’Esquadra.

—Esteban, por favor, confía en nosotros. Me conoces, sabes que soy buen tío. Ella es policía y estamos aquí para ayudar a María, te lo prometo —añadió Júnior señalando a Laura.

—Está bien, pero aquí no. Nos vemos en “El Pirata” en veinte minutos —dijo Esteban.

—¿El Pirata? De acuerdo, sé dónde está.

Júnior le explicó a Laura que Esteban era el masovero de la mansión Surinyach y un hombre de total confianza de la familia. Al llegar, él ya les estaba esperando sentado en la última mesa del fondo. Pidieron tres claras, una con cerveza sin alcohol para la inspectora, y Esteban empezó a hablar.

—La señorita María llegó el 15 de agosto. Estaba muy rara, físicamente

muy cambiada y como triste, mustia. Nos pidió que no anunciáramos su llegada a nadie, ni a sus padres, y que no habláramos de su presencia en la isla. También nos dijo que no hiciéramos caso de los periódicos que solo decían mentiras. Pasaron los días, ella seguía deprimida, prácticamente no salía de su habitación, pero todo estaba tranquilo en la casa. Hasta la noche del sábado, que...

Esteban empezó a tartamudear y las manos le temblaban sin control. Júnior se levantó y se sentó a su lado para tranquilizarlo pasándole el brazo por detrás de los hombros. El masovero se lo agradeció, dio compulsivamente diez pequeños sorbos seguidos al vaso de clara, se frotó los ojos con las dos manos y siguió con su relato.

-Todos nos habíamos acostado cuando, de repente, dos encapuchados vestidos de negro entraron por sorpresa en la mansión, sin hacer ruido, sin que saltaran las alarmas. Uno de ellos nos despertó a mi mujer y a mí, a punta de pistola, y nos llevó al salón principal. Allí estaban ya el jardinero, la cocinera y la señorita María tumbados en el suelo boca abajo. Nos obligaron a tumbarnos con ellos y nos ataron los pies y las manos con bridas de plástico.

—¡Joder Esteban, qué susto! ¿Os hicieron daño? —preguntó Junior.

—No, pero nos apuntaban con sus armas. Nos quitaron los teléfonos móviles y cortaron las comunicaciones de la mansión con el exterior. Jamás nos dejaron solos, hasta nos acompañaban al baño y nos obligaron a dormir juntos en el salón todas las noches. Fue horrible, mi mujer no paraba de llorar.

—¿Noches? ¿Cuántos días os tuvieron así? —preguntó Laura un tanto desconcertada.

—Cinco noches hasta que a la mañana del sexto día...

—¿Hasta el jueves? Pero si eso fue ayer. ¡Qué animales! Perdona, sigue... ¿Qué pasó el jueves? —preguntó Júnior.

—Ayer por la mañana oímos un ruido muy fuerte y nos asustamos. Pensamos que la casa se venía abajo. Ellos, en cambio, se pusieron firmes, cogieron a la señorita María del brazo y salieron de la casa. Antes de partir nos volvieron a amenazar diciendo que nos tendrían vigilados y que no llamáramos a la policía porque lo sabrían y se encargarían personalmente de matarnos a todos.

—¿Qué tipo de ruido? —preguntó Laura con mucho interés.

—Creemos que se trataba de un helicóptero, pero no llegamos a verlo. No nos atrevimos a salir de la casa y hasta la noche no nos cortamos las bridas por si volvían. Aunque hoy he salido porque ya no nos quedaba absolutamente nada de comer. Ni una triste lata de atún en la despensa, nada.

—Perdona que te lo vuelva a preguntar, pero has dicho que eran dos. ¿Chico y chica? —insistió la inspectora.

—Sí, después de amenazarnos la primera vez con matarnos y comprobar que no oponíamos resistencia, se quitaron el pasamontañas y no se lo pusieron de nuevo.

—¿Sabes sus nombres?

—No, pero María parecía conocerlos.

Después de escuchar a Esteban, la inspectora no dudó que la pareja de secuestradores eran Joan y Raquel. Aprovechó para acercarse a la barra a pagar la cuenta y dejó un momento solos al masovero y a Júnior recordando viejos tiempos. Ella necesitaba pensar a solas y elaborar una de sus complejas teorías. Empezó a repasar las fechas y cayó en la cuenta que los dos sucesos tenían que estar relacionados. El 19 de agosto fue precisamente el mismo día que los buzos encontraron, en las profundidades marinas, el cuerpo Aleksandra Boyanov, la supuesta María. El éxito de la misión de Joan y Raquel dependía de que, a los ojos de todos, la pequeña de los Surinyach estuviese muerta y enterrada. Al hallar el cadáver, su reputación quedaba completamente en entredicho. No habían acabado el trabajo y no les pagarían si no lo finalizaban con garantías. Necesitaban tener a María bajo su custodia para cobrar un rescate. El Señor Chen Zhou había confirmado parte de las suposiciones de la inspectora, 50 millones a cambio de entregar a María viva y en territorio chino. Si los chinos eran los únicos interesados en pagar el rescate, la pequeña de los Surinyach ya debía estar camino del Lejano Oriente. ¿Pero realmente eran los únicos postores? ¿Y su familia? ¿No habían recibido ellos ninguna llamada de los secuestradores?, se preguntó Laura. Pagó la cuenta y salió al exterior del chiringuito para llamar a la matriarca.

—Residencia Surinyach —contestó la asistente.

—Soy la inspectora Laura Rodríguez, necesito hablar con la señora Surinyach.

—Un momento, por favor —esta vez la asistente no dudó en pasarle el teléfono a la matriarca.

—Inspectora Laura, iba a llamarla. Estamos muy asustados —mintió la matriarca,

—¿Qué pasa? ¿Están todos bien? —preguntó Laura sorprendida.

—Sí, nosotros sí; pero hemos recibido la llamada de los secuestradores de María.

—¿Les han pedido un rescate? ¿Les han amenazado?

—Sí, 50 millones de dólares en efectivo, y solo tenemos hasta el domingo para reunir el dinero si queremos recuperar a nuestra hija. Y, eso no es todo, inspectora.

—¿Qué más les han pedido?

—Nos han amenazado que si no cumplimos, se la entregarán a los chinos. ¡A los chinos! —exclamó la matriarca.

—¿Al señor Chen Zhou, se refiere?

—Sí: ese personaje que quería fusionarse con nuestra empresa. Estoy segura de que todo es culpa suya.

—¿Han fijado ya el punto de intercambio? —preguntó la inspectora dejando a un lado las acusaciones al bando contrario.

—No, dijeron que lo concretarían poco antes de que finalizara el plazo.

—Señora Surinyach, por favor, manténgame informada de cualquier novedad. Si vuelven a llamarla, avíseme enseguida. Nosotros estamos avanzando en la investigación y creemos firmemente que podremos dar con ellos antes de que expire el plazo.

—Eso espero, inspectora. Estaremos en contacto —se despidió a matriarca.

Al colgar, Laura pensó que era positivo que los secuestradores jugaran a dos bandas, significaba que necesitaban el dinero y que mantendrían a María con vida. Repasó mentalmente la conversación con la matriarca y se arrepintió de no haberle hecho muchas más preguntas ¿Por qué había esperado para avisarles de la llamada de los secuestradores? ¿Qué día la llamaron? ¿Reconoció su voz? Mientras Laura seguía absorta en sus pensamientos, Júnior y Esteban salieron a buscarla.

—Cuídate mucho, Esteban; espero volver a verte pronto —dijo Júnior dándole un abrazo.

—Descuide, señorito Júnior. Perdona por lo de antes.

—No hay nada que perdonar. Nos has ayudado mucho y somos nosotros quienes tenemos que darte las gracias.

—¿Les gustaría pasar la noche en la mansión? A los señores Surinyach seguro que no les importará y a nosotros nos daría la tranquilidad que necesitamos —preguntó Esteban en un último intento de retenerles.

—Esteban, nos encantaría pero no podemos —dijo Junior mirando a los ojos a la inspectora.

—No, no podemos; pero me comprometo personalmente a hablar con la policía local de Formentera y los Servicios Marítimos de la Guardia Civil para garantizar su seguridad —dijo la inspectora estrechándole la mano.

—¿Júnior, puedes esperarme en la playa mientras llamo al inspector Luis Garriga y le pongo al día?

—Sí. ¿Quieres algo del bar o te puedo ayudar en algo? —preguntó Júnior encantador.

—No, gracias, estoy bien. Cuando acabe, voy a buscarte.

La inspectora llamó a su compañero y le explicó al detalle el encuentro con Esteban, el secuestro en la mansión de S'Espalmador y la conversación con la matriarca Surinyach. Antes de colgar acordaron que Luis investigaría las empresas de alquiler de helicópteros de Ibiza para corroborar las suposiciones de Esteban. Si eran ciertas, necesitaban dar con el piloto que aterrizó en S'Espalmador y se llevó consigo a María.

Laura alzó la vista y vio a Júnior bañándose en las increíbles aguas turquesas de Formentera. Bajó la mirada buscando el teléfono para seguir trabajando pero no pudo resistirse. Se quitó los shorts y la camiseta y corrió a darse un baño en ropa interior. Se acercó a Júnior, le salpicó con la mano, empezaron a jugar con el agua y perdieron la noción del tiempo. Júnior deseaba besarla y rodearla entre sus brazos, pero se contuvo. Aún no era el momento y pensó que un gesto fuera de lugar o un beso robado podría estropearlo todo y pondría a Laura a la defensiva. Al volver a la orilla para secarse al sol, la inspectora consultó instintivamente el móvil. Las seis de la tarde, diez llamadas perdidas de Luis, cinco mensajes de *whatsapp* con caritas naranjas y un aviso de la compañía aérea de que su embarque a Barcelona empezaba en una hora. Aún mojada, se vistió rápidamente y metió prisa a Júnior para que hiciera lo mismo. Fueron corriendo a por la moto pero todas eran iguales y les costó dar con la suya. Laura puso la llave en el contacto, apretó el botón de encendido con el pulgar derecho pero no arrancó ni a la primera ni a la segunda ni a la tercera. La batería fallaba. Nerviosa, Laura siguió insistiendo, y al final, con el enésimo golpe de gas, el motor se puso en marcha sacando una densa humareda negra por el tubo de escape. La inspectora iba tan acelerada que a los pocos metros de arrancar tuvo que frenar en seco. Se había dejado a Júnior en el parking de Es Ministre. Se volvió y con la mano le hizo señales para que corriera hacia ella. Con Júnior ya en la moto, inició una carrera contra el reloj por el camino de arena de playa y piedras que les tenía que devolver a la carretera y de allí al puerto. Al llegar, guardaron los cascos bajo el asiento, Laura tiró las llaves en el buzón de devoluciones de la casa de alquiler de motocicletas y subieron al ferry. La inspectora aprovechó el trayecto para llamar a Luis y disculparse por los

minutos de desconexión.

—Luis, perdona, he dejado el móvil en la playa mientras me daba un baño rápido. Ni te imaginas el color del agua y el calor que pega. ¿Has tenido suerte con el vagabundo?

—No lo he podido localizar, pero no me cambies de tema. Pensaba que ibas a Formentera a trabajar y no de vacaciones —contestó Luis molesto.

—¿Te has enfadado? Ha sido un momento...

—Un momento que ha durado veinte minutos como mínimo. Bueno, escucha; he estado investigando y tenías razón. He encontrado una empresa de alquiler de helicópteros de Ibiza y... ¿a qué no adivinas quién los contrató?

—¿Tomás Tremosa?

—¿Tomás? No, una empresa del señor Chen Zhou. El helicóptero en cuestión les llevó hasta Cannes.

—¿Cannes? La condición era entregarla en territorio chino. Bueno, quizá hicieron escala en Francia para coger un vuelo desde allí a China.

—A mí también me ha extrañado, pero es todo lo que he podido encontrar.

—Llamaré al señor Zhao para pedirle explicaciones. Si ellos tienen a María tenemos que lanzar una orden internacional contra ellos.

—Laura, cuidado con la familia Chen Zhou. Parece que nos equivocamos al pensar que estaban de nuestro lado.

—Descuida. Te llamo en un rato con lo que haya averiguado —se despidió Laura.

La inspectora seguía centrada en la investigación y olvidó que Júnior estaba sentado a su lado mirándola e imaginando planes de futuro como pareja. Laura envió de nuevo un mensaje de texto y, segundos después, recibió la llamada del señor Chen Zhou. Al descolgar, empezó a avasallarle y a exigirle explicaciones, pero él se defendió argumentando que su prioridad era María y que si ello suponía negociar con los secuestradores al margen de la policía lo haría de nuevo. Después del rifirrafe inicial y ya más calmados los dos, el señor Chen Zhou le pasó el teléfono a su asistente personal que hablaba un perfecto español para que le explicara a la inspectora lo que había sucedido en realidad:

—Hola, soy el asistente personal del Señor Zhao Chen Zhou. Inspectora Laura ¿verdad?

—Sí, gracias por atenderme. ¿Usted pude explicarme lo del helicóptero? —preguntó incrédula la inspectora.

—Sí, lo encargué yo mismo. El helicóptero fue una exigencia improvisada

que debía inclinar la balanza hacía nuestro bando, aunque a la postre, se nos giró en contra. Los secuestradores cambiaron las condiciones para acelerar el proceso y no esperar a la fecha límite del domingo 27 de agosto pactada de antemano con Montse Surinyach.

—Y, ¿cuáles eran las nuevas condiciones?

—Con el nuevo acuerdo era el señor Chen Zhou quién ganaba la partida. Les entregaba los 50 millones en efectivo y una vía de escape de la mansión de S'Espalmador, y ellos, a cambio, le entregarían a María la noche del jueves 24 de agosto a las puertas del Casino de Montecarlo.

—¿Dentro del Casino?

—No, el intercambio se debía efectuar al aire libre, en la Plaza del Casino, a la vista de todo el mundo para garantizarles que nuestros “amigos” de la tríada no intervendrían ni tomarían represalias contra ellos. Pero la transacción nunca llegó a producirse porque el helicóptero llegó a Cannes sin pasaje.

—¿Sin pasaje? —preguntó Laura ansiosa.

—El piloto no pudo evitarlo. Una pistola en la sien durante todo el trayecto le obligó a aterrizar en un helipuerto situado en una de las cubiertas de un lujoso yate amarrado en la marina de Saint-Tropez.

—¿Le dijo el nombre del yate?

—No. Ni al aterrizar ni al despegar pudo ver el nombre del barco ni la bandera de popa. Era un piloto comercial que solo pensaba en salvar su vida y llegar lo antes posible al aeropuerto de Cannes-Mandelieu.

—¿Han vuelto a tener noticias de ellos?

—No, esa es precisamente la razón por la cual que el señor Chen Zhou desea colaborar con ustedes. Está desesperado por recuperar a María.

—Entiendo. No dude en ponerse en contacto conmigo si vuelve a tener noticias de los secuestradores —se despidió la inspectora.

Después de colgar, Laura llamó a su compañero para ponerle al día y pedirle que contactara con la Gendarmería Nacional Francesa y con la Policía Portuaria de Saint-Tropez. Necesitaban que sus homólogos franceses les ayudaran a localizar a los propietarios del mega yate y a esclarecer su posible implicación en el caso. Júnior había escuchado todas las conversaciones de Laura y decidió intervenir.

—Laura, perdona que te moleste. Ya sé que todo lo que has dicho es confidencial, pero creo que te puedo ayudar —dijo Júnior.

—¿Has escuchado mi conversación?

—Lo siento yo, ...

—Venga, dime.

—Creo que sé de quién puede ser el yate.

—¿Ah sí? ¿De quién?

—María solía ir cada verano de compras a las boutiques francesas del puerto de Saint-Tropez y volvía con unos modelitos de alta costura que eran la envidia de todas las pijas de Viladrau.

—Vale. María iba de compras a Saint-Tropez, pero eso qué tiene que ver.

—Se quedaba a dormir en el mega yate de su abuelo.

—Ostras, Júnior. Perdóname tú a mí. He sido muy borde y no era mi intención —se excusó la inspectora.

—No pasa nada. He creído que quizá tenía alguna relación y prefería decírtelo.

—Muchísimas gracias. Es cierto: demasiada coincidencia para ser una casualidad. Aviso ahora mismo a Luis para que investigue si el yate de la familia Surinyach sigue amarrado en el puerto de Saint-Tropez —dijo Laura animada.

Después de la conversación con Júnior, Laura se quedó pensando en que si el yate pertenecía realmente a la familia, ¿qué sentido tenía para los secuestradores volver al bando Surinyach cuando ya habían convencido al señor Chen Zhou de que les entregara los 50 millones a cambio? O Joan y Raquel no confiaban en la palabra de la mafia china o los Surinyach habían ofrecido una cantidad superior. Cualquiera de las dos opciones le servía a la inspectora para explicar el repentino cambio de planes de los ex agentes del CNI.

El ferry atracó a las siete en punto en el puerto de Ibiza, Júnior y Laura bajaron deprisa por la pasarela y subieron al primer taxi libre. Durante el corto trayecto al aeropuerto Laura siguió abstraída cuadrando fechas y contrastando relatos de la matriarca y del señor Chen Zhou mientras Júnior miraba por la ventana y pensaba cuál debía ser su siguiente paso para acercarse a la inspectora.

—¡Lo tengo! —gritó la inspectora sin darse cuenta que lo había dicho en voz alta.

—¿Qué tienes? —preguntó Júnior sorprendido.

—Nada, cosas mías; creo que este viaje me ha ayudado a entender muchos aspectos del caso —dijo Laura enigmática.

La inspectora había elaborado su compleja versión de toda la trama: Los



Surinyach necesitaban simular la muerte de María para que no se ejecutara la operación Surinyach-Chen Zhou. Debían frenar a su hija y demostrarle que no podía salirse con la suya. Hacerla desaparecer era la única manera de que la junta general no se celebrase y encargaron la misión a la pareja de ex agentes del CNI, Joan y Raquel. Estos ejecutaron el plan a la perfección fingiendo la muerte de María y escondiéndola en S'Espalmador pero la mala fortuna hizo que unos aprendices de buzo descubrieran el cuerpo de Aleksandra —la falsa María- durante una inmersión recreativa y arruinasen sus planes. Según la inspectora, cuando la matriarca se enteró, debió montar en cólera y se negó a pagar. Los ex agentes, desesperados, al ver que ya no serían recompensados por su trabajo y que no tenían ninguna otra fuente de ingresos, decidieron esconder a María. La retuvieron seis interminables días a la espera de que los Surinyach cumplieran con el trato inicial y que su dinero les permitiera empezar de cero en otro país. Pero el primer plazo venció. Al no obtener respuesta, ofrecieron a María al otro lado de la ecuación. El señor Chen Zhou no tenía problemas para conseguir dinero en efectivo de la noche a la mañana y les podía facilitar una vía de escape de la aislada mansión en Formentera. El helicóptero era el arma perfecta: les permitía presionar aún más a la familia Surinyach, subir el precio del rescate, demostrarles que sus amenazas eran ciertas y entregar a su hija a Zhao Chen Zhou si ellos no pagaban antes. De ahí el nuevo y definitivo plazo de 48 horas que le había confirmado la matriarca por teléfono. Los Surinyach habrían accedido a pagar más dinero y el helicóptero aterrizaría de urgencia en el yate de la familia en Saint-Tropez. Joan, Raquel y María estarían volviendo ahora hacia territorio español en lugar de dirigirse al Casino de Montecarlo como habían acordado para el ansiado reencuentro con el clan Chen Zhou.

La teoría se sostenía en la enmarañada cabeza de la inspectora pero tenía que convencer a Luis, encontrar pruebas y todo en menos de 44 horas y 45 minutos. Si vencía el plazo y no eran capaces de interceptar a los secuestradores, sería demasiado tarde. No les podrían acusar de matar a Aleksandra Boyanov y los Surinyach cerrarían filas y se negarían a admitir que habían pagado un rescate para recuperar a su hija. La ocultarían de nuevo y aprovecharían la primera ocasión para sacarla del país. La argumentación era plausible, aunque Laura era consciente que aún tenía que encontrar la respuesta a muchas preguntas: ¿Por qué el logo de los tremosa estaba en el cuerpo de la falsa María? ¿Cómo contactó la familia Surinyach con Joan y Raquel? ¿De dónde sacarían los Surinyach más de cincuenta millones de euros

sin dejar rastro ni levantar sospechas?

El taxi les dejó en el abarrotado aeropuerto de Ibiza a menos de cinco minutos para el cierre del vuelo a Barcelona. Júnior cerró la puerta del coche y salieron corriendo como galgos de competición para llegar al control de seguridad. Laura usó sus credenciales para saltarse la cola y poder seguir a la carrera hasta la puerta de embarque. La inspectora cabalgaba por la terminal y a Júnior le costaba seguir su ritmo endiablado. A ninguno de los dos se les ocurrió comprobar las pantallas de información. Por inercia, se dirigieron a la misma puerta donde horas antes les había dejado el vuelo de ida, pero allí no había ningún otro pasajero esperando.

—¡Mierda, lo hemos perdido! —exclamó Laura tirando el bolso al suelo.

—Perdone, ¿van a Barcelona? —preguntó una azafata del mostrador anexo.

—Sí, pero parece que no hemos llegado a tiempo —contestó Laura.

—Tranquila, el avión va con retraso y aún no ha aterrizado. No lo han perdido: han trasladado el embarque a la puerta 4 y empezará en 30 minutos —dijo la azafata.

—¡Ostras! Muchas gracias —dijo la inspectora volviéndose para buscar a Júnior, que se había quedado rezagado, y darle la noticia.

Laura aprovechó el tiempo extra de espera para seguir colgada del teléfono y Júnior se fue a explorar las tiendas de la terminal. Como apenas habían comido, decidió improvisar un refrigerio y sorprender a su Laurita. Volvió a los diez minutos con una sonrisa de oreja a oreja: dos sándwiches vegetales, una bolsa de patatas, una ensaimada para sus hijos, un Toblerone para su padre y un par de aguas Évian. La inspectora se sorprendió al verlo tan cargado y dejó el teléfono para ayudarle. Hambientos, devoraron los bocadillos mientras compartían las patatas. Laura sonreía agradecida mientras Júnior asentía embobado.

Durante el vuelo, Júnior consideró iniciar algún acercamiento hacia Laura, como rozarle la mano por casualidad, pero no se atrevió por temor a sentirse rechazado. La suerte no estuvo de su lado, pues al bajar del avión, la inspectora recibió un mensaje de su novio que la estaba esperando en la zona de llegadas. Júnior se despidió tímidamente de ella y se fue cabizbajo con la ensaimada de cabello de ángel y el Toblerone bajo el brazo hacia la máquina de tickets del parking del aeropuerto. Pensó en ella durante todo el trayecto a Viladrau. Estaba ofuscado y no quería reconocer que el motivo principal del viaje era María Surinyach y no Laura Rodríguez. Se sentía orgulloso de haber contribuido a la investigación policial, pero decepcionado por no haber

aprovechado la ocasión para acercarse más a ella. A su llegada al pueblo, Sánchez le estaba esperando despierto y preocupado en el salón de casa. Cuando abrió la puerta fue a abrazarle.

—Papá, papá que estoy bien; que solo he ido a Formentera.

—Bueno, eso es lo que tú te crees. Has ido a una misión y podía ser peligrosa.

—Os he traído una tontería —dijo Júnior para cambiar de tema.

—¡Ostras! ¡Toblerone de chocolate negro, con lo que me gusta! No vale hacer trampa y comprar a tu padre con chocolatinas.

—También he traído una ensaimada. Eso ya es para nota, ¿no?

—Va, tira, tira, qué morro tienes... —dijo Sánchez dándole una cariñosa colleja.

\*

Laura no paró de darle vueltas, durante el vuelo, a cómo lograrían localizar a María e interceptar a los secuestradores. Aprovechó que Ricard no le daba mucha conversación y, en el coche, llamó a Luis para ver si la calmaba y le contaba novedades sobre el caso. Tal como había apuntado Júnior, el barco había pertenecido a los Surinyach pero, llevaba más de dos años en venta. Lo habían traspasado a una sociedad que a su vez lo alquilaba para fiestas y eventos exclusivos en Saint-Tropez para poder sufragar los gastos de mantenimiento y amarre mientras no encontraban comprador. El aterrizaje del helicóptero en el *Adrallus III* pasó inadvertido ya que el mes de agosto es temporada alta y hay mucho movimiento en el puerto. Luis añadió que los secuestradores, junto con María, huyeron supuestamente por tierra dirección a España y aún no habían sido capaces de localizar el vehículo. Los inspectores acordaron que sería conveniente establecer controles en los principales puntos de la frontera catalano-francesa: Prats de Molló, Le Perthus, Bourg-Madame/Puigcerdà y la estación de tren de Portbou. Era imperativo darles caza y fijar un nuevo punto de intercambio con los Surinyach que los Mossos pudieran controlar al cien por cien. Luis se encargaría de convencer al inspector jefe y al comisario para que destinasen más efectivos al caso. Si la intención de sus superiores era que lo resolvieran con éxito y en tiempo récord, no podían negarse.

Antes de colgar, Luis le explicó los detalles que había descubierto sobre Joan y Raquel. Según sus compañeros, la pareja de secuestradores la

formaban unos agentes modélicos y extremadamente profesionales. Raquel era lista y audaz, pero con una curiosidad desmedida que la había llevado a descubrir lo que no debía. Destapó la implicación del actual director en lo que hubiese representado el mayor escándalo de blanqueo de capitales y manejo de información privilegiada del país. Convenció a su marido de que tenían que hacer algo al respecto y empezaron una campaña contra el corrupto directivo. Su objetivo era conseguir la promoción de Joan a director general del CNI y devolver la integridad y honestidad a la institución. No tuvieron en cuenta que varios de sus compañeros de más alto rango y del gobierno central estaban implicados. Su temeraria acción se volvió en su contra y fueron ellos los únicos damnificados. Expulsados y condenados al anonimato de por vida.

—Bueno, no me enrolló más. Nos vemos mañana. Descansa —dijo Luis.

—Lo intentaré. Ha sido una jornada intensa: me he pasado el día corriendo por los aeropuertos. Estoy agotada, pero ya sabes que mi mente no para ni un minuto.

—Me alegro que hayas vuelto y que ya estés dando guerra con tus teorías conspiratorias, pero ahora déjalo hasta mañana. Yo sigo un rato más trabajando para la reunión.

—Muchas gracias, Luis —se despidió Laura girando las llaves para abrir el portal de su casa.

## SÁBADO 26 DE AGOSTO

Luis consiguió la ansiada reunión con el inspector jefe y el comisario para que le aceptaran destinar más efectivos al caso Suinyach. El completo informe que preparó la noche anterior y la nueva información de última hora precipitaron su aprobación. La gendarmería francesa les avisó de una denuncia de robo en el puerto de Saint-Tropez: había desaparecido una furgoneta de reparto que realizaba entregas diarias a los mejores restaurantes de la zona. Lenta, vieja, pero fácil de sustraer y de arrancar, pensó Luis. Si no hubiesen denunciado el robo, era la elección perfecta para que los secuestradores pasaran desapercibidos por las carretas francesas. La denuncia, en cambio, les había marcado con una diana en la espalda y era cuestión de horas que los localizaran.

Después de sopesar pros y contras, Luis y Laura tuvieron el mismo presentimiento: el punto fronterizo escogido por Joan y Raquel para regresar a España sería el de Bourg-Madame. Descartaron la estación del AVE de Figueres-Vilafant y la de trenes de media distancia de Portbou por ser opciones demasiado arriesgadas. Cualquiera podía reconocer a María en el vagón durante el trayecto o en el andén al llegar, y avisar a la policía. Las posibles estaciones de origen, en Francia, tampoco habían avisado de la localización de la furgoneta. Le Perthus-La Junquera sería el paso más sencillo, aunque también el que estaría más vigilado por la policía debido a la escalada de atentados terroristas de los últimos días. Prats de Molló reunía las condiciones idóneas, pero la carretera estaba cerrada temporalmente por obras de reasfaltado y enseguida la descartaron. Convencidos de su elección, llamaron a sus compañeros de la dotación de los Mossos d'Esquadra de Puigcerdà y a la gendarmería francesa para que les dieran apoyo logístico en el antiguo punto fronterizo de Bourg-Madame. Luis, precavido, mandó una patrulla a Prats de Molló para cubrirse las espaldas.

Los inspectores llegaron a las doce del mediodía a Bourg-Madame y esperaron pacientemente conversando del caso con sus compañeros. No fue hasta una hora más tarde que detectaron movimiento entre la dotación de gendarmes franceses. Uno de ellos corrió hacia Luis para informarle de primera mano: un helicóptero de tráfico francés había detectado la furgoneta de reparto robada en la N116 que se dirigía hacia ellos. Esta tardó apenas diez

minutos en alcanzar el puente sobre el río Reür que separa geográficamente a las dos naciones. Al verla aparecer, los agentes encendieron las sirenas de los coches patrulla y Luis les hizo señales para que se detuvieran inmediatamente en el puesto fronterizo. El exagente del CNI pisó el acelerador e hizo caso omiso de las indicaciones del policía. Se saltó el control y empezó una trepidante persecución. La furgoneta contaba con un motor de escasa potencia, pero Joan la conducía como un temerario piloto de *rallies* y no tenía intención de detenerse. Los dos coches patrulla se acercaron e intentaron cerrarle el paso, pero Joan no se dio por vencido, los esquivó y exprimió al máximo el acelerador. En una curva cerrada de derechas, casi llegando al desvío del pueblo de Queixans, perdió el control del vehículo. Entró muy fuerte y el tren delantero empezó a derrapar de manera descontrolada, intentó un contra volante a la desesperada para enderezarlo, pero ya era demasiado tarde. El impacto era inevitable, solo le quedaba rezar y pisar el freno para minimizar daños. Soltó la mano derecha del volante para proteger instintivamente a Raquel con su brazo pero el choque fue brutal. El vehículo rompió las protecciones de la carretera y dio varias vueltas de campana en un campo arado hasta que se detuvo boca abajo. Luis y Laura corrieron hacia la furgoneta accidentada para socorrer a sus ocupantes. Al llegar, comprobaron que Joan y Raquel, inconscientes, se habían llevado la peor parte y que su vida corría peligro. La inspectora consiguió sacar a María Surinyach del portón trasero. Las cajas de fruta habían mitigado el impacto. Se encontraba aturdida por el golpe y con una herida en la pierna derecha. No podían llevarla a un hospital si querían mantener oculta su identidad, así que la trasladaron rápidamente al coche patrulla. Pensaron que no podían perder la oportunidad de resolver el caso entregándola antes de tiempo a su familia.

Luis, a su vez, se encargó de pedir asistencia médica para los secuestradores y de asegurarse que ninguno de los efectivos desplazados diera parte de lo allí ocurrido hasta nuevo aviso. El accidente tenía que ser silenciado y no debía salir en la prensa local si querían mantener la ventaja táctica. Pidió a sus compañeros de Puigcerdà que escondieran el vehículo en un taller de confianza y que retrasaran la burocracia para entregarla en unos días a las autoridades francesas. Su propietario podría estar ansioso por recuperarlo, pero el vehículo ya no tenía ningún valor. Se trataba de un siniestro total. Minutos después, llegó la ambulancia y recuperaron los cuerpos con vida de Joan y Raquel y los trasladaron de urgencia al Hospital Transfronterizo de la Cerdaña. El inspector se aseguró de que los mantuvieran

aislados y vigilados en todo momento. Siendo un activo tan valioso para el CNI, Luis sabía que vendrían a por ellos y que la única manera de lograr interrogarlos primero era mantenerlos ocultos hasta que despertaran. Los médicos prometieron que harían todo lo posible para salvarlos pero el primer parte sobre su estado general fue muy pesimista.

Laura se sentó junto a María en la parte trasera del coche patrulla. La pequeña de los Surinyach quería recostarse en los asientos, y Laura no le dejó, la incorporó y empezó a darle conversación para reanimarla.

—María, María. Soy la inspectora Laura Rodríguez, ¿puedes oírme? —dijo Laura moviéndole ligeramente el brazo con la mano e intentando que volviera en sí.

—María, vamos, despierta. ¿Puedes oírme? —repitió.

Esperó unos segundos y volvió a insistir al ver que no respondía.

—¿Puedes oírme?

María abrió los ojos y miró a Laura con espanto.

—Tranquila, soy de la policía, ya ha pasado todo —se apresuró a explicar la inspectora.

Después de estabilizar a los secuestradores, el médico de la ambulancia se acercó al coche patrulla a reconocer a María. Tras comprobar su estado de conciencia y su correcta respuesta a los estímulos, recomendó a Laura que durante dos horas la mantuviera despierta y le exigió que al más mínimo síntoma la trasladaran a un hospital. El doctor, aún sin estar convencido, pidió a un enfermero que le hiciera una primera cura de la herida de la pierna para que los inspectores pudieran llevársela.

María seguía sin hablar y parecía no entender nada. Solo asentía o negaba con la cabeza a las preguntas de la inspectora. Acababa de sufrir un accidente casi mortal y una policía le hablaba sin descanso. Laura podía entender que lo único la chica quería era dormir pero la inspectora no callaba, seguía y seguía dándole conversación para mantenerla despierta.

Veinte minutos después, Luis subió al coche y abandonaron el lugar del accidente dirección Barcelona por la Collada de Toses. Laura siguió en el asiento trasero atenta al estado de María durante todo el trayecto.

El plan inicial era retenerla en comisaría hasta pactar la “falsa” entrega con sus padres, pero al llegar a Vic, Luis cambió de idea. Decidió trasladar a María a una casa rural ubicada en el cercano pueblo de Tavèrnoles. Pensó que allí estaría segura, incomunicada y con vigilancia permanente. El dueño de la finca era voluntario de la Cruz Roja y podría encargarse de curarle la herida

de la pierna. En comisaría había demasiada gente que podía reconocerla y filtrar la noticia a los medios. Cogió un desvió de la carreta principal y después de tres kilómetros por un complicado camino de tierra y piedras llegaron a una preciosa masía de principios del siglo XX.

—Esperad un momento aquí, vuelvo enseguida —dijo Luis cerrando la puerta del coche.

—¿Xaaaaavi?, ¿Criiiiis? —gritó Luis mientras acariciaba a un nervioso pastor alemán que se había acercado a su encuentro.

—¿Luis? ¿Eres tú? —gritó incrédula Cristina desde la ventana del primer piso.

—Sí, soy yo. Siento presentarme así, pero necesito vuestra ayuda —dijo Luis señalando su uniforme de policía.

—Tranquilo, tú nunca molestas. Ahora aviso a Xavi que baje —dijo Cristina mientras daba voces a su marido por el hueco de la escalera.

Segundos después apareció Xavi por la puerta principal junto a otro perro de la finca.

—Me alegro de verte —dijo Luis abrazando a su amigo.

—Yo también, yo también. Pero ¿qué haces aquí con el coche patrulla? ¿Ha pasado algo?

—¡Ufff! Es complicado y no te puedo contar mucho, pero preciso que nos ayudes.

—Ya sabes que por ti haría lo que fuera.

—Necesitamos que escondas a alguien en tu casa hasta mañana. Solo será una noche. ¿Está libre el apartamento?

—Sí, está libre. Lo que me pides no parece muy difícil ¿Puedo saber quién es?

—María Surinyach.

—¿La de los periódicos? ¿Está viva?

—Viva y en el asiento trasero, aunque necesita de tus cuidados. Ha sufrido un accidente de coche.

—Joder, Luis, ¿estás loco o qué? La está buscando medio país.

—Por eso necesito que la escondas tú. Es perfecto, aquí nadie la encontrará.

—Ostia, Luis, no sé. Bueno, si has venido hasta aquí, y tú crees que es la mejor opción, no te lo voy a discutir. Veamos qué tiene. ¿Puede andar?

—Sí, está consciente, tiene una herida en la pierna derecha, pero creo que puede caminar.



—Oye, esto no te va a salir gratis. En la próxima salida, me quedo con tu cesto de setas a cambio. Tengas las que tengas, ¿eh?, sin trampas.

—¡Hecho! Gracias, tío —dijo Luis abrazando de nuevo a su amigo.

Acomodaron a María en un apartamento anexo a la construcción principal. Entró cojeando y se tumbó en el sofá. Xavier fue a la casa principal a por el botiquín. Volvió enseguida con todo lo necesario, limpió la herida con clorhexidina, la cerró con *steri-strips* y la cubrió con una gasa y esparadrapo para que no se infectase. Al acabar regresó a la masía para avisar a su mujer de que él se encargaría del primer turno de vigilancia. Luis y Laura iban a acompañarle, pero justo en el instante que los inspectores estaban a punto de cerrar la puerta, María habló por primera vez:

—Por favor, no me dejéis sola.

—No, claro que no —dijo Laura cogiéndole la mano y sentándose a su lado para tranquilizarla.

—No me entreguéis a mi madre. A mi madre no, por favor —dijo María suplicando.

—María, no te preocupes. No lo haremos, prepararemos un operativo para simular un intercambio. Lo tendremos todo controlado, estaremos a tu lado en todo momento. Necesitamos seguir con el plan si quieres que detengamos a tu madre —dijo Luis.

—Lo entiendo, pero quisiera que me ayudaseis a contactar con el señor Chen Zhou. Él se encargará de todo y me sacará de aquí.

—Lo siento, pero no puede ser —dijo Luis cortante.

El inspector, nervioso, pidió a Laura que saliera un momento fuera para organizarse. La inspectora antes de ausentarse, preparó un vaso de agua para María y salió escasos segundos después a hablar con su compañero. Encontró a Luis con el móvil en la mano alargando el brazo en busca de cobertura para llamar al hospital. No lo consiguió. Acordaron que volvería a Puigcerdà a comprobar personalmente el estado de Joan y Raquel y que intentaría interrogarles. Necesitaban confirmar que había sido la matriarca Surinyach quien les contrató. Laura se quedaría cuidando de María hasta que Luis volviera con noticias del hospital.

Una hora y cuarenta minutos después, el inspector llegó al parking del hospital y se sorprendió al ver que dos de los *mossos* que le habían ayudado estaban a punto de subir al coche patrulla para abandonar el lugar. Luis corrió para interceptarlos.

—¿Os vais? —preguntó Luis enfadado.

—Le hemos llamado más de diez veces pero no contestaba —se defendió uno de los agentes.

—No tenía cobertura y luego ya estaba en el coche, y... ¿Ha pasado algo? —preguntó el inspector.

—Sí. Él ha llegado muerto y a ella la están operando. Lo médicos están haciendo todo lo posible, pero no creen que salga de esta. Cualquier novedad nos avisaran enseguida.

—¡Mierda! ¡Mierda! —repitió Luis sin parar.

—El impacto fue muy fuerte y las medidas de seguridad de la furgoneta eran muy escasas —añadió el otro agente.

—Ya los teníamos, ¡joder! —gritó Luis dando un golpe de rabia con los dos puños sobre el capó del coche patrulla.

—Lo sentimos, sabemos que eran importantes para su investigación. Inspector, ¿le podemos ayudar en algo más?

—Sí, por favor, un último esfuerzo. Necesito que retraséis un día la búsqueda de sus familiares. Solo os pido 24 horas más.

—Descuide, no se preocupe, nosotros nos encargamos. Lo coordinaremos con el hospital.

—Muchas gracias por todo vuestro apoyo, trasladaré a la central vuestro excelente trabajo —se despidió Luis estrechando la mano de los dos agentes.

Antes de subir de nuevo al coche, el inspector llamó a Laura para informarle de lo ocurrido, olvidando la falta de cobertura en la masía. Luis estaba agobiado, necesitaba hablar con su compañera y trazar juntos los próximos pasos a seguir. Si el CNI se enteraba de que habían encontrado a sus ex agentes les pedirían explicaciones y ya podrían olvidarse del intercambio.

\*

En el apartamento, después de varias horas de silencio, María empezó a entablar conversación con Laura.

—Perdona, creo recordar que antes me has mencionado a Júnior. ¿Puede ser?

—Sí, lo siento ¿quizá te molesta hablar de él? ¿No acabasteis bien?

—No, no me molesta.

—Bueno, no sé si lo sabes, pero fue su padre quien encontró el cuerpo de tu doble y por tu antigua relación con su hijo, Júnior se convirtió en uno de los principales sospechosos.

—¿Júnior, sospechoso?

—Sí, pero fue cuestión de días. Fue él quien descubrió que la chica del árbol no eras tú.

—¿Ah sí? ¿Cómo?

—Por el tatuaje. La chica del árbol no tenía vuestro tatuaje.

—Ahh, el tatuaje, claro —dijo María, asistiendo con la cabeza.

—Júnior ha sido un encanto y ha colaborado con nosotros en todo momento. En gran parte es gracias a él que te hemos podido rescatar, y como te he comentado me acompañó a Formentera y... —añadió la inspectora.

—Perdona que te corte. ¿Se sabe algo del estado de mis secuestradores? —preguntó María.

Justo en aquel instante, Luis abrió la puerta del apartamento. Entró cabizbajo y las dos interpretaron que había pasado lo peor.

—¿Han muerto, verdad? —preguntó María.

—Sí, ninguno llevaba puesto el cinturón de seguridad. Joan ya llegó cadáver al hospital y Raquel ha muerto en el quirófano; había perdido mucha sangre. Me lo acaban de confirmar —respondió Luis.

—¡Noooooo! —gritó María, con los ojos llorosos, mientras tiraba con fuerza al suelo el cojín estampado de flores.

—¿Tanto te importaban? —preguntó Laura sorprendida.

—Me prometieron que me entregarían al Señor Chen Zhou y no han cumplido con su palabra. ¡Hijos de puta!

—Tranquila, tranquila, ahora estás segura aquí con nosotros y mañana todo habrá terminado —dijo Laura.

—Mañana ya será demasiado tarde —dijo María refunfuñando mientras recogía el cojín del suelo y lo estrujaba con las dos manos sobre su pecho.

—Voy a preparar café para los tres. Seguro que nos sentará bien algo caliente —dijo Luis para salir de allí y calmar los ánimos.

El silencio sepulcral volvió a reinar en la estancia y Laura aprovechó para analizar la exagerada reacción de María. ¿Si realmente Joan y Raquel la iban a entregar al señor Chen Zhou por qué volvían a España? Lo tenían todo a su favor para entregarla en el Casino de Montecarlo, desaparecer del mapa y vivir holgadamente para el resto de sus días. Se complicaron la existencia aterrizando el helicóptero en un yate y volviendo a la península en una furgoneta mal oliente. Solo podía ser por dinero, concluyó Laura, única y exclusivamente por dinero. La matriarca debía haber subido la oferta final para que fuera irrechazable para los secuestradores. ¿Si realmente fue ella

quien trazó toda la trama para evitar que María les arruinase con la operación Surinyach-Chen Zhou, ¿por qué pagar ahora una fortuna para recuperarla?

Hasta que Luis regresó con los cafés, Laura siguió en su mundo intentando buscar una respuesta lógica a todas las preguntas.

—Luis, acompáñame fuera un segundo, por favor. Será solo un segundo, María; ahora volvemos —dijo Laura mirándole a los ojos.

—Claro —respondió Luis entregando una de las tazas a María y dirigiéndose a la puerta con las otras dos.

—Luis, tenemos que pasar a la acción. Hay que ponerse ya a organizar el intercambio o la matriarca sospechará —dijo Laura ansiosa, ya en el exterior del apartamento.

—Estoy de acuerdo. Encima, como el CNI descubra que Joan y Raquel están muertos nos cortan las pelotas por no haberles informado.

—¿Cómo lo hacemos? Desde aquí no podemos coordinar nada. Necesitamos volver a la central.

—Sí. Vámonos ya, mis amigos se ocuparán de ella. Confía en ellos.

—¿Y si intenta escapar o suicidarse o yo que sé?

—Suicidarse no la dejarán porque la estarán vigilando todo el tiempo, y fugarse de aquí es imposible. En dos horas estará todo oscuro y sola por las montañas no duraría ni dos minutos. Encima están los perros que seguro que ladran si se le ocurre salir del apartamento.

—Vale, Luis, estoy nerviosa. Ya casi lo tenemos.

—Va, vamos dentro. Nos despedimos y salimos pitando hacia comisaría —dijo Luis sin haber probado el café.

Los inspectores entraron de nuevo al apartamento y explicaron a María sus intenciones de regresar a Barcelona. Xavier y Cristina se ocuparían de ella en su ausencia. La hija de los Surinyach se sintió moneda de cambio, frunció el ceño y se resistió a aceptarlo. Insistió por segunda vez en que le pusieran en contacto con el señor Chen Zhou aunque sabía que por mucha pataleta que hiciera no les haría cambiar de opinión. Era consciente de que allí aislada y sin ayuda no conseguiría los medios para comunicarse con el magnate asiático. Antes de abandonar la finca, los inspectores fueron a la casa principal a hablar con los propietarios. Luis les advirtió que si veían u oían algo fuera de lo normal no intensasen resolverlo solos. No podría soportar que sus amigos sufrieran algún daño por su culpa. La consigna era clara: “llamadnos desde el teléfono fijo a la central y os enviaremos a la patrulla más cercana para que se encarguen de solucionarlo”.

Noventa minutos después, los inspectores llegaban a la comisaría central de Barcelona. Eran las nueve y cuarto de la noche y no habían probado bocado en todo el día. La noche sería larga, pero la adrenalina que les provocaba estar tan cerca de la resolución del caso les hacía inmunes a cualquier síntoma de cansancio. Mientras Laura imprimía un mapa del Parc Natural del Montseny, Luis aprovechó y pidió unas pizzas por teléfono. La inspectora buscaba un punto geográfico que fuera de fácil acceso por carretera y que a su vez estuviera alejado de los núcleos de población. Veinte minutos después, tras varios descartes y reimpressiones del mapa, Laura decidió pedir ayuda.

—¿Sánchez?

—Sí, soy yo. ¿Quién es?

—Soy la inspectora Laura Rodríguez. ¿Le molesto?

—¡Huy! Inspectora Laura, perdone: no la he reconocido. Estaba preparando la cena y tenía el teléfono en el salón...

—¿Puede hablar? ¿Le llamo más tarde?

—No, no. Dígame, ¿en qué la puedo ayudar? ¿Es por Júnior? —dijo Sánchez, despertando el interés de su hijo, que estaba en el salón preparando la mesa.

—No, no es por Júnior. Necesito que me ayude con sus conocimientos geográficos del Parc Natural del Montseny.

—Claro, lo que necesite —respondió mientras hacía callar a Júnior con la mano.

—Necesito que me recomiende un punto para realizar el intercambio.

—¿Qué intercambio?

—Ostras, perdone; he empezado la casa por el tejado. Estoy demasiado metida en el caso.

—¿Han encontrado a los secuestradores de María?

—No le puedo contar todos los detalles. Necesito que por favor esta conversación quede entre nosotros dos. ¿Me da su palabra?

—Sí, se lo prometo. Pero, si no le importa esperar un segundo, regreso a la cocina que allí estaré más tranquilo.

—*Okay*, espero.

—Ya estoy. ¿Qué ha pasado? —preguntó Sánchez mientras cerraba la puerta de la cocina.

—Hemos encontrado a María y queremos simular un intercambio para atrapar a los verdaderos culpables.

—¿La han encontrado? ¿Está bien?

—Sí, pero necesito que no se lo diga a nadie, ni a su hijo. ¿Podrá hacerlo?

—Descuide, no se preocupe, mantendré el secreto. ¿Y lo quieren hacer aquí, en Viladrau?

—Sí, necesitamos implicar a los Surinyach en el falso intercambio. ¿Se le ocurre algún lugar, no muy alejado del pueblo, pero que a la vez esté aislado y que sea de fácil acceso por carretera?

—Déjeme pensar unos segundos —contestó Sánchez mientras buscaba una lata de tomate triturado en el armario.

—Llevo más de veinte minutos estudiando el mapa y soy incapaz de encontrar el punto ideal. Todos tienen alguna pega que otra —añadió la inspectora.

—¿Conoce Sant Marçal?

—¿La ermita o el restaurante? —respondió la inspectora.

—Ninguno de los dos. Está muy cerca, pero me refiero al Coll de Sant Marçal.

—Explíqueme.

—Creo que la cruz de madera situada en el Coll de Sant Marçal puede ser el sitio ideal. Está a menos de diez kilómetros del pueblo, cercano a la carretera y con grandes ventajas tácticas de visibilidad para realizar el intercambio.

—Lo tengo. Lo veo en el mapa.

—¿Ve que hay una zona de parking a la derecha de la carretera que va de Viladrau a Sant Marçal?

—Sí. ¿Se refiere a un parking de tierra del que sale un camino hacia la ermita?

—Correcto. Allí es donde aparcarían el coche los Surinyach. Solo tendrían que cruzar la calzada y, después de dejar atrás *la taula dels 3 bisbes\**, caminar unos cien metros cuesta arriba hasta llegar a la cruz.

—Y nosotros ¿dónde podríamos esconder los vehículos?

—Podrían dejar los coches en el otro parking que queda unos metros más adelante, a la izquierda ¿Lo ve?

—Sí, localizado. ¡Es perfecto!

—Ambos parkings están separados unos doscientos metros.

—¿Desde su parking o desde la cruz pueden ver nuestra ubicación?

—No, vuestro estacionamiento está situado en la otra ladera de la montaña, y desde la cima tampoco podrán ver los vehículos desplazados para el operativo. La cruz corona el pico y vuestro parking queda escondido debajo

de un talud. La ventaja es que están lo suficientemente cerca para que accedáis a ellos si se iniciase una persecución por carretera.

—¡Bien pensado! Muchas gracias, ha dado en el clavo. Estoy viendo fotos y cumple todos los requisitos. Encima veo que nos podemos esconder en los matorrales para dar apoyo. ¡Fantástico! Una cosa más, le importaría pasar mañana por comisaría para ayudarnos con la operación.

—Será un honor. Dígame a qué hora y allí estaré.

—Perfecto. Nos planificamos con mi compañero y luego le mando un mensaje con la hora.

—De acuerdo.

—Gracias de nuevo. Es un placer trabajar con los Sánchez. Recuerdos a su hijo —se despidió Laura.

Luis ya iba por el tercer trozo de pizza cuando se acercó Laura a contarle las ventajas del punto de intercambio propuesto por Sánchez.

Evaristo Senior seguía en la cocina preparando la cena cuando de pronto llegaron voces des del salón.

—¿Abueeeeeeeelo, cenamos? —preguntaron Júnior y sus hijos.

—Sí, ya lo tengo todo preparado —respondió Sánchez acercando la bandeja de albóndigas con tomate al salón.

—¿Qué te ha dicho? —preguntó ansioso Júnior.

—No te lo puedo contar. No me presiones. Solo te puedo decir que me ha dado recuerdos para ti.

—¿Y tú que le has dicho?

—Nada, he colgado.

—¿Nada? Por dios, papá, ¡qué soso eres!

—¡Ay! Júnior, a mí no me metas.

—¿Y te ha contado algo de María? ¿La han encontrado?

—Te acabo de decir que no te puedo explicar nada. Tienes que confiar en mí. Pronto habrá novedades, pero no te puedo contar más.

—¿Cenaaaamoss yaaaaaaa? —gritaron los dos hijos de Júnior a la vez.

---

\*Nota: "La mesa de los tres obispos". El pico de Sant Marçal fue objeto de disputa entre los obispos de Barcelona, Vic y Girona. Cada uno quería una parte del hermoso paraje de Sant Marçal dentro de su diócesis. Habían hecho intentos de encontrarse, pero todos habían fracasado porque, tercos como eran, ninguno de ellos quería entrar en el término del otro. Hicieron construir una mesa de piedra alrededor de la que hablaron y fue justo en ese lugar abierto y montañoso, donde encontraron la solución. Aquel acuerdo

supuso el fin de una larga disputa de tierras y también la paz y el respeto entre los tres obispos. (Texto: Museu Etnològic del Montseny).



## DOMINGO 27 DE AGOSTO

María no pegó ojo en toda la noche. Temía la posible reacción violenta de su madre. Sabía que los agentes la protegerían en todo momento, pero no estaba cómoda con la situación. Se preguntaba si detendrían a la matriarca. No se la imaginaba entrando esposada en comisaría. ¿Y la gente de Viladrau? ¿Qué pensarían al enterarse?

—¿María? —preguntaron golpeando con los nudillos en la puerta del apartamento.

—¿Sí? —respondió tímidamente María pensando que ya había llegado la hora.

—Soy Xavier. Venía a avisarte que ya está el desayuno en la mesa. ¿Me acompañas a la casa?

—Voy, dame un segundo. Me arreglo y salgo —respondió María que seguía con la misma ropa que el día anterior.

Buscó en los armarios y en los cajones por si encontraba algo que ponerse pero estaban todos vacíos. Se lavó la cara y salió a toda prisa.

—Buenos días.

—Buenos días. Como aún no conocemos tus preferencias, hemos preparado embutidos, pan con tomate, *coca del mossèn*...

—No quiero molestar.

—Tranquila, no es molestia. Hambre tendrás, ¿no?

—Si te soy sincera, no mucha. Perdona, ¿tenéis teléfono fijo en la masía? ¿Puedo hacer una llamada? —preguntó María cambiando de tema.

—Sí; bueno... no —contestó Xavier buscando una excusa para arreglarlo.

—¿No?

—Tenemos teléfono, pero con la última tormenta, cayó un árbol y rompió la línea. Aún no han enviado un técnico para arreglarla. Son un desastre, la verdad —respondió Xavier creyéndose su propia mentira.

—¿Estamos incomunicados? —preguntó triste María.

—Sí, totalmente incomunicados. ¿Cómo te encuentras? Después de desayunar te volveré a curar la pierna —propuso Xavier para desviar su atención.

—Vale, gracias. Estoy mejor, pero aún me duele al caminar —contestó María, que tenía un nudo en el estómago y a duras penas podía acabarse el

café con leche.

\*

Mientras, en comisaría, Laura recibió una llamada inesperada.

—¿Inspectora Rodríguez?

—Sí, soy yo. ¿Tomás? ¿Tomás Tremosa? —preguntó Laura reconociendo la voz de su interlocutor.

—Perdone que la moleste.

—¿Qué sucede?

—Creo que hemos descubierto algo que puede ser muy relevante.

—¿Hemos? ¿No habrán investigado por su cuenta?

—Sí, mi abogado Javier Solano y yo, pero solo números.

—¿Qué números?

—Hemos descubierto que un fondo de inversión ha acertado plenamente el momento clave para cambiar la composición de su cartera: aumentando la posición en acciones del holding Surinyach y reduciéndola en otros valores para después invertir el proceso.

—De acuerdo. ¿Pero esos movimientos cómo afectan al caso?

—Me explico: compraron un gran paquete de acciones a precios muy bajos pocos días antes del asesinato de la chica del árbol. Después, las vendieron y se beneficiaron de toda la posterior subida meteórica de la acción. La CNMV, Comisión Nacional del Mercado de Valores, aún no se ha dado cuenta, pero no tardarán en empezar una investigación para esclarecer si los propietarios del fondo tenían o no información privilegiada en el momento de la compra.

—Y usted, ¿cree que la tenían?

—Por supuesto. El movimiento carece de sentido si no tenían la certeza de que la operación Surinyach-Chen Zhou fracasaría. Y me he asegurado de que tengo razón.

—¿Cómo se ha asegurado? ¿Tiene pruebas? ¿Qué ha hecho?

—He hablado con ellos. Conozco personalmente al CEO de “Iluro Investments”, la agencia de valores propietaria del fondo y le he presionado un poco.

—Presionado, ¿cómo?

—Le he amenazado con denunciarles a la CNMV si no me contaba quién les había dado el soplo.

—¿Y sabe quién fue?

—Sí, me ha dejado en estado de shock al descubrirlo y no podía quedarme con los brazos cruzados. Le he prometido que no le denunciaría ante la CNMV, pero no le he dicho nada de la policía...

—De acuerdo, pero ¿quién fue?

—María, María Surinyach.

—¿María? ¿Cómo puede ser ella?

—No lo sé, pero creo que es clave para el caso. Parece que María sabía que iba a morir.

—Desde luego que es relevante, pero ¿qué sentido tiene dar esta información a una compañía financiera independiente? ¿Por qué hacerles ricos de la noche a la mañana?

—Para mí, no tiene sentido alguno, pero he pensado que les podría ayudar.

—Muchas gracias, por explicármelo, señor Tremosa. Estaremos en contacto —se despidió la inspectora.

Al colgar, Laura trató de resumir la conversación a su compañero Luis, pero este se perdía en temas de números y desconectó a los dos minutos de la clase de finanzas. Por suerte, apareció Evaristo Sánchez y Luis quedó libre para volver a la realidad operativa. Los inspectores acompañaron a Sánchez a la sala de reuniones donde se iba a preparar la “Operación Matagalls”.

—Buenos días a todos —dijo Luis cerrando la puerta tras él.

—Buenos días —respondieron las más de diez personas destinadas al operativo que ya estaban esperando en la sala.

—Les presento al policía local de Viladrau, el señor Evaristo Sánchez.

—Buenos días —dijo impresionado Sánchez al ver tal despliegue. El equipo estaba integrado por un intendente, la pareja de inspectores, cinco agentes de campo y dos especialistas, uno de la unidad canina y otro de la unidad de medios aéreos.

—Por favor, Sánchez, ¿les podría indicar a mis compañeros, el punto exacto donde se produciría el intercambio, las vías de acceso y las de escape? —solicitó Luis.

—Sí. Es exactamente este punto y los parkings que comenté con la inspectora Laura son estos dos —dijo Sánchez señalando el mapa.

—¿Cerraremos la carretera al tráfico? —preguntó uno de los agentes presentes en la sala.

—Sí, por precaución, deberíamos cerrarla. No podemos arriesgarnos a que alguien nos arruine la misión —se apresuró a contestar Luis.

—¿A qué hora cree usted que podemos hacerlo sin levantar sospechas? —

preguntó directamente a Sánchez otro de los agentes presentes.

—Es una carretera de montaña, revirada, oscura y prácticamente desierta por la noche —contestó Sánchez.

—Lo hemos visto en el mapa pero, ¿a qué hora? —insistió de nuevo el agente.

—A las once de la noche —contestó nervioso Sánchez, que no estaba acostumbrado a tanta presión.

—Perfecto —dijo Laura para apoyar moralmente al padre de Júnior.

—De Santa Fe a Sant Marçal no sería problemático cortar antes la carretera, ya que los Surinyach vendrán por el otro sentido y no sospecharán si no se cruzan con ningún coche. De Viladrau a Sant Marçal, en cambio, solo la podrán cortar después de que hayan pasado por el desvío de Mas Martí y tomen la carretera GIV-5201 sentido Santa Fe —añadió Sánchez para afianzar su posición.

—¡Buena idea! Así lo haremos. ¿Os parece bien a todos? —preguntó Laura.

—Sí —respondieron los presentes.

—Para resumir: a las 22:45 cortaremos en sentido Santa Fe-Sant Marçal, y después que los Surinyach pasen por el desvío, cerramos el tramo Viladrau-Sant Marçal —dijo Luis.

La reunión continuó y veinte minutos después, al ver que se alargaba, Laura se ofreció a acompañar a Sánchez a la salida. Antes de despedirse, le agradeció su colaboración y le pidió un último favor.

—Evaristo, una cosa más, necesitamos que nos cubra ante el alcalde. ¿Quizá le estoy pidiendo demasiado?

—No quiere que le informe del operativo. ¿Me equivoco?

—Exacto. Dígale que estaremos por la zona en una operación rutinaria y en contacto permanente con usted, pero no le cuente los detalles.

—Así lo haré —respondió Sánchez asintiendo con la cabeza.

—Muchas gracias por todo. Le dejo, vuelvo a la sala con mis compañeros —se despidió Laura con una cómplice sonrisa mientras le estrechaba la mano.

Sánchez bajó orgulloso las escaleras de comisaría. A pesar de que le quedaban pocos meses para jubilarse y que ansiaba poder retirarse, la oportunidad de participar en la “Operación Matagalls” le había reavivado la vocación y se sentía más en forma que nunca. Durante el trayecto de regreso a Viladrau pensó en qué demonios le explicaría al alcalde.

Era la una del mediodía y los inspectores no podían esperar más. La reunión se había eternizado y aún no habían llamado a la matriarca Surinyach

para darle los detalles del lugar y la hora donde se produciría el falso intercambio. Laura cogió el teléfono pero inmediatamente lo volvió a dejar encima de su escritorio.

—¿Cómo lo hacemos para que Montse Surinyach no sospeche? —preguntó estresada a su compañero.

—No lo sé, déjame pensar —respondió Luis.

—No sabemos si era Joan o Raquel la persona que negociaba directamente las condiciones con la matriarca —añadió Laura.

—Mierda, tienes razón.

—Tampoco tenemos ninguna grabación de sus voces para poder falsearlas, y pedir las al CNI queda descartado —siguió pesimista Laura.

—¿Y si grabamos un vídeo?

—¿Un vídeo? —preguntó Laura, pensando que Luis se había vuelto loco.

—Sí, es perfecto. Usamos a María para que diga lo que nosotros no podemos.

—Bueno, es una idea.

—Laura, tienes que admitir, que hasta ahora es la única que tenemos. Grabamos a María sosteniendo un periódico de hoy y explicando los detalles a cámara de la ubicación y la hora del trueque: Cruz del Coll de Sant Marçal, 23:00 horas. Así de simple.

—¿Funcionará?

—Si no lo probamos no lo sabremos. Va, recoge, que nos vamos cagando leches a Tavèrnoles. No te olvides el móvil de los secuestradores que encontramos en el lugar del accidente. Lo usaremos para mandar el vídeo a la matriarca cuando tengamos cobertura —dijo Luis acelerado.

Los inspectores abandonaron la comisaría, compraron un periódico y pusieron rumbo a la masía. Al llegar, María estaba tumbada en una hamaca del jardín y se levantó sobresaltada al escuchar sus voces.

—Perdona: no pretendíamos asustarte —dijo Laura.

—No he podido pegar ojo en toda la noche; me he estirado un rato aquí y me he quedado dormida.

—Es normal, me parece perfecto que descanses. Pero ahora necesitamos tu colaboración —dijo seco el inspector que no quería entretenerse.

—¿Nos tenemos que ir ya? —preguntó temerosa María.

—No, aún no. Queremos que grabes un vídeo con los detalles del falso intercambio.

—¿Un vídeo?

—Sí, tenemos que hacerlo lo más creíble posible para que tu madre no sospeche.

—Entiendo que no puedo negarme, ¿no? —dijo resignada María.

—Correcto. Será un minuto, vamos a los establos, grabaremos el vídeo allí —dijo Luis ejerciendo las labores de director de cine.

Laura sentó a la protagonista en una silla de plástico dentro de una de las cuadras vacías y le entregó el periódico. Estaban rodeados de paja, moscas y heces de caballo. El sofocante calor, el agobio y la peste hacían imperativo acabar lo antes posible, y Luis dio por buena la segunda toma. María se echó a llorar y abrazó a Laura en busca de consuelo. La inspectora se sorprendió de las repentinas confianzas que se había tomado la pequeña de los Surinyach e intentó calmarla como pudo mientras Luis la apremiaba haciéndole señales para que se separase de ella.

—¿Laura, nos vamos?

—Sí. Solo un segundo, Luis —dijo la inspectora separándose de los brazos de María con cuidado.

—María, pasaremos a buscarte a las nueve —dijo el inspector.

—Vale —dijo María mientras se secaba las lágrimas de los ojos con los dedos.

—Todo saldrá bien. Nos vemos en un rato, descansa —se despidió Laura cerrando la puerta del coche patrulla.

Al acercarse al pueblo de Tavèrnoles, el móvil de los difuntos secuestradores recuperó la cobertura y Laura pudo mandar el vídeo a la matriarca. La inspectora se quedó pegada a él esperando la ansiada respuesta. Noventa largos segundos después, el teléfono vibró, se iluminó y apreció un escueto “OK” en la pantalla.

—¡Ha aceptado! —dijo eufórica Laura enseñándole el mensaje a Luis, que estaba conduciendo.

—¡Ves como era buena idea! Joder, Laura, somos la ostia —dijo el inspector levantando la mano derecha para chocarla con su compañera.

—Ostras, Luis —cortó de repente Laura, preocupada.

—¿Qué pasa ahora? Si que ha durado poco la alegría...

—Y si me llama la señora Surinyach explicándome lo del intercambio. ¿Qué le digo? —preguntó inquieta Laura.

—Créeme, no llamará. Y si llama es que no es culpable. ¿No crees?

—Tienes razón. La tenemos —contestó Laura recuperando la confianza.

Al llegar a comisaría, informaron a los agentes destinados a la misión

que la matriarca había picado y que todo iba según lo previsto. Se ceñirían al plan original y el comisario jefe seguiría la operación en remoto desde la central. Dos horas después, Luis y Laura salieron a toda prisa, dirección Tavèrnoles, para recoger a María y llevarla al punto de intercambio. Ella les estaba esperando sentada en el porche del apartamento. Luis bajó del coche, abrió la puerta trasera y la invitó a entrar. María se levantó y caminó con desgana hacia el vehículo. Una vez dentro, el inspector se cercioró de que la puerta estuviera bien cerrada y se acercó a la masía.

—¿Xaaaavi, Criiiiiis? —gritó Luis.

—¡Voy! —contestó Xavier desde la cocina, secándose las manos en el pantalón.

—Nos vamos —dijo alargando la mano para dar las gracias a su amigo.

—Perdona, estaba limpiando la lechuga y voy mojado.

—Ven aquí —dijo Luis abrazándole con fuerza.

—Que estoy mojado, señor inspector.

—Muchísimas gracias por todo. Sois los mejores, os debo una. Si todo sale bien, será gracias a vosotros.

—¿Y si sale mal? —preguntó preocupado Xavier.

—Si sale mal, será culpa mía. Me voy, despídeme de Cris y dile que os quiero mucho —dijo Luis caminando deprisa hacia el coche patrulla.

Arrancó y los perros de la finca persiguieron al vehículo un buen trecho del camino, hasta que, agotados, desistieron para volver al abrigo de su dueño. María no habló durante todo el trayecto y los inspectores tampoco se molestaron en darle conversación. Estaban concentrados, tenían prisa por llegar, y solo les preocupaba que los agentes estuviesen ya en posición, esperándoles para poner en marcha toda la operativa.

\*

En la mansión de los Surinyach, el matrimonio hacía los preparativos. Montse se maquillaba en su tocador visionando, abrumada, el vídeo de María por sexta vez. Se lo había ocultado a sus hijos, a sus nietos y a la policía. Quería mantener al margen a todos. Sería una total deshonra para la familia que la negociación con los secuestradores fuera de dominio público. El patriarca, bajó al búnker de seguridad del sótano, abrió la caja fuerte y preparó los sesenta millones de euros que era la nueva cifra que habían acordado para que les entregaran a su hija con vida, a ellos en lugar de a los

chinos. Al principio, fue colocando uno a uno los fajos de billetes, con sumo cuidado, en el interior de la primera maleta, hasta que, minutos más tarde, se había descontado tantas veces que quiso enviarlo todo a la mierda. Cogió aire, se preparó un vaso de whisky, The Macallan M Decanter, de su bodega secreta, y empezó a contar de nuevo. Después de varios intentos, consiguió juntar la cantidad exigida, cerró la puerta del búnker y colocó con torpeza las dos pesadas maletas en la carretilla del jardinero para dejarlas en el portaequipajes del Range Rover Vogue. Montse salió acelerada al encuentro de su marido que ya la estaba esperando con el motor encendido y escuchando, a todo volumen, el primer movimiento de la sinfonía número tres de Gustav Mahler. Antes de subirse al coche, le dio el bolso por la ventana, y volvió a entrar para despedirse uno a uno de todos los miembros de su familia.

—Nos vamos —dijo la matriarca mientras repartía besos.

—Mamá, ya nos has dicho veinte veces que papá y tú os vais a cenar fuera —dijo Alfonso.

—Hemos quedado con unos amigos para preparar la fiesta de despedida del verano —mintió la matriarca.

—Ostras, no. ¿Aún celebramos esa maldita fiesta? ¡Qué coñazo! —protestó Borja.

—No os vayáis a dormir muy tarde —se despidió la matriarca.

\*

Cinco minutos antes de la hora pactada, el vehículo de los Surinyach llegaba al parking de tierra cercano al Coll de Sant Marçal. La matriarca esperó en el margen de la calzada a su marido que tenía dificultades para bajar el equipaje. Cruzaron juntos la carretera y empezaron una leve ascensión hasta la cruz. Les costaba mucho avanzar arrastrando las dos abultadas maletas con la carretilla por el camino de tierra, pero no hicieron ni un descanso. Las ansias se encargaron de darles las fuerzas necesarias para llegar a su hija. María estaba sola esperando en la cruz como una figura fantasmagórica en la densa noche. La pequeña de los Surinyach vio a su madre y el corazón le dio un vuelco. Corrió hacia ella, pero apenas dio dos zancadas cayó desplomada al suelo. Todos se asustaron, una pareja de agentes salió disparada de los arbustos hacia ella para auxiliarla mientras otros dos se dirigieron a proteger al matrimonio Surinyach. No habían oído ningún ruido ni habían visto a nadie sospechoso, pero todos pensaron lo peor: la habían matado con un silenciador.



La matriarca se arrodilló, rompió a llorar y gritó desgarrada tapándose la cara con las manos. Sus agudos chillidos de rabia e impotencia resonaron entre las majestuosas montañas. Los inspectores se acercaron rápidamente a la posición de María y comprobaron que no había ni rastro de herida de bala. El cuerpo solo presentaba sangre en los rasguños y heridas producidas por el propio golpe que se había dado al caer.

—¡Tiene pulso! ¡Está viva! ¡Está viva! —gritó Laura.

—Mi niña, ¡es un milagro! —dijo la matriarca buscando la mano de su marido para que la ayudara a levantarse del suelo.

—Ayúdame a moverla. Tenemos que poner las piernas en alto —pidió Luis a un agente.

—¡Agua! Por favor, que alguien vaya a por agua —gritó Laura.

Treinta segundos después, María empezó lentamente a volver en sí. La situación la había superado y había perdido el conocimiento.

—¡Mamááááááááá! ¡Mamááááááááá! —gritó la pequeña de los Surinyach enajenada al recuperar la conciencia.

—María, tranquila. Estamos aquí contigo —dijo la inspectora.

—¡Perdóname! ¡Perdóname, mamá! —siguió María sin escuchar las palabras de Laura.

—Hija, no hay nada que perdonar —contestó emocionada la matriarca mientras se acercaba para cogerla de las manos.

—Inspectora, se lo ruego, no se lleven a mi madre, no la detengan. Todo es culpa mía. Deténgame a mí. Solo a mí —dijo María entre sollozos.

—Hija, cálmate, no digas nada más. Los abogados de tu padre lo arreglaran, vamos a casa —dijo Montse.

—No mamá, esta vez no. He llegado demasiado lejos y tengo que pagar por lo que he hecho.

—María, por favor, no sabes lo que dices. Vuelve con tu familia —le recriminó su padre.

—Estoy preparada, no me dan miedo las consecuencias. Confesaré —dijo María adelantando las manos para que la inspectora la esposase.

Al oírlo, Laura se apartó unos metros y presionó el botón del intercomunicador con su mano derecha:

—¿Comisario? —preguntó Laura.

—Diga inspectora, la escucho —contestó el comisario Rovira desde la sala de control de operaciones en Barcelona.

—¿Procedemos con el arresto?

—¿Cuál es su valoración? Usted es quién ha compartido éstas últimas horas con ella, ¿cree que puede ser la artífice de toda la trama?

—Hasta el momento de su confesión tenía serias dudas pero al ver el rostro de compasión y el amor en los ojos de su madre he comprendido que nos habíamos equivocado de sospechosa.

—Entiendo. Déjeme informar al juez David Fernández y contacto con usted en un minuto.

Laura aprovechó la espera para pedir a sus compañeros que le ayudasen a valorar el estado físico de María tras el desmayo y pidió que le curaran las heridas con el botiquín de la furgoneta.

—¿Inspectora? ¿Me escucha bien? —dijo el comisario por el auricular de la inspectora.

—Sí, le escucho.

—Hemos acordado con el juez Fernández que, como medida preventiva, debe pasar la noche en dependencias policiales. Consigan los detalles de la confesión lo antes posible y envíenla al juez cuando la tengan.

—Entendido.

Laura se dispuso a proceder con la detención de la sospechosa, no sin antes permitir a sus padres darle un abrazo de despedida. Se llevó a María al coche patrulla, quien, agotada, se tumbó en el asiento trasero y no abrió la boca durante todo el trayecto hasta la comisaría de Barcelona.

Al llegar, le pidieron los datos personales, le tomaron las huellas y le hicieron fotos para rellenar su ficha policial. Tenían que devolverle la identidad que ella misma se había encargado, a conciencia, de eliminar. Una vez finalizado todo el papeleo, María rogó que no le tomaran declaración hasta la mañana siguiente. Los inspectores aceptaron su petición ya que todos necesitaban un descanso.

La celda calurosa y húmeda acogió a la delincuente que, por fin, se sintió liberada. Se estiró en duro colchón de espuma, cerró los ojos y no se despertó hasta el amanecer.

## LUNES 28 DE AGOSTO

A las nueve de la mañana, dos agentes trasladaron a la sospechosa desde su celda a la sala de interrogatorios número dos donde ya le estaban esperando los inspectores.

—Antes de empezar. ¿Quieres declarar en presencia de un abogado? —preguntó Luis.

—No —contestó María, muy seria.

—Pues adelante, te escuchamos.

—No sé muy bien por dónde empezar y me arrepiento de todo lo que os voy a contar, pero no podía aguantar más —dijo María agachando la cabeza.

—¿Conocías a la chica que colgaba del árbol? —preguntó Luis directo que buscaba la reacción de la sospechosa para convertir la confesión en un interrogatorio.

—Sí, fuimos amigas; casi hermanas.

—¿Hermanas? —preguntó incrédula Laura.

—Coincidimos por primera vez en la famosa discoteca Les Bains, de París. En esa época, yo era estudiante de intercambio en la Universidad de Económicas y no me perdía una fiesta. Pero aquella noche fue muy especial: en cuanto la vi supe que era mi alma gemela.

—Físicamente erais iguales —apuntó Laura.

—Sí, las dos nos dimos cuenta de nuestro asombroso parecido y enseguida nos pusimos a hablar sin parar. Nos hicimos amigas al instante, coincidíamos en todo. Después de aquella primera noche, nos vimos muy a menudo. Íbamos de compras a las mejores boutiques, comíamos en los restaurantes de moda y

salíamos juntas por la noche. Fue ella la que me inició en el consumo de drogas. Una noche, al regresar de una fiesta privada, tuve un brote psicótico muy severo. No era la primera vez que me pasaba, pero nunca había sido tan fuerte como en aquella ocasión. Íbamos paseando de vuelta a casa y me volví loca. Al pasar frente a un club nocturno intenté estrangular a un guardia de seguridad que me estaba mirando. Pensé que quería violarme. Aleksandra lo conocía y le pidió que no me denunciara. Le explicó que había mezclado cocaína con cristal en una fiesta y que ella sabía dónde llevarme. Cumplió su promesa, pero esta vez se asustó más que las anteriores y me ingresó en la planta de psiquiatría del Hospital de la Pitié-Salpêtrière de París. Yo era un lastre para su carrera como escort y me dejó tirada. No vino a verme ni una sola vez en todo el tiempo que estuve allí. Me falló. El sentimiento de abandono fue superior a lo que podía soportar. Me diagnosticaron un trastorno de identidad disociativo. Por vergüenza y gracias a la fuerte medicación, pude esconder la enfermedad. Me convertí en una persona manipuladora e implacable. No dejaba que nadie me dijera lo que tenía que hacer. Odiaba a Aleksandra y cada vez que pensaba en ella veía a mi vieja personalidad reflejada en su rostro.

Después de recordar su etapa en París, María se quedó bloqueada con la mirada perdida en el techo de la sala de interrogatorios. Luis y Laura se miraron sin saber muy bien qué hacer. Segundos después, María rompió a llorar. Temieron que se levantara y diera por terminada la confesión, pero entre sollozos pidió que le siguieran preguntando.

—¿Cuánto tiempo estuviste en el hospital psiquiátrico? —preguntó Laura.

—Meses. Llamaba a casa cada semana para decirles que estaba bien, que me encantaba mi vida en París y que estudiaba mucho para los exámenes. Nadie se preocupó por mí. Tenía 21 años.

—¿Por eso borraste tu historial médico? —preguntó Luis.

—Sí. Me ayudó Raquel, que era una experta en piratear sistemas informáticos. Si el plan salía mal y yo no sobrevivía, quería que mi enfermedad también muriera conmigo.

—¿Aún tomas la medicación? —preguntó el inspector.

—Sí, en menor dosis. A raíz del accidente, me he dado cuenta del inmenso daño que he causado y ahora el sentimiento de culpa es insoportable —dijo María mientras le resbalaban las lágrimas por sus pálidas mejillas—. Quiero curarme, volver a ser yo misma, sin albergar a otra María dentro de mí. No sé si es demasiado tarde.

—¿En algún momento dejaste de tomarla? —insistió Luis.

—Regresé de París, me gradué y enseguida entré a trabajar en la empresa de mi padre. Durante los cinco primeros años conseguí controlar la enfermedad y me fue fácil ir escalando posiciones dentro del organigrama. Hasta que todo se truncó el 15 de agosto del verano pasado. Mis padres decidieron nombrarme vicepresidenta debido al avanzado estado de la enfermedad de mi predecesor. Tenía cáncer de páncreas y las mejores previsiones le daban doce meses de vida. A mí me dieron el mismo plazo para prepararme antes de hacerlo oficial. Yo sabía que no era tiempo suficiente y que no estaría a la altura de lo que, según ellos, se esperaba de una Surinyach. Al llegar a China, tuve que dejar de tomar las pastillas, me nublaban la mente. No me dejaban concentrar en los preparativos de la operación de fusión que yo creía que debía ser la punta de lanza de mi nuevo puesto. No calibré bien los riesgos y empeoré. Sufrí episodios de paranoia y me obsesioné con la idea de que mi familia quería destruirme. Solo confiaba en el señor Zhou. Él no me juzgaba porque nunca había conocido a la otra María y veía en mí la solución a todos sus problemas.

—Cuándo conociste a Aleksandra, ¿ya era escort de lujo? —preguntó la inspectora.

—Sí, y nunca quiso dejarlo. Mental y físicamente, su profesión era extenuante, pero ella no conocía otra manera de ganarse la vida. Tomaba todo tipo de drogas aunque la cocaína era su preferida.

—¿Sabes que murió por sobredosis? —preguntó Luis.

—Sí.

—¿Mataste a tu amiga? —preguntó directa Laura que no acababa de dar crédito a la doble personalidad de María.

—No. Peor. Encargué su muerte. Joan la contrató como chica de compañía y no paró de ofrecerle cocaína durante toda la noche hasta que su cuerpo no pudo más. Después la trasladaron a España en furgoneta por el acceso de Bourg-Madame.

—¿Y era imprescindible matarla? —preguntó Luis asustado del monstruo que tenía delante.

—Sí, había trabajado muy duro para que la operación Surinyach-Chen Zhou saliera adelante. La oposición frontal de mi madre llegó a desquiciarme de tal manera que quise vengarme de la peor forma posible. Aleksandra me había fallado como amiga y como alma gemela. Me abandonó cuando más las necesitaba y yo solo quería verla muerta. Ahora me doy cuenta de que ella fue la primera que supo quién era yo y se apartó de mí para que no le hiciera daño.

Al nombrar a Aleksandra, María arrancó a llorar de nuevo. Luis se ofreció a traerle un vaso de agua, necesitaba salir y asimilar que, desde el accidente, habían protegido a la responsable de la macabra trama. Laura se quedó mirando a la sospechosa y se arrepintió de no haber confiado más en su instinto. Escogieron la opción fácil de que la matriarca era la única culpable sin agotar todas las opciones. Veinte segundos después, Luis regresó con tres vasos de agua y Laura prosiguió con el interrogatorio.

—¿Querías que tus padres pensaran que su hija había sido asesinada? —dijo Laura.

—Exacto, quería que sufrieran y se arrepintieran durante el resto de sus vidas de haberse opuesto a mi decisión. Por primera vez me negué a que ellos dirigiesen todos mis pasos. Yo lo había dado todo por la empresa familiar, pero no tenía el poder suficiente para luchar de igual a igual contra la alargada sombra de mi madre. Ella no iba a permitir nunca el éxito de la operación, pero eso no me detuvo. Quería que el precio de no aceptar mis deseos fuese la pérdida de su propia hija. Ahora me doy cuenta de que sobrevaloré el poder empresarial de los Zhou y de que sus deudas nos hubiesen condenado a la quiebra.

—Si querías desaparecer ¿de qué pensabas vivir? —preguntó el inspector.

—De los beneficios.

—¿De qué beneficios? —insistió Luis.

—Di el soplo a la agencia de valores Iluro Investments haciéndoles millonarios de la noche a la mañana. Con mi muerte, la operación fracasaría y la bolsa reaccionaría subiendo la cotización del paquete de acciones del holding Surinyach que acababan de comprar. Solo tenía que vender en el momento adecuado, recoger beneficios y comprar nuevas acciones de otras compañías para no levantar sospechas. Lo único que les pedí a cambio es que ocultaran parte de la fortuna conseguida en cuentas de paraísos fiscales para que yo pudiera también acceder a una parte del botín.

—Volvamos a los secuestradores ¿Cómo contactaste con dos ex agentes del CNI? —preguntó Luis.

—Durante mi larga estancia en China para preparar la operación y conocer a la familia Zhou me acosté con un agente del CNI. Desde aquel día trabajé sin descanso para conseguir cerrar la fusión o dinamitarla en mi propio beneficio.

—¿Cómo supiste que era agente secreto? —preguntó Laura.

—En la cama de un hotel es muy fácil engañar a un hombre y él no fue menos. Me confesó su verdadera identidad y me prometió que siempre me protegería de la temida Tríada. Álex, creo recordar que ese era su nombre real, estaba investigando a la mafia china en España y las pistas le llevaron hasta la fábrica del mundo, la ciudad de Shenzhen, y a relacionarse con la familia Zhou. Abusé de su confianza y le pedí el contacto de otros agentes en España que me ayudaran y protegiesen en mi regreso a casa. Álex me facilitó el contacto de Joan y Raquel, habían compartido muchas misiones juntos y les consideraba los mejores agentes de su promoción. Además quería ayudarles, creía que habían sido despedidos injustamente en beneficio de otros.

—¿Y necesitabas protección? —preguntó Luis.

—No, claro que no, quería venganza, y Joan y Raquel estaban desesperados. Ellos me ayudaron a ejecutar mi plan y contactaron con Black Rock para el apoyo logístico. Nos facilitaron vehículos y agentes de campo. Los ex agentes

necesitaban el dinero para poder tener una nueva vida al margen de la ley. Joan estaba lleno de rabia por la manera que tuvo que abandonar el CNI. No podía soportar la idea de haber perdido toda una carrera labrada a base de honestidad e integridad por haberse enfrentado al hombre equivocado.

—No lo entiendo. Pero si tú los contrataste ¿por qué te secuestraron? — insistió el inspector.

—Al enterarme de que un grupo de buceadores había encontrado casualmente el cuerpo de Aleksandra me negué a pagarles. Joan enloqueció y contactó con el señor Zhou, a mis espaldas, para exigirle dinero si quería recuperarme con vida. En pleno vuelo, Raquel le convenció de que debían subir la apuesta y ofrecerme a mi madre. Ella aceptó pagar los sesenta millones y propuso la vía de escape del antiguo yate de mi familia en Cannes —explicó María mostrando los primeros síntomas de fatiga.

—¿La idea de tirar el cuerpo de Aleksandra al mar fue de los ex agentes del CNI? —preguntó Luis, que no salía de su asombro con la frialdad del relato de María.

—Sí, robar el cadáver y tirarlo en alta mar fue una idea de Raquel. Ella dijo que sin cuerpo nunca podrían certificar que no era yo la que horas antes colgaba del árbol. Era perfecto, y ellos se cubrían las espaldas porque tampoco les podrían incriminar por asesinato.

—¿Por qué Formentera? —preguntó Laura.

En aquel preciso instante golpearon la puerta. Luis se levantó y al abrirla un agente le susurró al oído que los padres de la sospechosa acababan de llegar a comisaría. El inspector le agradeció la información y volvió a sentarse.

—Nos hemos quedado en Formentera. ¿Por qué decidiste esconderte allí? — preguntó Luis.

—Cometí un error con Formentera. Los ex agentes del CNI no fueron capaces de encontrar a tiempo un lugar seguro donde esconderme. Y yo presioné para ocultarme en la mansión favorita de la familia mientras no hallaban una solución mejor. Sabía que sería capaz de controlar la situación con el servicio



de la finca y que la propia ubicación aislada de la mansión en S'Espalmador jugaba a mi favor.

—¿Por qué sobornar a Júnior? —preguntó Laura, al relacionar Formentera con él.

—Pedí a Joan y Raquel que le sobornaran de forma encubierta para poderle chantajear después si lo necesitábamos, pero todo salió al revés. Cuando Júnior empezó a ser clave en el caso pensé en eliminarlo de la ecuación.

—¿Pensabas matarlo? —saltó Laura.

—No entraba en el plan original. No tatuar a Aleksandra fue otro error. Pensé que nadie se daría cuenta de un detalle tan nimio. Fue imposible encontrar a un tatuador en París dispuesto a hacerle un tatuaje a una muerta en una furgoneta. Además el cuerpo solo estaría expuesto unas horas y luego sería secuestrado para lanzarlo al mar. No contaba que Júnior lo descubriría, y no tuve tiempo para hacerle callar y amenazarle con matarle a él y a sus preciosos hijos si se lo contaba a la policía. Estaba demasiado ocupada en escapar.

—María, hay algo que no me cuadra. ¿Cómo explicas los símbolos en el vientre de la chica? —preguntó Luis que seguía intentando conectar todos los cabos sueltos.

—Venganza. Más venganza, esta vez contra mi exnovio —contestó tajantemente María.

—¿Quién? ¿Tomás Tremosa? —preguntó Laura.

—Sí, quería que sufriera la vergüenza de ser acusado y que sintiera algo similar a lo que yo tuve que soportar cuando fui la última en enterarme de que me engañaba. A pesar del tiempo transcurrido, aún sentía un rencor tan fuerte que me quemaba por dentro. Estaba muy enamorada de él y me encantaba la sensación de estarlo de alguien a quien mi madre odiaba tanto. Al final tuve que dejarle para no ser la cornuda del pueblo y mi madre se apuntó otra victoria.

—¿Por qué escogiste el 15 de agosto?

—El 15 de agosto se celebra Santa María y eso me daba el protagonismo que necesitaba. Sabía que mi familia estaría en Viladrau para celebrarlo y que me echarían en falta.

—¿Y el castaño de las nueve ramas?

—El castaño es uno de los reclamos turísticos de Viladrau y, siendo día festivo, los turistas no tardarían en encontrar el cadáver. A pesar de ello, me aseguré, obligando a Joan y Raquel a avisar al agente Sánchez. Quería exponer el cuerpo de Aleksandra para que lo descubrieran lo antes posible y que todos los esfuerzos se centraran en buscar al asesino y no a mí —dijo María tapándose la cara con las manos al recordar de nuevo a su amiga.

—¿Por qué...? —empezó a preguntar Laura.

—Lo siento, no puedo más. Creo que ya os lo he explicado todo. ¿Puedo volver a mi celda? —preguntó María levantándose de la silla.

Laura, aun sintiendo repulsión por María, detuvo la grabadora y los tres salieron de la sala de interrogatorios. Antes de bajar a los calabozos, Luis dijo:

—Tus padres están aquí. ¿Quieres verlos?

—No, por favor. No puedo mirarles a la cara. No puedo.

—Está bien, bajamos entonces —dijo Luis apretando el botón —1 del ascensor.

El inspector acompañó a María su celda y Laura llamó al juez David Fernández, quien, tras rebuscar en su bolsa de palos durante varios segundos, contestó al teléfono. La inspectora le puso al día de la declaración de la sospechosa y David pidió que le mandaran el audio por correo electrónico.

La segunda llamada fue para la forense:

—Mónica, soy Laura.

—¿Ha confesado? —preguntó Mónica intrigada.

—Sí, lo ha admitido todo. Quería que lo supieras por mí y quería agradecerte toda tu ayuda.

—De nada. Ya sabes que es mi trabajo.

—Sí, pero confiaste a ciegas en mí. Seguiste buscando pruebas a pesar de que la familia Surinyach había identificado el cadáver.

—Va, Laura va, que me vas a hacer sonrojar. Luego tomamos un café y me cuentas.

—Perfecto —se despidió Laura.

\*

David Fernández, recogió la bolsa de palos, la guardó en el maletero y se cambió los zapatos de clavos por los de calle. Una vez dentro del coche, escuchó toda la declaración y al acabar puso rumbo a la comisaría central de Barcelona. Por el camino llamó a Mónica para comentar el caso y aprovechó para invitarla a cenar.

\*

A María le esperaba una profunda evaluación psiquiátrica y un largo proceso judicial por delante. Su señorita pidió prisión sin fianza por riesgo de fuga. La enajenación mental de María Surinyach no era argumento suficiente para justificar sus macabros delitos.

La chica que colgaba del árbol se merecía como mínimo un juicio justo tras una complicada vida de vicios y excesos. María tenía que pagar por encargarse de su muerte y por las graves consecuencias que habían provocado sus actos de venganza contra sus seres queridos. Su familia podía haberla salvado a tiempo pero los apartó de su lado para enrolarse en una guerra sin cuartel movida por la avaricia y el delirio.

No supo entender que ella era su único enemigo.

# AGRADECIMIENTOS

Agradezco enormemente a todas aquellas personas que de una manera u otra me han apoyado en el reto personal de acabar mi primera novela. Creo que no son conscientes de lo importante que han sido para mí sus ánimos, sus conocimientos y sus palabras de aliento.

Sobre todas ellas, quiero destacar a mi mujer y a mis padres que creyeron firmemente en el proyecto desde las primeras frases que escribí como notas en el móvil en un avión destino a Helsinki. En una segunda fase, debo subrayar la incondicional ayuda y soporte moral de mi madrina en la vida real y en la literaria. No solo me ha apoyado en todo sino que es la persona que me ha empujado para convertir la novela en lo que es hoy.

Al pueblo de Viladrau por acogerme durante los veranos de mi infancia y al grupo de amigos que allí nos conocimos hace más de treinta años. Cuatro de ellos y yo, cenamos en un restaurante el 23 de diciembre de 2016 en Barcelona. Entre plato y plato, les hice la firme promesa de acabar la novela antes de la siguiente reunión navideña. En vuestras manos está la prueba de si cumplí o no lo prometido. Los cuatro aparecen como personajes de ficción en la novela.

## **Table of Contents**

[MARTES 15 DE AGOSTO DE 2017](#)

[MARTES 15 DE AGOSTO 22:00 HORAS](#)

[MIÉRCOLES 16 DE AGOSTO](#)

[JUEVES 17 DE AGOSTO](#)

[DOMINGO 20 DE AGOSTO](#)

[LUNES 21 DE AGOSTO](#)

[MARTES 22 DE AGOSTO](#)

[MIÉRCOLES 23 DE AGOSTO](#)

[VIERNES 25 DE AGOSTO](#)

[SÁBADO 26 DE AGOSTO](#)

[DOMINGO 27 DE AGOSTO](#)

[LUNES 28 DE AGOSTO](#)